

ISO. 195
DORÉ
C-3

Estructuras clínicas y psicoanálisis

Joël Dor

Amorrortu editores
Buenos Aires - Madrid



Biblioteca de psicología y psicoanálisis
Directores: Jorge Colapinto y David Maldavsky
Structures et clinique psychanalytique, Joël Dor
© Joël Dor, 1991
Traducción: Víctor Goldstein

Primera edición en castellano, 2000; primera reimpresión, 2006

© Todos los derechos de la edición en castellano reservados por
Amorrortu editores S.A., Paraguay 1225, 7° piso - C1057AAS Buenos Aires
Amorrortu editores España S.L., C/San Andrés, 28 - 28004 Madrid

www.amorrortueditores.com

La reproducción total o parcial de este libro en forma idéntica o modificada por cualquier medio mecánico, electrónico o informático, incluyendo fotocopia, grabación, digitalización o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, no autorizada por los editores, viola derechos reservados.

Queda hecho el depósito que previene la ley n° 11.723

Industria argentina. Made in Argentina

ISBN-10: 950-518-081-0

ISBN-13: 978-950-518-081-3

Dor, Joël

Estructuras clínicas y psicoanálisis. - 1ª ed., 1ª reimp. - Buenos Aires : Amorrortu, 2006.

176 p. ; 23x14 cm. - (Biblioteca de psicología y psicoanálisis / dirigida por Jorge Colapinto y David Maldavsky)

Traducción de: Víctor Goldstein

ISBN 950-518-081-0

1. Psicoanálisis. I. Goldstein, Víctor, trad. II. Título
CDD 150.195

Impreso en los Talleres Gráficos Color Efe, Paso 192, Avellaneda, provincia de Buenos Aires, en diciembre de 2006.

Tirada de esta edición: 1.500 ejemplares.

Índice general

- 9 Prefacio
11 Introducción
- 13 *Primera parte. Diagnóstico y estructura*
- 15 1. La noción de diagnóstico en psicoanálisis
21 2. Síntomas, diagnósticos y rasgos estructurales
31 3. La función paterna y las estructuras psíquicas
- 41 *Segunda parte. La estructura perversa*
- 43 4. El punto de vista freudiano sobre las perversiones
51 5. El punto de anclaje de las perversiones
57 6. Diagnóstico diferencial entre las perversiones, la histeria y la neurosis obsesiva
63 7. El perverso y la ley del padre
69 8. La madre fálica
73 9. Nuevo diagnóstico diferencial entre las estructuras neuróticas y las perversiones
- 83 *Tercera parte. La estructura histérica*
- 85 10. Estructura histérica y lógica fálica
89 11. Los rasgos de la estructura histérica
99 12. La mujer histérica y su relación con el sexo

113	13. La histeria masculina
121	14. La relación con el sexo en el histérico masculino
127	<i>Cuarta parte. La estructura obsesiva</i>
129	15. La problemática obsesiva
133	16. Los rasgos de la estructura obsesiva
141	17. El obsesivo, la pérdida y la ley del padre
149	18. El obsesivo y sus objetos amorosos
155	Bibliografía de las obras citadas
159	Bibliografía de referencia

Prefacio

El texto¹ que sigue corresponde, en su contenido, al curso propuesto a los alumnos de «maestría» del Instituto de Psicología de la Universidad Federal de Río de Janeiro.

Agradezco infinitamente a Luis Alfredo García Roza, Teresa Pinheiro y sus colegas² por haberme hecho el honor de confiarme esa actividad de enseñanza, sabiendo que se presentaba desde el comienzo en condiciones que, a petición de los docentes brasileños, resultaban seguramente cómodas para mí, pero que planteaba tal vez dificultades para los estudiantes que escogieron asistir a ella. De hecho, se había decidido presentar el contenido de dicha enseñanza íntegramente en lengua francesa. Esta propuesta me resultó particularmente grata, visto que carecía de recursos para expresarme en portugués y que entendía dirigirme a un público con notable dominio de mi propia lengua.

Por añadidura, debo reconocer que me vi enfrentado a un auditorio particularmente alerta, muy bien preparado para las dificultades que suponía la transmisión de articulaciones teóricas y clínicas cuya formulación en francés era ya sumamente ardua.

La acogida cálida e intelectualmente rigurosa que se brindó a esta enseñanza confirma mi sensación de haber logrado transmitir lo esencial de su contenido. Si

¹ Aunque se trata de la organización escrita de una enseñanza, conservé ciertas cláusulas de estilo que recuerdan y recogen el perfil de la alocución original.

² Joël Birman, Anna Carolina Lo Bianco Clementino, Vera Lucia Silvia Lopes.

hiciera falta una prueba, allí estarían los múltiples pedidos que se me hicieron de dejar la huella sustancial de mis intervenciones a disposición no sólo de la Universidad Federal de Río de Janeiro, sino también de los estudiantes que conocí en ella. Les agradezco profundamente.

Reciba mi especial reconocimiento Carmen Myriam da Poian por haber sabido presentir el interés de tales pedidos y, durante mi reciente estada en Río, haberme permitido concluir en los mejores plazos, ante las ediciones Taurus, la solución editorial que convenía a esa expectativa. Hago extensivo este agradecimiento a Georges Bastos.

París. Diciembre de 1990

Introducción

A título introductorio, me gustaría puntualizar algunas de las razones que me condujeron a organizar la trama de esta enseñanza alrededor del tema «Estructuras clínicas y psicoanálisis».

En primer lugar, me interesa subrayar que se trata de una aproximación psicoanalítica organizada según una perspectiva sintética, que creí poder definir en torno de la noción de «diagnóstico».

Sin duda alguna, la cuestión del diagnóstico nos remite directamente a la dimensión de un «obstáculo técnico» en el campo del inconsciente, desde el momento en que el clínico debe enfrentar, con la urgencia consabida, los azares de la práctica.

Se trata, ante todo, de una dificultad de «localización», término utilizado, como se sabe, en una acepción casi exclusivamente topográfica. Localización que, en este nivel, se convierte en una regla, confrontado como está el analista con ciertas confusiones en los indicadores clínicos que, en ocasiones, hasta pueden parecer inexistentes.

Con seguridad, no hay un expediente radical para sortear esta dificultad. Todos sabemos que, en gran medida, depende de un tiempo inevitable de adquisición de experiencia. Asimismo, depende también de las «herramientas» subjetivas de que se dispone para enfrentar esa práctica. Dados por lo menos estos dos factores, ninguna enseñanza podría sustituir la elaboración psíquica que exigen. Sin embargo, no por ello es imposible «balizar el terreno». La expresión es metafórica, pero remite directamente al establecimiento de indicadores

clínicos rigurosos. Aunque no prejuzguen en nada sobre la pertinencia de la práctica, son de todos modos *indicadores metapsicológicos* que nos permiten circunscribir ciertas entidades nosográficas estables, siempre y cuando esta perspectiva nosográfica sea remitida al contexto coherente de la referencia que se emplee para fundarla: la investigación del inconsciente.

Los indicadores metapsicológicos a los que aludo exigen ser distinguidos en dos niveles diferentes. Por un lado, aquellos capaces de intervenir en «la elaboración del diagnóstico», en la acepción específica que requiere este término en el campo psicoanalítico. Por el otro, se trata de adoptar indicadores capaces de intervenir en el marco de la dirección de la cura y de la dinámica resultante. Así, pues, hablando con propiedad, son «intransmisibles» fuera del trabajo de elaboración que cada cual puede hacer sobre su propia práctica.

Cae de maduro que, en nombre de tal enseñanza, no voy a suscribir el proyecto de una transmisión exhaustiva. Más exactamente, se trata de introducirlos en esta noción de diagnóstico desde una *perspectiva estructural*. Como tal, esta perspectiva impone apoyarse en la descripción dinámica y económica de las principales estructuras psicopatológicas: estructura histérica, estructura obsesiva, estructura perversa. Las estructuras psicóticas fueron deliberadamente excluidas de esta exposición, no sólo en razón de su complejidad sino también, e incluso, debido al tiempo que se me ha asignado para llevar a buen término este curso.

1. La noción de diagnóstico en psicoanálisis*

Desearía atraerlos a esta problemática del diagnóstico en el campo psicopatológico a través de una incursión clásica en ciertas concepciones freudianas.

Muy pronto, en 1895 —lo que equivale a decir en el nacimiento del psicoanálisis—, Freud planteó esta cuestión. Estoy aludiendo al estudio de 1895 titulado «Sobre la psicoterapia de la histeria».¹

De las dificultades «técnicas» que suponía la aplicación en las histéricas del método terapéutico de Breuer por *detección y abreacción*, Freud iba a extraer cierta cantidad de conclusiones importantes. Por un lado, señalaba, le parecía difícil hacerse una idea pertinente de un caso de neurosis sin haberlo sometido a un análisis profundo. Pero a ello añadía que, incluso antes de estar en condiciones de aprehender el caso en detalle, era sin embargo necesario *establecer un diagnóstico*, para determinar la orientación del tratamiento.² En otros términos, Freud había señalado perfectamente, desde el inicio de su obra, la ambigüedad con la que se plantea el problema del diagnóstico en el campo de la clínica psi-

* He desarrollado *en detalle* esta problemática en mi obra *Structure et perversions*, París: Denoël, «L'espace analytique», 1987.

¹ S. Freud y J. Breuer, «Psychotérapie de l'hystérie», en *Etudes sur l'hystérie*, París: PUF, 1967, págs. 205-47. [«Sobre la psicoterapia de la histeria», en *Estudios sobre la histeria, Obras completas*, Buenos Aires: Amorrortu editores (AE), 24 vols., 1978-85, vol. 2, 1978.]

² Véase *ibid.*, págs. 205-6.

coanalítica: establecer precozmente un diagnóstico para decidir la conducción de la cura; aun cuando la pertinencia de tal diagnóstico sólo pueda ser confirmada tras cierto tiempo de tratamiento.

Esta dimensión paradójica constituye, de hecho, toda la especificidad del diagnóstico en psicoanálisis. Es imperativo, pues, esclarecer dicha noción poniéndola en perspectiva con la significación que adquiere en el universo de la clínica médica.

Un diagnóstico es un *acto médico* movilizado por dos objetivos. Primero, un objetivo de *observación*, destinado a determinar la índole de una afección o de una enfermedad a partir de una semiología. Luego, un objetivo de *clasificación*, que permite localizar tal o cual estado patológico encuadrado en una nosografía. Así, el diagnóstico médico siempre se plantea según una doble perspectiva: a) por referencia a un *diagnóstico etiológico*; b) por referencia a un *diagnóstico diferencial*. Además, el diagnóstico médico se propone no sólo establecer el pronóstico vital o funcional de la enfermedad, sino también la elección del tratamiento más apropiado. A tal efecto, el médico dispone de un sistema múltiple de investigación. Ante todo, pone en marcha una *investigación anamnésica* destinada a recoger los hechos conmemorativos de la enfermedad, a través de una entrevista. Luego, se apoya en una *investigación instrumental* destinada a reunir informaciones, procediendo al examen directo del enfermo con ayuda de mediadores técnicos, biológicos, etcétera.

En el campo de la clínica psicoanalítica, esta determinación del diagnóstico resulta de antemano imposible, precisamente en razón de la estructura del sujeto. La única técnica de investigación de que dispone el analista es su *escucha*. La noción de investigación instrumental ya no tiene vigencia, y el único material clínico suministrado por el paciente es esencialmente verbal. El campo de investigación clínica se delimitará de entrada, pues, en la dimensión del *decir* y de lo *dicho*.

Ahora bien, como todos sabemos, ese espacio de palabra está saturado de «mentira» y parasitado por lo imaginario. De hecho, es el sitio mismo donde viene a expresarse el despliegue fantasmático; también es aquel donde el sujeto testimonia su propia ceguera, puesto que no sabe en verdad lo que dice a través de lo que enuncia, desde el punto de vista de la verdad de su deseo y, por lo tanto, desde el punto de vista de lo que subyace bajo el disfraz del síntoma. Por este motivo, el establecimiento del diagnóstico se sustrae a los datos empíricos objetivamente controlables. Su evaluación es esencialmente subjetiva por cuanto sólo se sostiene del discurso del paciente, sin tomar otro apoyo que la subjetividad del analista en la escucha.

Existe, entonces, una diferencia radical frente al diagnóstico médico, pero, aun así, ¿no hay en este campo intersubjetivo puntos de referencia estables?

No nos encontramos en un campo de interacciones meramente empáticas o de influencias sugestivas. El psicoanálisis se definió precisamente en su especificidad en el momento en que Freud supo arrancar sus propias intervenciones al campo de la sugestión. Así, pues, es totalmente lícito pensar que, no obstante, es posible definir cierta topografía de las afecciones psicopatológicas. Esta topografía consiste principalmente en cierto modo de localización que debe tomar en cuenta las propiedades más fundamentales de su objeto: la *causalidad psíquica* y, particularmente, el carácter imprevisible de los efectos del inconsciente.

Desde un principio, entre un diagnóstico y la elección del tratamiento existe una relación lógica singular; relación que no pertenece al orden de la implicación lógica, como ocurre en la clínica médica. El analista debe estar en condiciones de apoyarse en ciertos elementos estables, tanto al elaborar el diagnóstico como al elegir la dirección de la cura correspondiente. Como veremos, esa localización requiere, no obstante, una vigilancia muy marcada, dado el peligro de incurrir en

el psicoanálisis salvaje denunciado por Freud en una crítica harto pertinente.³

En este breve estudio, Freud nos ofrece una ilustración brillante de la prudencia que debemos tener en cuanto al diagnóstico, y de los peligros que resultan de una intervención basada en la causalidad lógica vigente en el campo médico. Nos muestra, principalmente,⁴ hasta qué punto la «interpretación salvaje» se apoya siempre en una racionalización causalista precipitada y fundada en un proceder hipotético-deductivo desdeñoso de la distancia que separa el decir de lo dicho.

El acto psicoanalítico no puede apoyarse abruptamente en la identificación diagnóstica como tal. Una interpretación psicoanalítica no puede constituirse, en su aplicación, como una lisa y llana consecuencia lógica de un diagnóstico. Si así fuera, podríamos disponer de tratados de terapia analítica comparables a los que utilizan, en sus respectivos campos, todas las disciplinas médicas.

Así, la sagacidad precoz de Freud nos permite extraer algunas enseñanzas preliminares en cuanto a este problema del diagnóstico.

La primera de estas enseñanzas consiste ya en poner de manifiesto la *dimensión potencial del diagnóstico*. En la clínica analítica, el acto diagnóstico es por fuerza, al comienzo, *un acto deliberadamente planteado en suspenso y consagrado a un devenir*. Resulta casi imposible determinar con seguridad una *evaluación diagnóstica* sin el apoyo de cierto tiempo de análisis. Sin embargo, es preciso determinar lo más pronto posible una posición diagnóstica para decidir la orientación de la cura.

La segunda enseñanza responde al hecho mismo de esa potencialidad. Puesto que se trata de una evalua-

³ Véase S. Freud, «A propos de la psychanalyse dite sauvage», en *La technique psychanalytique*, París: PUF, 1975, págs. 35-42. [«Sobre el psicoanálisis "silvestre"», en *AE*, vol. 11, 1979.]

⁴ *Ibid.*, véanse sobre todo págs. 37-9.

ción diagnóstica destinada al devenir de una confirmación, esa potencialidad suspende, al menos por un tiempo, la puesta en acto de una intervención con valor directamente terapéutico.

La tercera enseñanza, que resulta de las dos precedentes, insiste en el *tiempo necesario que es preciso observar* antes de toda decisión o propuesta de tratamiento. Es el tiempo dedicado a lo que habitualmente llamamos «entrevista preliminar» o incluso, para recoger la expresión freudiana: «el tratamiento de prueba».⁵

Por más que sea un tiempo de observación, este tiempo preliminar, desde su inicio, se encuentra inscripto en el dispositivo analítico:

«Este ensayo preliminar constituye ya, sin embargo, el comienzo de un análisis y debe ajustarse a las reglas que lo rigen: la única diferencia puede estar en que el psicoanalista deja hablar sobre todo al paciente, sin comentar sus decires más de lo absolutamente necesario para la prosecución de su relato».⁶

Así, pues, desde un principio, Freud enfatiza la importancia del dispositivo de discurso libre ya en las entrevistas preliminares. De hecho, este es el punto fun-

⁵ Véase S. Freud, «Le début du traitement», en *La technique psychanalytique*, *op. cit.*, págs. 81-2. [«Sobre la iniciación del tratamiento (Nuevos consejos sobre la técnica psicoanalítica, I)», en *AE*, vol. 12, 1980.]

⁶ *Ibid.*, pág. 81.

damental que sustenta el problema de la evaluación diagnóstica, la que ha de circunscribirse más al «decir» del paciente que a los contenidos de su «dicho». De ello resulta una movilización imperativa de la *escucha*. Este único instrumento de discriminación diagnóstica debe tener prioridad sobre *el saber nosográfico y sobre las racionalizaciones causalistas*.

Maud Mannoni consagró a estos temas un excelente trabajo donde insiste en esta movilización inmediata de la *escucha*:

«Por ello, la primera entrevista con el psicoanalista es más reveladora en las distorsiones del discurso que en su propio contenido».⁷

En general, los desarrollos que consagra Maud Mannoni a las primeras entrevistas ilustran de manera harto pertinente esta problemática ambigua, pero inevitable, del diagnóstico en el campo del psicoanálisis tal como Freud, tempranamente, nos la señaló.

⁷ M. Mannoni, *Le premier rendez-vous avec le psychanalyste*, París: Denoël/Gonthier, 1965, pág. 164.

2. Síntomas, diagnósticos y rasgos estructurales

En toda práctica clínica, es habitual tratar de establecer correlaciones entre la especificidad de los síntomas y la identificación de un diagnóstico. Felizmente, los éxitos terapéuticos dependen, en gran medida, de la existencia de tales correlaciones. No obstante, si ese dispositivo causalista es eficaz, es porque el cuerpo responde a un proceso de funcionamiento él mismo regulado según un principio idéntico. Existe cierto tipo de determinismo orgánico. Cuanto más profundo es el conocimiento de dicho determinismo, tanto más se multiplican la cantidad de correlaciones entre las causas y los efectos, y esto redundando en una especificación más afinada de los diagnósticos.

Si este principio es uniformemente válido en los diversos campos de la clínica médica, de ningún modo lo es en el espacio de la clínica psicoanalítica. Esta diferencia debe ser acreditada al determinismo particular que opera en el nivel de los procesos psíquicos, o sea, a la *causalidad psíquica*, que procede por otras vías.

En gran medida, el éxito de la terapéutica médica queda supeditado a la regularidad, a la fijeza de las ocurrencias causales que intervienen en el nivel del cuerpo. En lo que concierne a la causalidad psíquica, hay también determinismo, pero se trata de un determinismo psíquico que no obedece a tales líneas de regularidad. En otros términos, no existen acomodaciones estables entre la naturaleza de las causas y la de los efectos. No es entonces posible establecer previsiones, como resulta habitual en las disciplinas biológicas y en particular médicas.

En el campo científico, una previsión sólo es admisible en la medida en que se apoye en una ley. Ahora bien, una ley no es otra cosa que la explicación objetiva y generalizable de una articulación estable entre causas y efectos. La causalidad psíquica no es objeto de leyes, por lo menos en el sentido empírico y estricto que el término adopta en las ciencias exactas. O, lo que es lo mismo, *el psicoanálisis no es una ciencia*,¹ precisamente a causa de esta ausencia de legalidad entre las causas y los efectos que, de antemano, invalida toda previsión estable.

Por consiguiente, debemos partir de ese estado de cosas que nos impone comprobar que *no hay inferencias estables entre las causas psíquicas y los efectos sintomáticos en la determinación de un diagnóstico*. Esta comprobación es esencial, por lo mismo que se inscribe en contra del funcionamiento habitual de nuestros procesos mentales. Pensamos espontáneamente en un orden de racionalidades cartesiano que comúnmente nos conduce a estructurar nuestras explicaciones según líneas de pensamiento sistemáticamente causalistas, en el sentido del discurso de la ciencia. Recusar dicho orden de pensamiento regido por implicaciones lógicas constituye siempre, pues, un esfuerzo particular que es preciso efectuar en el umbral del trabajo psicoanalítico.

Esto no quiere decir que tal articulación no esté sujeta a ciertas exigencias de rigor. No todo es posible al capricho de las fantasías de cada cual. No todo es posible, so pretexto de que es preciso desprenderse de la racionalidad lógica habitual. Subsiste una guía, que es el hilo conductor que debe seguirse: *el decir de aquel al que se escucha*. Sólo en el decir es localizable algo de la

¹ Consagré a este problema la redacción de una obra: *L'a-scientificité de la psychanalyse*. Tomo I: *L'aliénation de la psychanalyse*. Tomo II: *La paradoxalité instauratrice*, París: Editions Universitaires, 1988. Publicación brasileña en Artes Medicas, julio de 1991.

estructura del sujeto. Ahora bien, para establecer un diagnóstico debemos contar con la estructura.

Las correlaciones que existen entre un síntoma y la identificación diagnóstica suponen la puesta en acto de una cadena de procesos intrapsíquicos e intersubjetivos que dependen de la dinámica del inconsciente. Esta dinámica jamás se desarrolla en el sentido de una implicación lógica e inmediata entre la naturaleza de un síntoma y la identificación de la estructura del sujeto que manifiesta tal síntoma. Nuestro conocimiento actual de estos procesos inconscientes invalida de antemano tal posibilidad de relación causal inmediata. Basta observar cualquier aspecto del proceso inconsciente para advertir que no podemos esperar nada de un determinismo semejante. Algunas ilustraciones elementales permiten justificar este punto.

Recordemos los argumentos desarrollados por Freud a propósito del *proceso primario*. Con él, nos vemos remitidos al corazón mismo de la lógica desconcertante de los procesos inconscientes. Para no citar más que un aspecto, prestemos atención por un instante a aquel «destino pulsional» que Freud denomina *vuelta hacia la persona propia*:

«La vuelta hacia la persona propia se deja comprender mejor en cuanto se considera que el masoquismo es precisamente un sadismo vuelto sobre el yo propio, y que el exhibicionismo incluye el hecho de mirar el propio cuerpo. La observación analítica no deja ninguna duda sobre este punto: el masoquista también goza del furor dirigido sobre su propia persona, el exhibicionista comparte el goce del que lo mira desnudarse».²

Resulta perfectamente claro que el alcance de un proceso de este tipo invalida la idea de una relación

² S. Freud, «Pulsions et destins des pulsions», en *Métapsychologie*, París: Gallimard, «Idées», n° 154, 1968, pág. 26. [«Pulsiones y destinos de pulsión», en *AE*, vol. 14, 1979.]

causal directa entre un diagnóstico y un síntoma. La actividad sádica sintomática supone esta lógica contradictoria de la vuelta hacia la persona propia. Ahora bien, este proceso de vuelta no permite aplicar una explicación causal inmediata.

Avancemos más en las consecuencias de esta observación. Supongamos que esta lógica contradictoria sea una lógica estable en el nivel de los procesos inconscientes. Así, imaginemos equivalencias fijas:

masoquismo =====> sadismo
exhibicionismo =====> voyeurismo

Aun cuando estas equivalencias fuesen estables, ello no nos permitiría deducir un diagnóstico seguro a partir de manifestaciones sintomáticas. De hecho, todos los datos cotidianos de la experiencia clínica desmienten tal seguridad.

Supongamos que el síntoma voyeurista implique lógicamente el exhibicionismo; por lo tanto, supongamos admitido que la «vuelta hacia la propia persona» constituye una ley fija. ¿Puede por ello deducirse un diagnóstico de perversión a partir de la observación de un síntoma como el exhibicionismo?

Nada de eso. La enseñanza que extraemos de la clínica nos muestra que el componente «exhibicionista» puede estar también muy presente en la histeria. Baste como prueba la disposición espectacular del «dado para ver» [«donné à voir»] en los histéricos.

Examinemos otro ejemplo: la actividad sintomática del *orden* y del *arreglo*. En algunos sujetos, esta actividad, que adopta proporciones inquietantes, se convierte en una cabal invalidez para actuar. Tradicionalmente, las investigaciones freudianas nos familiarizaron con la idea de que esta particularidad sintomática del comportamiento debería ser acreditada al *componente erótico anal*, que es una disposición constitutiva

de la neurosis obsesiva. Freud lo explica en tres textos fundamentales.³ ¿Cabe concluir de estas explicaciones, a la vista de tal síntoma, un diagnóstico de neurosis obsesiva? En este punto debemos mostrarnos, una vez más, muy prudentes. La experiencia clínica nos muestra regularmente la existencia activa de este síntoma en ciertos casos de histeria. De hecho, en algunas histéricas, este síntoma encuentra su despliegue favorable, especialmente en la administración hogareña. Bien sabemos que se trata de un síntoma de «préstamo conyugal». En su tendencia a adelantarse al deseo del otro, una mujer puede tomar fácilmente en préstamo ese síntoma de su compañero masculino obsesivo, gracias a un proceso de identificación histórica.

Una vez más, este ejemplo muestra que no existe solución de continuidad directa entre una cartografía de síntomas y una clasificación diagnóstica. Esta discontinuidad entre la observación del síntoma y la evaluación diagnóstica impone centrar el problema de una manera diferente, sobre todo a la luz de la especificidad de los procesos inconscientes, que no pueden ser objeto de observación directa sin exigir la participación activa del paciente, es decir, una *participación de palabras*.

Encontramos así una de las prescripciones freudianas fundamentales, emplazada en el umbral del edificio analítico: «El sueño es la vía regia que conduce al in-

³ S. Freud, véase 1º «Caractère et érotisme anal» (1908), en *Névrose, psychose et perversion*, París: PUF, 1973, págs. 143-8 [«Carácter y erotismo anal», en *AE*, vol. 9, 1979]; 2º «La disposition à la névrose obsessionnelle. Une contribution au problème de choix de la névrose» (1913), *ibid.*, págs. 189-97 [«La predisposición a la neurosis obsesiva. Contribución al problema de la elección de neurosis», en *AE*, vol. 12, 1980]; 3º «Sur les transpositions de pulsions, plus particulièrement dans l'érotisme anal» (1917), en *La vie sexuelle*, París: PUF, 1969, págs. 106-12. [«Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal», en *AE*, vol. 17, 1979.]

consciente». Pero esta prescripción sólo obtiene su efectividad en la medida en que un sujeto se vea llevado a proferir un «discurso» a propósito de su sueño. *La vía regia es, precisamente, el discurso*. Sin él, no podría existir decodificación posible de la puesta en acto del inconsciente.

En este aspecto, recordemos algunas direcciones de pensamiento formuladas por Lacan desde la perspectiva de su famoso «retorno a Freud»:

«E incluso ¿cómo un psicoanalista de hoy no se sentiría llegado a eso, a tocar la palabra, cuando su experiencia recibe de ella su instrumento, su marco, su material y hasta el ruido de fondo de sus incertidumbres?

«(. . .) Es toda la estructura del lenguaje lo que la experiencia psicoanalítica descubre en el inconsciente».⁴

Por otra parte, en un texto de 1956: «Situación del psicoanálisis y formación del psicoanalista en 1956»,⁵ Lacan no dejaba de subrayar la incidencia de la palabra en la experiencia del inconsciente:

«Para saber lo que ocurre en el análisis, hay que saber de dónde viene la palabra. Para saber lo que es la resistencia hay que saber lo que sirve de pantalla al advenimiento de la palabra (. . .) ¿por qué eludir las preguntas que el inconsciente provoca?

»Si la asociación llamada libre nos da acceso a él, ¿es por una liberación que se compara a la de los automatismos neurológicos?

⁴ J. Lacan, «L'instance de la lettre dans l'inconscient ou la raison depuis Freud» (1957), en *Écrits*, París: Seuil, 1966, págs. 494-5. [«La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud», *Escritos 1*, México: Siglo veintiuno, 1975.]

⁵ J. Lacan, «Situation de la psychanalyse et formation du psychanalyste en 1956», *ibid.*, págs. 459-91. [«Situación del psicoanálisis y formación del psicoanalista en 1956», en *Escritos 1*, México: Siglo veintiuno, 1975.]

»Si las pulsiones que se descubren en él son del nivel diencefálico, o aun del rinencéfalo, ¿cómo concebir que se estructuren en términos de lenguaje?

»Pues desde el origen ha sido en el lenguaje donde se han dado a conocer sus efectos —sus astucias, que hemos aprendido desde entonces a reconocer, no denotan menos en su trivialidad como en sus finuras, un procedimiento de lenguaje».⁶

Para volver más directamente a la problemática del síntoma, evoquemos esta fórmula de Lacan extraída del «Informe de Roma» (1953):

«(. . .) el síntoma se resuelve por entero en un análisis del lenguaje, porque él mismo está estructurado como un lenguaje, porque es lenguaje cuya palabra debe ser librada».⁷

Por lo mismo que la formación del síntoma es tributaria de la palabra y del lenguaje, el *diagnóstico* está necesariamente implicado en ellos. Los *indicadores diagnósticos estructurales* sólo aparecen en este único registro. Ahora bien, no constituyen elementos fiables en esta evaluación diagnóstica sino a condición de que se los pueda desprender de la identificación de los síntomas. La identidad de un síntoma nunca es más que un artefacto acreditable a los efectos del inconsciente. Así, pues, la investigación diagnóstica deberá hallar su basamento más acá del síntoma, o sea, en un espacio intersubjetivo, el que Freud definía como comunicación de inconsciente a inconsciente a través de su célebre metáfora telefónica.⁸

⁶ *Ibid.*, págs. 461 y 466.

⁷ J. Lacan, «Fonction et champ de la parole et du langage en psychanalyse», *ibid.*, pág. 269. [«Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis», en *Escritos 1*, México: Siglo veintiuno, 1975.]

⁸ Véase S. Freud, «Conseils aux médecins sur le traitement analytique», en *La technique psychanalytique*, París: PUF, 1975.

En otros términos, este espacio intersubjetivo es aquel ordenado por la articulación de la palabra. Esos *indicadores diagnósticos estructurales* se manifiestan, pues, en el despliegue del decir, cual brechas significativas del deseo expresadas en el que habla. Estos indicadores no son más que los indicios que balizan el funcionamiento de la estructura subjetiva. Como tales, si pueden suministrar informaciones sobre el funcionamiento de la estructura, es sólo porque representan los «carteles de señalización» impuestos por la dinámica del deseo. De hecho, la especificidad de la estructura de un sujeto se caracteriza ante todo por un perfil predeterminado de la economía de su deseo, regida esta por una trayectoria estereotipada. A semejantes trayectorias estabilizadas las llamaré, hablando con propiedad, *rasgos estructurales*. Los *indicadores diagnósticos estructurales* aparecen, pues, como indicios codificados por los rasgos de la estructura que son testigos, a su vez, de la economía del deseo. De ahí la necesidad, para precisar el carácter operatorio del diagnóstico, de establecer claramente la distinción que existe entre los «síntomas» y los «rasgos estructurales».

Si en verdad se quiere utilizar un «diagnóstico» en la clínica psicoanalítica, conviene poner el acento en la diferencia esencial que existe entre síntomas y rasgos estructurales.

Es fácil sacar a la luz esta diferencia a partir de cualquier caso clínico. He aportado larga y minuciosamente esa ilustración a partir de una experiencia de la clínica de la histeria surgida de mi práctica personal, en mi obra *Estructura y perversiones*, a la cual pueden ustedes remitirse.

Recuerden cuando insistía Freud en decirnos que el síntoma está siempre sobredeterminado, por hallarse directamente ligado a la acción del proceso primario,

pág. 66. [«Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico», en *AE*, vol. 12, 1980.]

principalmente a la *condensación*. En el caso clínico al que los remito,⁹ es fácil ver cómo la condensación resultó operativa en el nivel de los elementos significantes que estructuraron el síntoma (síntoma de automutilación). En consecuencia, el síntoma se presenta cabalmente como un material signifiante que dice mucho más de lo que parece en lo inmediato. Ocasión esta para verificar aquella tesis de Lacan que describe el síntoma como una *metáfora*, es decir, como una sustitución signifiante.¹⁰

Se comprende, en tales condiciones, que el síntoma nunca tenga, por naturaleza, sino un valor significativo aleatorio e imprevisible. Como formación del inconsciente, el síntoma se constituye, en efecto, por estratificaciones significantes sucesivas. Ahora bien, en esta estratificación, la «selección» de los significantes no obedece a ningún principio de elección estable. Es la acción simultánea de los procesos metafóricos y metonímicos¹¹ lo que opera esta selección. Los componentes significantes constitutivos del síntoma son, pues, directamente tributarios de las «fantasías» del inconsciente. No obstante, paralelamente a la indeterminación relativa de la elección de los significantes que intervienen en esta formación del inconsciente, existe una determinación insoslayable: se trata de una *determinación*

⁹ J. Dor, véase el cap. III, «Symptômes et traits structuraux. Illustration de leur différenciation dans un cas clinique d'hystérie», en *Structure et perversions*, op. cit., págs. 41-66.

¹⁰ J. Dor, véase el cap. X, «Le symptôme comme processus métaphorique», en *Introduction à la lecture de Lacan*, Tomo I. *L'inconscient structuré comme un langage*, París: Denoël, «L'espace analytique», 1985, págs. 80-6. Traducción brasileña, cap. X, «O sintoma como processo metafórico», en *Introdução à leitura de Lacan. O Inconsciente estruturado como linguagem*, Porto Alegre: Artes Medicas, 1989, págs. 63-7.

¹¹ J. Dor, véase el cap. VI, «Métaphore-métonymie et suprématie du signifiant», *ibid.*, págs. 52-64. Traducción brasileña, cap. VI, «Metafora-metonomia e supremacia do signifiante», *ibid.*, págs. 41-50.

en la que la administración del material significativo se efectúa en la ignorancia del sujeto. Esta administración es característica del funcionamiento de la estructura, o sea, de cierto modo de gestión del deseo. La evaluación diagnóstica debe estar supeditada, pues, a la localización de dicha administración, única que pone en juego rasgos señalables y estables.

El problema del diagnóstico parece tributario, pues, de una nueva pregunta. ¿Cuál es la constancia, si existe, de esos rasgos estructurales que no pueden sino suponer cierta estabilidad en la organización de la estructura psíquica?

3. La función paterna y las estructuras psíquicas

La puesta en acto de una estructura psíquica, es decir, como señalaba Freud, la «elección» de la propia neurosis, se constituye para cada uno en función de los amores edípicos. Estos no son más que el desarrollo ruidoso de la relación que el sujeto mantiene con la función fálica, o sea, con la función paterna. Si una relación semejante es vector de orden —en el sentido de organización—, también es portadora de desorden, ya que la estructura psíquica presenta la particularidad esencial de estar determinada de una vez y para siempre. ¿Cómo se explica que un factor de orden esté directamente articulado a un factor de desorden? ¿Cómo comprender que la estructura psíquica constituya al mismo tiempo una etapa decisiva en la economía psíquica propiamente dicha, cuando tal economía puede revelarse como el principal agente de los desórdenes psicopatológicos?

Para intentar responder a estas preguntas, sugiero una analogía metafórica con ciertos argumentos tomados en préstamo de los datos contemporáneos de la biología molecular, referentes a la autoconservación de las estructuras biológicas. No me demoraré aquí en la evocación de esta referencia, largamente desarrollada en mi libro *Structure et perversions*, al que los remito.¹ Una analogía semejante no tenía otro objetivo que tratar de determinar —exceptuando la metáfora— los principios más constitutivos que intervienen en la organización de las estructuras psíquicas. Una cosa es in-

¹ J. Dor, véase el cap. V, «Structures psychiques et fonction phallique», en *Structure et perversions*, op. cit., págs. 77-86.

troducir los elementos más generales a través de una analogía metafórica, y otra descubrir el modo en que esta economía del deseo puede inducir, bajo la influencia de la función fálica, tipos de estructura diferentes. Porque realmente debemos reflexionar sobre la discriminación de estos tipos si queremos extraer enseñanzas concretas desde el punto de vista del diagnóstico, en la clínica. En este sentido, la memoria de los amores edípicos adquiere toda su importancia, puesto que es en estas vicisitudes donde se negocia para el sujeto su relación con el falo, es decir, su adhesión a la conjunción del deseo y la falta.

Por supuesto, esto exigiría repasar en detalle toda la dinámica edípica, la cual se juega, como ustedes saben, en la dialéctica del ser y el tener, esto es, el momento que conduce al sujeto de una posición donde está identificado con el falo de la madre, a otra posición donde, renunciando a dicha identificación, y por tanto aceptando la castración simbólica, tiende a identificarse o bien con el sujeto que supuestamente no lo tiene o, por el contrario, con aquel que supuestamente lo tiene. Como ya lo están sospechando, esta operación se efectúa en el curso del proceso de simbolización designado por Lacan como metáfora del Nombre-del-Padre. No reiteraré aquí la descripción de esa dialéctica edípica; les propongo acudir al desarrollo que le dediqué, basado en Lacan, en mi obra *Introduction à la lecture de Lacan*.²

En lo inmediato, preferiría poner más bien el acento en ciertos momentos particulares de esa dinámica edípica, a saber: aquellos momentos determinantes para el sujeto donde las apuestas del deseo movilizadas por

²J. Dor, véase el cap. XII, «Le stade du miroir et l'œdipe», y cap. XIII, «La métaphore paternelle - Le Nom-du-Père - La métonymie du désir», en *Introduction à la lecture de Lacan, op. cit.*, págs. 97-113 y 114-22. Traducción al portugués: cap. XII, «O estadio do espelho e o Édipo», y cap. XIII, «A metáfora paterna - Nome-do-Pal - A metonímia do dedejo», en *Introdução à leitura de Lacan, op. cit.*, págs. 77-88 y 89-95.

la relación con el falo resultan particularmente favorables a la cristalización de organizaciones estructurales. Dicho de otro modo, estas diversas estructuras están determinadas por uno u otro de esos diferentes momentos cruciales. Así ocurre con la organización de las estructuras perversas, obsesivas, histéricas y psicóticas, cuya instalación es posible localizar según los factores favorecedores que intervienen en las interferencias de los deseos recíprocos de la madre, el padre y el niño con respecto al objeto fálico.

Como ya insistí en varias oportunidades, esta estructuración psíquica constituye una organización definitiva. Al avanzar sobre el terreno de esta espinosa cuestión, me interesa puntualizar lo siguiente: una cosa es que la estructura esté irreversiblemente determinada, y otra que la economía de su funcionamiento esté sujeta a «variaciones de régimen». Hay que darse cuenta, simplemente, de que nunca, como sujetos, somos más que efectos del significante. La estructura trabaja precisamente en la administración de estos efectos significantes, y sobre ello no ejercemos ningún dominio. Sólo imaginariamente apoyaríamos la idea de tener algo que decir en ese ámbito. De ahí que todo el mundo esté condenado a adherir a la estructura del fantasma. Pero, aun si dijéramos lo nuestro, nada cambiaríamos, puesto que inmediatamente aportaríamos la desmentida en el mismo momento de articularlo. Les recuerdo el alcance de aquel famoso adagio freudiano contemporáneo del descubrimiento del psicoanálisis: «El yo no es señor en su propia casa». Debemos medir las consecuencias irreversibles enunciadas implícitamente en esta fórmula. Nadie está obligado a refrendarla, pero ello no es óbice para que, a partir de este descubrimiento freudiano, salga a la luz una verdad que adhiere precisamente a la estructura del deseo de quien la enuncia. Aun cuando, como de buena gana repetía Lacan, esta verdad jamás pueda sino «medio decirse», está de todos modos, recordando el orden de la estructura y del deseo

que se esfuerza por encontrar en ella su propia expresión. Para insistir una vez más sobre la dimensión irreductible de la estructura de lenguaje —o sea, lo simbólico—, recordemos que ese orden es tanto más determinante cuanto que la elección de esa estructura, para un sujeto, es justamente aquello por lo cual adviene a lo simbólico.

Les recuerdo que el advenimiento a lo simbólico es el advenimiento del sujeto propiamente dicho, ganado en el terreno de una conquista que es precisamente aquello por lo que se elabora la estructura psíquica.

Esta organización estructural, que se constituye en los arcanos de la dialéctica edípica, permanece marcada por los dos tiempos fuertes que representan *la dimensión del ser y la dimensión del tener con respecto al falo*. En esta dinámica del pasaje del ser al tener se hacen sentir, en efecto, ciertas apuestas decisivas desde el punto de vista de la inscripción del niño en la función fálica.

En tanto regula el curso del Edipo, la función fálica supone cuatro protagonistas: la madre, el padre, el niño y el falo. Este último término constituye el elemento central a cuyo alrededor vienen a gravitar los deseos respectivos de los otros tres. En este sentido, Lacan declaraba a quien quería oírlo que, para hacer psicoanálisis, por lo menos hacía falta saber contar hasta tres. De todos modos, en esta alfabetización numérica mínima, saber contar hasta tres implica especialmente saber contar hasta tres a partir de *uno*, por lo tanto hasta cuatro. De hecho, como ese elemento *uno* es el falo, se trata del único indicador que permite al sujeto regular su deseo en relación con el deseo de otro.

El falo —en cuanto dicho elemento «uno»— es el elemento que se inscribe fuera de la serie de los deseos, puesto que sólo con relación a él puede constituirse una serie de deseo; pero al mismo tiempo es el elemento que ordena la posibilidad de tal serie, ya que, fuera de su presencia, el deseo no se desembaraza de su anclaje

inaugural. Por lo demás, es preciso partir de este punto de anclaje si queremos localizar rigurosamente los momentos decisivos a los que me referí anteriormente. En efecto, se trata ante todo de circunscribir aquellos momentos en que la economía del deseo del niño se topa con la función fálica, para negociarse con ella a la medida de una inscripción.

Esta función fálica se caracteriza prioritariamente, por la incidencia que adquirirá, para el niño, el significante fálico en el curso de la evolución edípica. Desde el punto de vista de la estructura, el primer momento decisivo es aquel en que se esboza, para él, el cuestionamiento de la identificación fálica. Se trata de una vivencia identificatoria primordial donde el niño es radicalmente identificado con el único y exclusivo objeto del deseo de la madre, es decir, con el objeto del deseo del *Otro*, y por consiguiente con su *falo*.

Tal cuestionamiento es fundamental para el niño, al menos por la razón esencial de que, finalmente, se va a encontrar con la «figura paterna». No se trata, por supuesto, de la figura paterna en tanto «presencia paterna», sino en cuanto instancia mediadora del deseo. De hecho, la intrusión de esta figura del padre va a introducir, en la economía del deseo del niño, cierto modo de vectorización que es, hablando con propiedad, lo que se designa por *función paterna* y que no es otra cosa que la *función fálica*, con toda la resonancia *simbólica* que esto supone.

La función fálica es operatoria por lo mismo que vectoriza el deseo del niño respecto de *una instancia simbólica mediadora: el padre simbólico*. Otro modo de decir que debemos situarnos según la distinción fundamental introducida por Lacan, entre *padre real, padre imaginario y padre simbólico*. Sobre este punto, los remito una vez más a uno de mis trabajos: *Le père et sa fonction en psychanalyse*,³ donde me esforcé por mos-

³ J. Dor, véase el cap. IV, «Le père réel, le père imaginaire et le père symbolique: la fonction du père dans la dialectique oedipienne».

trar cuán crucial resultaba esa distinción desde el punto de vista de su incidencia en la organización de la estructura del sujeto.

Esta distinción introducida por Lacan entre padre *real*, *imaginario* y *simbólico* no es una pura y simple duplicación de la trilogía *Simbólico*, *Imaginario*, *Real* (S.I.R.).

El *padre real* es el padre en la realidad de su ser, es decir, el padre *hic et nunc*, sea o no progenitor. Ahora bien, en el «aquí y ahora» de su historia, este padre real nunca es aquel que interviene en el curso del complejo de Edipo. El que intercede es el *padre imaginario*. En este punto encontramos, con toda su significación, el término *imago* en el sentido que Freud le atribuye. El padre nunca es captado o aprehendido por el niño de otro modo que bajo la forma de la *imago paterna*, es decir, una figura del padre tal como el niño tiene interés en percibirla en la economía de su deseo, pero, igualmente, tal como puede darse una representación de ella a través del discurso que la madre profiere para él.

Por lo mismo que esta distancia se define entre la dimensión del *padre real* y la figura del *padre imaginario*, la consistencia del *padre simbólico* queda todavía más particularizada, en el sentido de que su intervención estructurante en la dialéctica edípica se especifica por el solo hecho de ser *puramente significante*, en lo cual se resume fundamentalmente la *función paterna* como tal. Pero si esta función paterna es *estructurante*, ello supone que interviene en el registro de la *castración*.⁴

En otros términos, cuando encaramos la cuestión del padre en el complejo de Edipo, debemos estar atentos al sentido que conviene dar a esa «entidad paterna». De-

ne», en *Le Père et sa fonction en psychanalyse*, París: Point hors ligne, 1989, págs. 51-65. Publicación brasileña en Zahar, 1991.

⁴ J. Dor, véase el cap. V, «La fonction paternelle et ses avatars», *ibid.*, págs. 67-105.

bemos saber localizar la economía del deseo del niño según esté comprometida con respecto al padre imaginario o con respecto al padre simbólico. Como mínimo, esta discriminación supone que siempre estemos en condiciones de situar las apuestas edípicas fuera de la realidad, en el sentido de que el Edipo *es y sigue siendo* siempre una movilización imaginaria en el niño. Ante todo, es para él la trayectoria imaginaria que «se ofrece» para resolver subjetivamente el enigma que le plantea la diferencia de sexos. En efecto, la dinámica edípica representa el recorrido imaginario que el niño se ve llevado a construir para encontrar una respuesta satisfactoria a esa pregunta.

De esto resulta una consecuencia clínicamente importante: el padre real aparece como perfectamente secundario en las apuestas deseantes edípicas. Por otra parte, esto permite precisar todas las ambigüedades suscitadas por expresiones tales como: la *presencia paterna*, incluso las *carencias paternas*. Cuando estos atributos son relacionados con la dimensión del padre real, no tienen ningún alcance significativo y operatorio frente a la función fundamentalmente estructurante del *padre simbólico*. De hecho, que el *padre real* esté *presente o no*, que sea *carente o no*, esto es completamente secundario para las apuestas edípicas. En cambio, si la *presencia* o la *carencia* paterna concierne más directamente al *padre imaginario* o al *padre simbólico*, estos atributos, entonces, se vuelven esencialmente determinantes.

En otros términos, una evolución psíquica perfectamente estructurante para el niño puede cumplirse fuera de la presencia de cualquier padre real.⁵ Esto supone, en cambio, en tal hipótesis, que las dimensiones del padre imaginario y del padre simbólico estén constitutivamente presentes. No hay aquí ninguna paradoja.

⁵ J. Dor, véase el cap. I: «Introduction: la fonction du père en psychanalyse», *ibid.*, págs. 15-24.

Por el contrario, se trata de una exigencia de palabras, de discurso, vale decir, de una exigencia significante: *el padre siempre debe ser significado al niño*, aunque el niño no esté confrontado con la presencia real del padre.

Lo estructurante para el niño es poder fantasmaticizar un padre, es decir, elaborar la figura de un padre imaginario a partir de la cual investirá ulteriormente, la dimensión de un padre simbólico.

En el caso extremo en que el padre real está ausente o es «designado como inexistente» en la realidad, de todos modos la función estructurante es potencialmente operatoria, siempre y cuando esta referencia a un «otro» (*hétéros*) sea significada en el discurso materno como una instancia tercera mediadora del deseo del Otro.

La distinción entre el *padre real*, el *padre imaginario* y el *padre simbólico* constituye un indicador sin el cual, no sólo la dimensión del complejo de Edipo resulta en gran parte ininteligible, sino incluso refractaria al sentido y al alcance del acto psicoanalítico.

Así, pues, si el niño encuentra al padre en el Edipo como el elemento perturbador capaz de cuestionar la certeza de su *identificación fálica*, es esencialmente en torno de la dimensión del *padre imaginario*. Tal cuestionamiento nunca es instituido de hecho. Sólo puede intervenir porque ya está allí, implícitamente presente, en el discurso de la madre. Aun cuando no registre esto en lo inmediato, el niño presiente que la madre se significa a él como objeto potencial del deseo del padre. Por lo demás, este presentimiento conduce al niño a una sobreinterpretación referente a su propio estatuto ante la madre. Cuando comienza a adivinar que la madre no sólo lo desea a él, transforma imaginariamente esta verificación en una apuesta de rivalidad. Se esfuerza por ocultar que la madre pueda desear al padre y, al mismo tiempo, inviste al padre como objeto de deseo rival ante la madre. En otros términos, *el padre se vuelve un ob-*

jeto fálico rival de él mismo ante ella. La puesta en duda de la identificación fálica del niño no puede comprenderse fuera de este espacio de *rivalidad fálica propiamente dicha*: «to be or not to be el falo» (Lacan).

Resulta fácil advertir cuánta importancia tienen los significantes en ese momento decisivo, puesto que, es cabalmente a través del discurso como el niño percibe estar hallando los indicadores que le permitirán vectorizar su deseo en una dirección donde podrá promover su despliegue hacia otro horizonte. Pero, al mismo tiempo, esta dirección puede obturarse por falta de significantes consecuentes, para llevar más allá la interrogación deseante del niño, hacia la cuestión de la diferencia de sexos.

Aquí, la función de los significantes interviene como una operación dinamizante; casi podría decirse, una función catalizadora. En la medida en que el discurso materno deja en suspenso la interrogación del niño sobre el objeto del deseo de la madre, esta cuestión resurge con mayor fuerza y lo empuja a profundizar su interrogación. Esta «suspensión significante» ante el enigma de la diferencia de sexos es capital, en el sentido de que impone al niño interrogar al deseo materno más allá del lugar en que su identificación fálica encuentra un punto de detención. El discurso de la madre le asegura, pues, un apoyo favorable hacia nuevas investigaciones, que lo conducirán al umbral de un horizonte mucho más enigmático y que anuncia el *orden de la castración*. Dicho de otro modo, los significantes maternos resultan determinantes para movilizar al niño hacia un espacio diferente del deseo inmediato que él negocia con ella.

A poco que este impulso del niño encuentre el menor soporte para suspenderse, toda su dinámica deseante tenderá hacia un estado en el que la entropía llevará las de ganar sobre el esfuerzo psíquico que él debe producir para combatirla. De esta suspensión inducida alrededor de la puesta en duda de la identificación fálica, pue-

de resultar un enquistamiento de toda la economía del deseo, la que contribuirá a la instalación de una fijación psíquica irreversible. En efecto, alrededor de tal apuesta se organiza la *estructuración perversa*, en la que encontramos precisamente el origen de todos los rasgos sobre los que podremos fundarnos para apuntalar un diagnóstico en el campo de la clínica psicoanalítica.

Segunda parte. La estructura perversa

4. El punto de vista freudiano sobre las perversiones

Seguramente recordarán que el problema del proceso perverso es examinado por Freud bajo diversos aspectos, y en momentos diferentes de su obra.

Ya en los *Tres ensayos de teoría sexual*,¹ Freud instituye una distinción entre las *inversiones* y las *perversiones* propiamente dichas. Esta diferencia se funda en la plasticidad del mecanismo pulsional y en su aptitud para prestarse a «desviaciones» respecto del *fin* y del *objeto* de las pulsiones. Las *inversiones* corresponderían a desvíos que conciernen al objeto de la pulsión, mientras que las *perversiones* remitirían a una desviación en cuanto al fin.

Más allá de esta discriminación que Freud toma en préstamo —exceptuando la pulsión— de la psicopatología clásica de su época,² él insiste, no obstante, en inscribir el proceso sexual perverso en el desarrollo normal de la sexualidad, por lo menos en lo que respecta a la sexualidad infantil y su *perversidad polimorfa*,³ cuyas resurgencias en la economía libidinal del sujeto adulto nos explica.

¹ S. Freud, *Trois essais sur la théorie de la sexualité* (1905), París: Gallimard, «Idées», 1974. [*Tres ensayos de teoría sexual*, en *AE*, vol. 7, 1978.]

² Véase R. von Krafft-Ebing, *Psychopathia Sexualis* (1869), París: Payot, 16ª edición, 1931.

³ S. Freud, véase 2ª parte: «La sexualité infantile», en *Trois essais sur la théorie de la sexualité*, *ibid.*, págs. 63-107 [«La sexualidad infantil», en *Tres ensayos de teoría sexual*, *op. cit.*], y más particularmente: «La disposition perverse polymorphe», págs. 86-7 [«Disposición perversa polimorfa», en *Tres ensayos de teoría sexual*, *op. cit.*].

La argumentación freudiana nos conduce a un primer punto de distinción decisivo entre neurosis y perversiones. Así, los remito a la famosa —aunque problemática— fórmula:

«La neurosis es, por así decirlo, el negativo de la perversión».⁴

Esta proposición parece insistir en un punto esencial de la economía pulsional. Los síntomas neuróticos resultan siempre de cierta represión de los componentes pulsionales de la sexualidad. De tal manera que Freud se ve llevado a suponer que el carácter sintomático de la neurosis representa:

«(. . .) una conversión de pulsiones sexuales que deberían ser llamadas perversas (en el sentido amplio de la palabra) si pudieran, sin ser apartadas de la conciencia, encontrar una expresión en actos imaginarios o reales».⁵

Esta distinción freudiana entre proceso neurótico y perverso es importante, al menos, como lo veremos más adelante, porque presupone ya una diferencia del punto de anclaje de estas estructuras en el contexto de la dialéctica edípica.

En 1915, la elaboración teórico-clínica del proceso perverso encuentra un sustento suplementario en un estudio que Freud titula: «Pulsiones y destinos de pulsión».⁶ Especialmente, Freud define dos «destinos pulsionales» característicos del proceso perverso: el «trastorno hacia lo contrario» y la «vuelta hacia la per-

⁴ *Ibid.*, pág. 54.

⁵ *Ibid.*, pág. 53.

⁶ S. Freud, «Pulsions et destins des pulsions», en *Métapsychologie, op. cit.*, págs. 11-44. [«Pulsiones y destinos de pulsión», en *AE*, vol. 14, 1979.]

sona propia». Las propiedades pulsionales que estos dos mecanismos suponen permiten introducir una unidad más fundamental con respecto a las perversiones. De hecho, la noción de *modificación en cuanto al fin y en cuanto al objeto de la pulsión* autoriza una generalización metapsicológica decisiva. En efecto, la distinción introducida en *Tres ensayos de teoría sexual* entre «inversiones» y «perversiones» se vuelve, si no inútil, cuando menos inconsecuente. El conjunto de los procesos pulsionales que las caracterizan constituye precisamente una de las dimensiones esenciales del proceso perverso. A partir de esta generalización comienza a dibujarse, pues, para Freud la perspectiva de una *estructura perversa* que queda por definir, más allá de los parámetros estereotipados indicados hasta entonces por ciertos modos de realizaciones sexuales.

Con apreciable seguridad, Freud orienta así sus investigaciones en la búsqueda de un mecanismo metapsicológico inaugural de la perversión, sobre todo a partir de la elaboración de nociones tales como la *renegación de la realidad* —con su incidencia respecto de la castración— y la *escisión del yo* como propiedad intrínseca del funcionamiento del aparato psíquico. Por otra parte, precisamente con estas dos últimas nociones nos vemos llevados nuevamente a la dialéctica edípica.

El desarrollo del complejo de Edipo se inicia a partir de la noción de atribución fálica de la madre. Esta atribución del falo se origina, en efecto, alrededor de la cuestión de la diferencia de sexos, que constituye de entrada, para el niño, un punto enigmático. Todo el curso imaginario del complejo de Edipo será el desarrollo de la respuesta que el niño intentará dar a ese enigma. Sobre este punto los remito a un texto esencial: «La organización genital infantil»:

«En el curso de estas investigaciones, el niño llega a descubrir de que el pene no es un bien común a todos los seres que se le parecen (. . .) Es sabido cómo reaccionan

ellos a las primeras impresiones provocadas por la falta de pene. *Niegan esa falta y a pesar de todo creen ver un miembro: echan un velo sobre la contradicción entre observación y prejuicio*, alegan que todavía es pequeño y que dentro de poco crecerá, y, gradualmente llegan a esta conclusión de gran alcance afectivo: en todo caso, antes estuvo realmente allí y luego fue quitado. *La falta de pene es concebida como el resultado de una castración*, y el niño se ve ahora en el deber de enfrentarse con la referencia de la castración a su propia persona». ⁷

La atribución fálica es la concepción de algo que habría debido estar allí y que por lo tanto es vivido como faltante. Por este motivo, el objeto fálico es un objeto estrictamente imaginario. Así, pues, podemos decir que, de entrada, en Freud, la cuestión de la castración está irreductiblemente ligada a la dimensión imaginaria del falo, y no a la dimensión del órgano: el pene o la ausencia del pene.

Paso ahora rápidamente a la continuación de la explicación freudiana. El niño no renuncia de buena gana a la representación de la madre fálica, sin la cual se vería abruptamente enfrentado con lo real de la diferencia de sexos. Ahora bien, el niño no tiene ningún interés psíquico en aceptar ese real como tal, es decir, como pura diferencia. En efecto, lo real de esta diferencia le impediría precisamente aceptar una consecuencia insostenible: la dimensión imaginaria de su propia identificación fálica. Debería renunciar, en cierto modo, a constituirse como único y exclusivo objeto del deseo de la madre. La vectorización de su deseo con respecto al Otro moviliza esta protección fantasmática, que recusa lo real de la diferencia de sexos en beneficio de una

⁷ S. Freud, «L'organisation génitale infantile» (1923), en *La vie sexuelle*, op. cit., pág. 115 (las bastardillas son mías). [«La organización genital infantil (Una interpolación en la teoría de la sexualidad)», en *AE*, vol. 19, 1979.]

construcción apoyada en la elaboración imaginaria de un objeto que supuestamente falta: el falo, y en una concepción de la diferencia de sexos elaborada en el modo: *estar castrado o no estar castrado*. Además, por esta misma razón fantasmática, Freud señala que el enfrentamiento con la castración no puede sino ser angustiante para el niño. Una construcción imaginaria semejante no puede menos que favorecer, en efecto, la creencia en la amenaza de castración: bien podría él ser castrado como su madre tal vez lo fue.

Por consiguiente, es ahí donde Freud ubica la emergencia de la angustia de castración y, como consecuencia, el origen de ciertas reacciones defensivas destinadas a neutralizarla. Estas construcciones psíquicas defensivas testimonian, no sólo el rechazo del niño a aceptar la diferencia de sexos, sino también el trabajo psíquico que debe poner en marcha precozmente para soslayar o sustraerse a la incidencia de la castración. Freud nos indica que esas construcciones psíquicas defensivas van a predeterminar y orientar, en una gran medida, el curso de la economía psíquica, según ciertas modalidades que actualmente designamos en términos de estructuras psíquicas.

Esquemáticamente, recordemos que Freud distingue tres salidas posibles ante la angustia de castración. Dos tipos de salida en que el sujeto no aceptará la incidencia de la castración sino bajo reserva de transgredirla continuamente. Y otra donde el sujeto aceptará la coacción de la castración sometién dose a ella, de buen o mal grado, pero desplegando toda una nostalgia sintomática ante la pérdida soportada. En el primer caso nos vemos conducidos a las perversiones; en el segundo, a la nostalgia sintomática de los histéricos y los obsesivos.

Desde el punto de vista freudiano, la estructura perversa parece encontrar su origen alrededor de dos polos: por un lado en la angustia de castración, por el otro en la movilización de procesos defensivos destinados a sortearla. En este aspecto, Freud pone al descubierto

dos procesos defensivos característicos de la organización del funcionamiento perverso: la *fijación* (y la regresión) y la *renegación de la realidad*. A su juicio, se trata de los dos mecanismos respectivamente constitutivos de la *homosexualidad* y del *fetichismo*.

La *homosexualidad* resultaría en lo esencial, de una reacción de defensa narcisista ante la castración, reacción por la que el niño *fijaría* electivamente la representación de una mujer provista de un pene; esta representación persistiría en lo inconsciente y se mostraría activamente presente en el dinamismo libidinal posterior.⁸

Una lectura atenta del texto «Sobre las teorías sexuales infantiles», suscita inmediatamente un comentario: la organización del proceso perverso, en la vertiente de la homosexualidad, es implícitamente referida por Freud a la *homosexualidad masculina*. Sin equívoco alguno, esto pone en evidencia que la homosexualidad masculina surge cabalmente de una estructura perversa, mientras que resta por saber si lo mismo ocurre en la homosexualidad femenina. Es particularmente importante tener en cuenta este problema en lo que se refiere al diagnóstico. De hecho, la misma idea de la existencia de una *estructura perversa* en la mujer es harto problemática, aunque sea indiscutible la presencia de manifestaciones perversas en los comportamientos femeninos.⁹ En resumen, la homosexualidad masculina se inscribe en un dispositivo psíquico radicalmente distinto del que preside la homosexualidad femenina.

Esto se ve mejor confirmado todavía por el otro aspecto del funcionamiento perverso evocado anteriormente: el *fetichismo*. Clínicamente, aparece como una disposición exclusivamente masculina. El proceso de-

⁸ Véase S. Freud, «Les théories sexuelles infantiles», *ibid.*, pág. 20. [«Sobre las teorías sexuales infantiles», en *AE*, vol. 9, 1979.]

⁹ He expuesto una observación de manifestaciones perversas en un caso de fobia femenina (histórica), en *Apertura*, vol. 5, 1991, págs. 95-100.

fensivo implementado es más complejo que el que hallábamos en relación con la homosexualidad. Esencialmente, se basa en la *renegación de la realidad*, es decir, en la negativa a reconocer la realidad de una percepción traumática: la ausencia de pene en la madre y en la mujer. La estrategia de defensa instalada por la renegación de la realidad está asociada a un mecanismo correlativo: *la elaboración de una formación sustitutiva*. Esta operación se desarrolla en dos tiempos: por un lado, la renegación de la realidad propiamente dicha, es decir, la persistencia de una actitud estrictamente infantil ante la ausencia de pene femenino. Aunque percibida por el sujeto, esta ausencia es recusada con el fin de neutralizar la angustia de castración. Pero a diferencia de lo que ocurre en la homosexualidad, la fijación de la representación de la madre fálica es más lábil y autoriza una situación de compromiso. Puesto que la mujer carece de pene en la realidad, el fetichista va a encarnar el objeto que supuestamente falta por medio de otro objeto de la realidad: *el objeto fetiche*, el cual pasa a ser encarnación del falo:

«El fetiche es el sustituto del falo de la mujer (de la madre) en el que ha creído el niño y al que sabemos por qué no quiere renunciar».¹⁰

Por su mediación, el objeto fetiche instituye así varios dispositivos de defensa: *a)* primero, permite no renunciar al falo; *b)* luego, permite conjurar la angustia de castración protegiéndose de ella; *c)* por último, permite escoger a una mujer como objeto sexual posible en

¹⁰ S. Freud, «Le fétichisme», *ibid.*, pág. 134 [«Fetichismo», en *AE*, vol. 21, 1979]. Véase también el cap. VIII de *L'Abrégé de psychanalyse*, París: PUF, 1967, págs. 80-1 [«Esquema del psicoanálisis», en *AE*, vol. 23, 1980].

tanto supuestamente ella posee el falo. Por consiguiente, esta solución sustrae al fetichista de la salida homosexual.

Finalmente, último elemento que vamos a recordar la explicitación progresiva del proceso perverso conducirá a Freud, partiendo del fetichismo, a aislar la noción de *escisión del yo*, es decir, la dimensión de una escisión intrapsíquica esencial para la descripción de la estructura psicológica del sujeto. De hecho, el funcionamiento del fetichismo pone de manifiesto un mecanismo psíquico singular: la coexistencia de dos formaciones psíquicas inconciliables entre sí. Por un lado, el reconocimiento de la ausencia de pene en la mujer, por el otro, la renegación de la realidad de este reconocimiento. Hay una contradicción abierta entre el hecho de que la realidad sea renegada por el sujeto sobre un fondo de ausencia, y el de que la instauración del objeto fetiche sea la prueba más elocuente del reconocimiento permanente de esta ausencia. Ahora bien, observa Freud, estos dos contenidos psíquicos contradictorios con respecto a la realidad coexisten en el aparato psíquico sin influirse jamás recíprocamente. De aquí proviene la hipótesis freudiana de una escisión psíquica, que no cesará de confirmarse en cuanto instancia intrínseca a la estructura del sujeto como tal. Los remito a los diferentes trabajos que Freud consagró a este problema, especialmente por vía indirecta, apoyándose en la clínica de las psicosis.¹¹

¹¹ S. Freud, véanse en particular los estudios que él desarrolla a partir de 1924, los que se encuentran reunidos en la compilación de textos *Névrose, psychosé et perversion, op. cit.*, «Névrose et psychosé» (1924), págs. 283-6; «La perte de la réalité dans la névrose et dans la psychosé» (1924), págs. 299-303. [«Neurosis y psicosis» y «La pérdida de realidad en la neurosis y la psicosis», en *AE*, vol. 19, 1979.] Véase también «Le clivage du moi dans les processus de défense» (1938) en *Résultats, idées, problèmes*, tomo II, París: PUF, 1985, págs. 283-6. [«La escisión del yo en el proceso defensivo», en *AE*, vol. 23, 1980.]

5. El punto de anclaje de las perversiones

Volvamos a la dialéctica edípica, donde la identificación fálica inaugural es puesta en duda por la intrusión de un padre imaginario, que el niño fantasmaliza como objeto fálico rival suyo ante la madre. Esta apuesta fálica presenta la particularidad de realizar la marca de una injerencia del padre en los asuntos del goce materno. De hecho, a través de esa figura paterna, el niño descubre un competidor fálico ante la madre como único y exclusivo objeto de su goce. Al mismo tiempo, descubre correlativamente dos órdenes de realidad que en adelante vienen a interrogar el curso de su deseo. En primer lugar, resulta que el objeto del deseo materno no es exclusivamente dependiente de su propia persona. Por este hecho, la nueva disposición abre para el niño la expectativa de un deseo materno que sería potencialmente *diferente* del que ella tiene por él. En segundo lugar, el niño descubre a su madre como una *madre con falta*, es decir, una madre que en absoluto es colmada por el niño identificado con lo que él considera como único objeto de su deseo, es decir, con el falo. En el terreno de esta doble circunstancia, la figura del padre sale a la palestra en un registro que sólo puede ser el de la rivalidad.

Encontraremos posteriormente la huella de esta rivalidad en la forma de un rasgo estructural estereotipado de la perversión: el *desafío*. Con el desafío nos vemos irremediablemente llevados al encuentro de este otro rasgo estructural, la *transgresión*, complemento inseparable de aquel.

El terreno de la rivalidad fálica imaginaria instituye, y al mismo tiempo implica, el desarrollo subrepticio de un presentimiento cuyas consecuencias se mostrarán irreversibles, y que gira en torno al problema de la diferencia de sexos. Para el niño se trata de anticipar, en efecto, un universo de goce nuevo tras esa figura paterna, el cual se le aparece radicalmente extraño por cuanto lo supone como un universo de goce que le está prohibido. O, lo que es lo mismo, se trata de un universo de goce del que está excluido. Este presentimiento permite al niño adivinar el orden irreductible de la castración, de la que en cierta forma no quiere saber nada. Igualmente, puede constituir para él el esbozo de un saber nuevo sobre la cuestión del deseo del Otro. En este sentido podemos comprender cómo se gesta una vacilación en cuanto al problema de su identificación fálica. De la misma forma advertimos cómo la angustia de castración puede actualizarse alrededor de esa incursión paterna que impone al niño no sólo una nueva vectorización potencial de su deseo, sino también las apuestas de goce a ella adscriptas.

En el curso evolutivo de esta situación edípica, semejante estasis del deseo y de sus apuestas es inevitable. Aunque lo sea, resulta de todos modos una incidencia decisiva. Efectivamente, el perverso juega la suerte de su propia estructura precisamente bajo la insignia de esta incidencia. Al permanecer cautivo de esa estasis del deseo, el niño siempre puede encontrar en ella un modo definitivo de inscripción frente a la función fálica. De hecho, todo se juega para él alrededor de ese punto de báscula que va a precipitarlo, o no, hacia una etapa ulterior donde podrá abrirse una nueva promoción en la economía del deseo, calificable de dinamización hacia la asunción de la castración.

El perverso no deja de merodear en torno de esta asunción de la castración sin poder jamás comprometerse en ella como parte activa en la economía de su deseo. En otras palabras, sin poder asumir jamás esa par-

te perdedora de la que podría decirse que justamente es una falta para ser ganada. Se trata, a todas luces, de ese movimiento dinámico que propulsa al niño hacia lo real de la diferencia de sexos sustentado por la falta del deseo, diferencia promovida como simbolizable, pero de otro modo que por la ley del todo o nada. De cierta manera, aquí situamos el punto de báscula que escapa al perverso por lo mismo que este se encierra precozmente en la representación de una falta no simbolizable. Esta falta no simbolizable es la que justamente va a alienarlo en una dimensión de contestación psíquica inagotable, ejercitada mediante el recurso a la renegación o incluso a la repudiación, en lo que atañe a la castración de la madre.

En otros términos, se trata de un momento en el que se obtura, para el futuro perverso, la posibilidad de acceso al umbral de la castración simbólica, donde lo real de la diferencia de sexos es promovido como única causa del deseo. A todas luces, la falta significada por la intrusión paterna es justamente lo que garantiza al deseo su movilización hacia la posibilidad de una dinámica nueva para el niño. Lo que se cuestiona implícitamente alrededor de este punto de báscula es el problema del significante de la falta en el Otro: $S(X)$. Rozamos aquí la sensibilización del niño en lo que concierne a la dimensión del padre simbólico, o sea, el presentimiento psíquico que deberá enfrentar el niño para renunciar a su representación del padre imaginario. Sólo la mediación de este significante de la falta en el Otro es capaz de desprender la figura del padre imaginario de su referencia a un objeto fálico rival. El significante de la falta en el Otro es lógicamente lo que conducirá al niño a abandonar el registro del ser en beneficio del registro del tener.

El pasaje del ser al tener sólo puede producirse en tanto y en cuanto el padre aparece ante el niño como el poseedor de lo que la madre desea. Para ser más exactos, como el que supuestamente tiene lo que la ma-

dre supuestamente desea con respecto a él. Esta atribución fálica del padre es lo que lo instituye como *padre simbólico*, es decir, el padre en cuanto representante de la Ley para el niño, y por ende el padre en tanto mediación estructurante de la prohibición del incesto.

Ocurre que, precisamente, de esa sombra proyectada del padre simbólico el perverso no quiere saber nada, desde el momento en que se plantea para él la cuestión de reconocer algo del orden de la falta en el Otro. Esta *repudiación*, es decir, esta contestación, tiene por objeto recusar toda posibilidad de simbolización de esa falta. Por consiguiente, encontramos en marcha el proceso estereotipado del funcionamiento perverso por el cual una verdad referente al deseo de la madre es conjuntamente encontrada y negada. En otros términos, el niño se encierra en la convicción contradictoria siguiente: por un lado, la intrusión de la figura paterna deja entrever al niño que la madre, que no tiene el falo, desea al padre porque él lo «es» o porque él lo «tiene»; por el otro, si la madre no lo tiene, ¿tal vez podría tenerlo sin embargo? Para ello, basta con atribuírselo y mantener imaginariamente esta atribución fálica. Este mantenimiento imaginario es lo que anula la diferencia de sexos y la falta que esta actualiza. La coexistencia de estas dos opciones respecto del objeto fálico impone a la economía del deseo un perfil que constituye la estructura misma del funcionamiento perverso.

Este perfil es ordenado por una ley del deseo que no permite que el sujeto asuma su posibilidad más allá de la castración. Se trata de una ley ciega que tiende a sustituir a la ley del padre, es decir, a la única ley susceptible de orientar el deseo del niño hacia un destino obturado de antemano. O, dicho de otro modo, lo que obtura la asunción del deseo perverso es la ley que lo sustenta: una ley imperativa del deseo que se ocupa de no ser referida jamás al deseo del otro. En efecto, únicamente la ley del padre impone al deseo esa estructura

que hace que el deseo sea fundamentalmente deseo del deseo del otro.

Por lo mismo que la ley del padre es renegada como ley mediadora del deseo, la dinámica deseante se fija de una manera arcaica. Puesto ante el hecho de tener que renunciar al objeto primordial de su deseo, el niño prefiere renunciar al deseo como tal, es decir, al nuevo modo de elaboración psíquica exigido por la castración. Todo ocurre entonces como si la angustia de castración, que alienta al niño a no renunciar al objeto de su deseo, lo inmovilizara aquí en un proceso de defensa que lo vuelve precozmente refractario al trabajo psíquico que debe producir para comprender que, precisamente, la renuncia al objeto primordial del deseo salvaguarda la posibilidad del deseo, dándole un nuevo estatuto. En efecto, el nuevo estatuto inducido por la función paterna instituye un *derecho al deseo*, como deseo del deseo del otro.

En virtud de su economía psíquica particular, el perverso se ve sustraído a ese «derecho al deseo», y permanece imperativamente fijado en una gestión ciega donde no cesará en su intento de demostrar que *la única ley del deseo es la suya*, y no la del otro. Esto permite comprender mejor los diferentes engranajes del funcionamiento perverso y los *rasgos estructurales* que lo caracterizan.

En concepto de tales rasgos estructurales, mencionemos ya el *desafío* y la *transgresión*, que constituyen las dos únicas salidas del deseo perverso.

La renegación, incluso la *repudiación*, recae esencialmente sobre la cuestión del deseo de la madre por el padre. En este sentido, es ante todo renegación de la diferencia de sexos. No obstante, como Freud muy justamente lo había señalado, esa repudiación no tiene fundamento sino porque el perverso, en cierta manera, reconoce este deseo de la madre por el padre. Si se puede renegar de una cosa es porque previamente se conoce algo de ella. A su manera, el perverso reconoce lo real de

la diferencia de sexos, pero recusa sus implicaciones; la principal de las cuales quiere que esta diferencia sea, precisamente, la causa significativa del deseo. Así, el perverso se esfuerza por mantener la apuesta de una posibilidad de goce capaz de eludir esta causa significativa.

En esta provocación incesante que lo caracteriza, él se asegura de que la Ley está cabalmente ahí y de que él puede encontrarla. En este sentido, la *transgresión* aparece como el elemento correlativo e inevitable del desafío. No existe medio más eficaz para asegurarse de la existencia de la ley que esforzarse por transgredir las prohibiciones y reglas que remiten simbólicamente a ella. El perverso encuentra la sanción, vale decir, el límite referido metonímicamente a la interdicción del incesto, precisamente en el desplazamiento de la transgresión de las prohibiciones. El perverso, cuanto más desafía, incluso cuanto más transgrede la Ley, tanto más experimenta la necesidad de asegurarse de que realmente esta se origina en la diferencia de sexos y en relación con la prohibición del incesto.

En torno de este punto merecen señalarse ciertas confusiones diagnósticas, principalmente en lo que se refiere a la histeria y a la neurosis obsesiva.

6. Diagnóstico diferencial entre las perversiones, la histeria y la neurosis obsesiva

El *desafío* y la *transgresión* pueden ser observados perfectamente en estructuras diferentes de la perversa, sobre todo en la neurosis obsesiva y en la histeria. No obstante, en estas últimas estructuras, la transgresión no se articula con el desafío de la misma manera.

I. En la neurosis obsesiva

El *desafío* está manifiestamente presente en ciertos comportamientos sintomáticos de los obsesivos. Mencionemos ya, en tal concepto, la compulsión favorable de los obsesivos a involucrarse en todas las formas de competencia o de ordenamiento de dominio. El conjunto de tales situaciones se sustenta en la problemática de una adversidad (real o imaginaria) que es preciso desafiar.

No obstante, aunque esta dimensión del *desafío* esté activamente presente en el obsesivo, se advierte que lo está más aún por cuanto toda posibilidad de transgresión es casi imposible. En esta movilización general en que el obsesivo desafía a la adversidad, no parece poder hacerlo sino en la perspectiva de un combate regular. En efecto, el obsesivo es muy escrupuloso con las reglas del combate y la menor infracción lo llena de inquietud. Esto nos conduce a observar que el obsesivo hace esfuerzos desesperados (sin saberlo) por tratar de ser perverso, sin lograrlo jamás.

Cuanto más se presenta como defensor de la legalidad, tanto más lucha, sin saberlo, contra su deseo de

transgresión. El obsesivo ignora, o no quiere saber, en lo que atañe al desafío, que él es el único protagonista involucrado. Necesita crearse una situación imaginaria de adversidad para comprometerse en el desafío. Tal adversidad le permite desconocer que casi siempre es él quien se lanza desafíos a sí mismo. De ahí que recoja el guante tanto más cuanto que, a tal efecto, puede realizar un gran despliegue de energía.

La *transgresión* puesta en acto por los obsesivos está hecha a la medida de su «fuga hacia adelante» en lo referido a la cuestión de su propio deseo. No es raro que, en este proceso de fuga hacia adelante, el deseo corra más rápido que el obsesivo, que no quiere saber nada de él. El sujeto es superado entonces por la puesta en acto de ese deseo que él sufre, las más de las veces, en un modo *pasivo*. En los momentos en que el sujeto, de algún modo, se ve arrebatado por su propio deseo, no es raro que la actualización de este deseo encuentre su expresión en un *actuar transgresivo*. En general, se trata de una transgresión insignificante, pero su aspecto espectacular puede evocar entonces la transgresión perversa, de tanto que el sujeto la dramatiza. A menudo, un elemento motor nutre esa dramatización: el *act-ing-out*, que es la dimensión misma en que el obsesivo se autoriza a ser actuado por su deseo, con todo el goce que de ello resulta.

II. En la histeria

En la vertiente estructural de la histeria también podemos poner de manifiesto esta dimensión del *desafío*.

En la histeria, la transgresión está sustentada por una penetrante interrogación referida a la dimensión de la identificación, requerida a su vez por la apuesta

de la lógica fálica y su corolario, relativo a la *identidad sexual*.

Si ciertas expresiones del deseo histérico adoptan de buena gana un perfil perverso, es siempre en torno de la ambigüedad mantenida por el histérico en el terreno de su identidad sexual.

Repasemos sumariamente, en relación con esta ambigüedad perversa, la frecuente puesta en acto de escenas homosexuales entre los histéricos. Del mismo modo, recordemos su goce perverso de que «aparezca la verdad». Encontramos aquí la posición clásica de los histéricos a la que se refiere Lacan mediante la contundente expresión tomada de Hegel: «La bella alma». De hecho, no existe histeria sin que, en tal o cual momento, no se produzca esa disposición consistente en hacer que aparezca idealmente la verdad, aunque fuera al precio de develar ante un tercero la apuesta del deseo del otro. Especialmente en toda situación tercera donde el develamiento de una verdad sobre uno, pueda, por el contrario, desmovilizar o cuestionar el deseo del otro.

Pero, en la histeria, la dimensión de la *transgresión* tampoco presenta lo que constituye su motor en las perversiones. Por añadidura, si existe indiscutiblemente un *desafío histérico*, es siempre un desafío de pacotilla, puesto que no está sostenido jamás por el cuestionamiento fundamental de aquella ley paterna que refiere la lógica fálica al significante de la castración.

En la histeria, el significante de la castración está simbolizado. El precio de la pérdida que hay que pagar por esa simbolización se manifiesta esencialmente en el registro de la *nostalgia fálica*. Por lo demás, realmente es esa nostalgia lo que da a la histeria todo el peso de su invasión espectacular y desbordante. A lo sumo, se trata de una dramatización «poética» en un «estado de gracia» fantasmaticado. Ahora bien, lo sabemos, si un estado de gracia posee interés psíquico, es por ser exclusivamente imaginario. Desde el momento en que la cosa se corporiza en la realidad, la parada histérica retoma la

delantera y el histérico, acorralado en los últimos baluartes de su mascarada, se escurre con una pirueta.

El histérico es particularmente afecto a la dimensión del *semblante*, por cuanto es allí donde puede entrar en el *desafío* y sostenerlo. Como tal, el desafío está inscripto en una estrategia de reivindicación fálica. Para no citar más que un ejemplo característico, evoque-mos el fantasma canónico de la histérica identificada con la prostituta. Es en medio de un formidable desafío como tal o cual histérica recorre la acera o estaciona su auto en un punto estratégico, hasta el momento en que se le brinda ocasión de responder al «consultante imprudente»: «no soy lo que usted cree».

Otro registro del *desafío histérico femenino* se ve fácilmente puesto a prueba en la contestación fálica que, frecuentemente, gobierna la relación con un compañero masculino. Se trata de todas aquellas situaciones en que la histérica desafía a su compañero masculino significándole: «Sin mí, no serías nada». O, dicho de otro modo: «Te *desafío* a que me pruebes que realmente tienes lo que supuestamente debes tener». A poco que el compañero se embarque imprudentemente en esta demostración, la histérica no dejará de cargar a más y mejor por el lado del desafío.

En la vertiente de la *histeria masculina*, el *desafío* se encuadra igualmente en el régimen de la atribución fálica. Todo ocurre como si el sujeto sólo se invistiera en la dimensión del desafío a condición de ser instado a ello por el deseo del otro. En esta dialéctica particular del deseo el hombre histérico se lanza a sí mismo un *desafío* insostenible. Este desafío resulta de una *conversión inconsciente entre deseo y virilidad*. Ser deseable implica necesariamente, en el histérico masculino, la aptitud para suministrar la prueba de su virilidad ante una mujer. En este sentido, el hombre histérico se entrapa a sí mismo en el desafío despiadado de no poder desear a una mujer sino a través del fantasma en el que ella sucumbirá a la demostración de su virilidad.

En un dispositivo semejante, el goce de la mujer pasa a ser el índice mismo de su capitulación ante la omnipotencia fálica. No es de extrañar que el hombre histérico se deje capturar en un desafío tan insostenible. Con la consecuencia de responder con las conductas sintomáticas que conocemos bien: la *eyaculación precoz* y la *impotencia*.¹

¹ Examinaremos esta problemática de manera más detallada cuando encaremos el descriptivo estructural de la histeria. Véase *infra*, cap. 14, págs. 115-9.

7. El perverso y la ley del padre

En el perverso, la problemática de la renegación se organiza de manera diferente. Mientras que en la histeria y la neurosis obsesiva el desafío se centra en la posesión imaginaria del objeto fálico, en las perversiones se trata fundamentalmente de la *Ley del padre*. El desafío de la Ley del padre, en el perverso, se ubica esencialmente en la vertiente de la dialéctica del *ser*. En el obsesivo, como en el histérico, el desafío concerniente a la posesión del objeto fálico se sitúa, en cambio, en la alternativa del *tenerlo o no tenerlo*. Sin embargo, esta primera clasificación no es lo bastante precisa como para poder ser clínicamente operatoria.

Debemos insistir en el carácter imperativo según el cual el perverso va a hacer intervenir la ley de *su* deseo, como la única ley del deseo que él reconoce y no como un deseo que se viera fundado sobre la ley del deseo del otro, que es, inauguralmente, la Ley del padre. Desde este punto de vista es como debe comprenderse que el padre «hace la ley» (Lacan) a la madre y al niño. De manera permanente, el perverso se esforzará por desafiar así esta Ley del padre, con todo cuanto ella impone de una falta que es preciso simbolizar (castración). Al desafiar dicha Ley, recusa, en definitiva, el hecho de que la ley de su deseo esté sometida a la ley del deseo del otro. Así, pues, el perverso pone en acto dos opciones: por un lado, la preeminencia de la ley de su deseo como única ley posible del deseo; por el otro, el desconocimiento de la ley del deseo del otro como la que viene a mediatizar el deseo de cada cual. Todo el goce perverso se constituye en este intervalo, sosteniéndose en una misma estra-

tegia imposible, pero cuyo interés esencial es suscitar, ante un tercero, la convicción de que tal vez no lo sea.

Así, pues, el perverso se ve llevado a plantear la Ley del padre (y la castración) como un límite existente para demostrar mejor, luego, que no es un límite, en el sentido de que siempre se puede asumir el riesgo de franquearlo. En efecto, el perverso extrae todo el beneficio voluptuoso de su goce en esa estrategia de franqueamiento. Para hacerlo necesita, evidentemente, un cómplice, imaginario o real, es decir, un testigo cegado por la prestidigitación fantasmática en la cual el perverso se encierra frente a la castración.

Entre estos testigos potenciales, la madre constituye el protagonista, si no inaugural, al menos privilegiado. Más adelante lo explicaré.

A propósito de este testigo cómplice cuya presencia resulta indispensable para el despliegue del actuar perverso, les recuerdo este breve pasaje evocado por Jean Clavreul:

«Está claro que, en tanto portador de una mirada, el Otro será el compañero, es decir, ante todo el cómplice del acto perverso. Aquí advertimos lo que distingue radicalmente la *práctica perversa*, donde la mirada del Otro es indispensable por ser necesaria a la complicidad, sin la cual no existiría el campo de la ilusión, y el *fantasma perverso*, que no sólo se acomoda muy bien a la ausencia de la mirada del otro, sino que, para lograr su fin, demanda satisfacerse en la soledad del acto masturbatorio. Si el acto perverso se distingue sin equívoco del fantasma actuado, discernimos la frontera en esa línea donde se inscribe la mirada del Otro, mirada cuya *complicidad* es necesaria para el perverso, y que en cambio es *denunciadora* para el normal y el neurótico».¹

¹ J. Clavreul, «Le couple pervers», en *Le désir et la perversion*, París: Seuil, «Points», n° 124, 1981, págs. 108-9 (las bastardillas son del original).

El perverso puede movilizar su desafío como modo de acceso al goce en la medida de esta complicidad implícita del Otro. La estrategia perversa permanece siempre fija, cualquiera sea la variedad de sus realizaciones. Consiste siempre en *descarriar* al otro respecto de los puntos de referencia y de los límites que lo inscriben frente a la ley. Como lo observa Jean Clavreul:

«Lo más importante para el perverso es siempre que el Otro esté suficientemente comprometido, inscripto en referencias conocidas, sobre todo de respetabilidad, para que cada nueva experiencia cumpla oficio de *desenfreno*, es decir, para que el Otro se vea extraído de su sistema, y para que acceda a un goce cuyo dominio, de todos modos, el perverso está seguro de tener».²

En mi obra *Structure et perversions* aporté un ejemplo perfectamente significativo de este desafío que, en aquel caso, consistía en «descarriar» algo de la vida privada de un analista.³

Paradójicamente, la relación que el perverso mantiene con la Ley del padre se manifiesta principalmente a través de un modo de relación específica frente a la madre y, más allá, frente a todas las mujeres. Esto no es sorprendente, teniendo en cuenta que la *repudiación* del perverso afecta directamente a la cuestión del deseo de la madre por el padre, o sea, a la cosa esencialmente inadmisibles por excelencia. Como es lógico, esta repudiación se acompaña de construcciones fantasmáticas elaboradas a partir de ciertos materiales surgidos de las teorías sexuales infantiles sobre la castración. Como sabemos, se trata sobre todo de la ausencia de pene de la madre, que sólo puede explicarse por la castración que el padre le habría infligido. Este elemento persiste

² *Ibid.*, págs. 109-10.

³ J. Dor, véase el cap. XIV, «La jouissance perverse et le tiers complice. Le secret et l'agir», en *Structure et perversions*, *op. cit.*, págs. 200-2.

— tente de las elaboraciones imaginarias infantiles se halla en el origen del *horror particular a la castración* que se observa en todos los perversos. Horror tanto mayor cuanto que está sustentado por el fantasma de una castración real.

Este problema supone una compleja dialéctica entre diferentes elementos fantasmáticos concernientes a la castración de la madre (y de las mujeres), y ese otro elemento constituido por el deseo de la madre por el padre. En el perverso existe una oscilación constante entre estas dos series de materiales. O bien el padre tiene la responsabilidad de haber sometido a la madre al orden de su deseo, y por lo tanto le ha impuesto esa ley inicua del deseo que hace que el deseo siempre esté sometido a la ley del deseo del otro; o, por el contrario, la madre es culpable por haber ella misma deseado el deseo del padre. Entonces, sobre ella se ve proyectada la acusación de ser cómplice de la castración, que no se plantearía si la madre no se hubiera comprometido con el padre por el lado de su deseo.

Esta doble construcción fantasmática referente a la castración va a predeterminar ciertos prototipos de relaciones características que el perverso expresará frente a hombres y mujeres. Esta doble opción fantasmática se encuentra sobredeterminada por el *horror* de la castración. Ya se trate del padre inicuo que somete a la madre a la ley de su deseo o de la madre que tiene la debilidad de aceptar esta ley, tanto en un caso como en el otro —que hacen el papel de revés y derecho— la cosa es inadmisibile, puesto que consiste en *ratificar la falta, es decir, la castración*.

Como reacción a este «horror», viene a oponerse esa otra elaboración fantasmática a través de la cual el perverso imagina a la madre todopoderosa del lado del deseo, es decir, *sin falta*. La creencia imaginaria en esta madre sin falta implica la neutralización del Padre Simbólico en tanto representante de la función paterna. En otras palabras, el padre supuestamente no tiene

lo que la madre desea. En consecuencia, el perverso puede seguir sosteniendo el fantasma de ser el único y exclusivo objeto de deseo que hace gozar a la madre.

8. La madre fálica

Volvamos por un instante a aquel momento decisivo del complejo de Edipo que hemos designado como estado favorable al punto de anclaje de las perversiones.

A todas luces, hablar de «punto de anclaje» supone la intervención de ciertos factores determinantes, susceptibles de inducir una ambigüedad en lo que atañe a la identificación fálica. Tal ambigüedad puede expresarse en la conjunción de dos series de determinaciones, que sintetizaré de la siguiente manera: por un lado, *la complicidad libidinal de la madre*; por el otro, *la complacencia silenciosa del padre*.

Las más de las veces, la complicidad erótica materna se manifiesta en el *terreno de la seducción*, de una «verdadera seducción» y no de un «fantasma de seducción» mantenido por el niño. Esta seducción materna se expresa sobre todo en las respuestas que brinda a los requerimientos eróticos del niño. Respuestas que este recibe inevitablemente como testimonios de reconocimiento y aliento. En este sentido, la respuesta materna es un verdadero llamado hacia el goce, toda vez que da sustento a la actividad libidinal del niño para con la madre. No obstante, este llamado seductor queda gravado por un equívoco de talla.

De hecho, el niño es tanto seducido cuanto alentado por lo que su madre le da para «tocar», para «ver» y «oír». Pero, por otro lado, lo atormenta el mutismo materno sobre la cuestión de su deseo en lo concerniente al padre. Incluso si en la complicidad erótica que la madre comparte con el niño este se asegura de la ausencia de mediación paterna frente al deseo de la madre, el padre

sigue apareciendo como un intruso. Y esto tanto más cuanto que si la madre no confirma nada al niño de su deseo por el padre, tampoco invalida su posibilidad. Muy por el contrario, las más de las veces hace subsistir un equívoco perturbador acerca del lugar del padre en su deseo. Por otra parte, en la medida de esta ambigüedad se desarrolla toda la actividad libidinal del niño ante la madre, a quien se esfuerza por seducir cada vez más, con la esperanza de descartar aquella duda con respecto a la intrusión paterna. Es aquí, en el propio campo de la rivalidad fálica, donde su tentación de burlarse de la instancia paterna encuentra su origen y su expresión característica por el lado del *desafío*. Por lo demás, esa burla de la instancia paterna se muestra frecuentemente alentada por la madre, de un modo implícito, el silencio o, de manera más decisiva aún, en la medida en que la madre la explicita. En efecto, a menudo ocurre que la madre esgrima la instancia paterna mediadora de su deseo sirviéndose de la «mentira». Podemos hablar de mentira en el sentido de que el niño se ve llevado así a percibir la inconsistencia que la propia madre concede a esa mediación. El niño se siente entonces mucho más atormentado, por cuanto está doblemente cautivo. Primero, cautivo de la seducción materna, luego, de una prohibición que, por cierto, ella le significa, pero dándole a entender, al mismo tiempo, que es inconsecuente. Aquí se gesta la *transgresión*.

Tal ambigüedad materna tiene una incidencia determinante ante el niño porque recibe, a cambio, cierto refuerzo del lado de la posición paterna. Este refuerzo es desplegado principalmente por la complacencia de un padre en dejarse desposeer de la representación de su función simbólica. Si, en este caso, podemos hablar de la *complacencia silenciosa del padre*, es por la aptitud que presenta para delegar su propia palabra a través de la de la madre, con toda la ambigüedad que la cosa supone.

Aquí encaramos un punto clínico fundamental referido al *diagnóstico diferencial* con respecto a la organización de los procesos psicóticos.

En el caso de las perversiones, la *significación de la Ley se mantiene*. Aunque esté delegada de manera problemática a la iniciativa materna, el niño no se encuentra sometido a una ley materna del deseo que no estaría referida a la Ley del padre. Para decirlo de otro modo, y retomando la expresión de Lacan, la madre del perverso no es una madre «fuera de la Ley»: es una *madre fálica*. En efecto, el niño permanece confrontado con una significación del deseo referido al *Nombre-del-Padre*. De todos modos, lo cierto es que esa significación del deseo sometido a la ley del deseo del otro no está ya esencialmente significado del lado paterno. La complacencia paterna mantiene el equívoco en la simple medida en que permite que el discurso materno se haga «embajador» de la prohibición. De ahí la *ambigüedad* investida psíquicamente por el niño entre una madre seductora que alienta al niño a hacerla gozar, y una madre amenazadora y prohibidora que se hace «intermediaria» de la palabra simbólica del padre. Este intervalo donde el niño se encuentra capturado, tiene la consecuencia de alimentar en él el fantasma de la madre todopoderosa, es decir, de la *madre fálica*.

La imago de esta madre fálica va a predeterminar la relación que el perverso mantendrá posteriormente con las otras mujeres. Mujeres a las que no renunciará, sin perjuicio de intentar encontrarlas en la persona de otros hombres, como ocurre en la homosexualidad.

Así podemos poner de manifiesto ciertos rasgos estructurales que se organizan por pares de oposición, para expresar radicalmente esa relación ambigua del deseo del perverso con el deseo del otro. Esto ocurre con la alternativa antes evocada, en lo concerniente a la madre con falta y a la madre castrada. Regularmente, el perverso oscila entre la representación de estos dos objetos femeninos fantasmaticados, cuyas encarnacio-

nes más apropiadas él no deja de buscar en la realidad. Por ello, la mujer puede aparecerse simultáneamente como una *virgen* y una *santa* o también como una *puta* repelente.

La mujer que encarnará a la madre fálica será fantasmaticada como una mujer *totalmente idealizada*. En esta idealización, observamos que el perverso sigue protegiéndose de la madre como objeto de deseo posible. Esta mujer, idealizada como todopoderosa, no sólo es virgen de todo deseo en cuanto objeto puro y perfecto, sino que también, por esta misma razón, es objeto intocable, fuera de alcance puesto que está *prohibida*. Para el niño, constituye el prototipo del *ideal femenino*, del que no puede esperar nada más que benevolencia y protección. Como ejemplo, mencionemos el papel privilegiado que desempeñan ciertas mujeres ante los homosexuales masculinos.

Pero la mujer también puede encarnar a la madre repelente, repugnante por estar sexuada, es decir, a una madre tan *deseable* como *deseante* frente al padre. Entonces, esta mujer/madre es relegada al rango de prostituta, es decir, al rango de un objeto abyecto ofrecido al deseo de todos, ya que no está reservada únicamente a los oficios del deseo del perverso. Es la mujer marcada por el *horror de la castración*. Se comprende esta abyección del sexo femenino en el perverso, pues se trata de un sexo castrado y fantasmaticado como herida repelente y peligrosa de la que es preciso alejarse, so pena de perder el propio pene cediendo al deseo. Más aún, sexo femenino que es preciso maltratar o sadizar, porque es tanto más infame cuanto que se puede gozar de él. Así, la mujer deseable y deseante se constituye como un objeto del que se debe escapar absolutamente si se quiere evitar la perdición, y por tanto, fundamentalmente, *la pérdida y la falta*.

9. Nuevo diagnóstico diferencial entre las estructuras neuróticas y las perversiones

Si en esta relación antinómica con la mujer es posible aislar rasgos de estructura característicos de la perversión, una vez más es conveniente esclarecer algunos puntos de diagnóstico diferenciales respecto de las estructuras neuróticas.

En la neurosis obsesiva

La problemática particular del deseo puede conducir a un obsesivo a ciertos comportamientos estereotipados con las mujeres, que a primera vista podrían evocar la actitud de los perversos hacia ellas. Mencionemos, por ejemplo, el culto reverencial que algunos pueden poner en acto en sus relaciones femeninas. Por lo menos en ciertos casos, este culto parece sostenerse en una idealización radical de la mujer, como lo observamos en las perversiones. El laberinto de precauciones oratorias y materiales que desarrollan para cortejar a las mujeres que desean, puede adoptar rápidamente el aspecto de una *veneración* que recuerda la relación con la mujer idealizada e intocable. Sin embargo, esta conducta de distanciamiento traduce el movimiento mismo de la dinámica del deseo obsesivo: esta distancia es introducida porque el obsesivo no quiere saber nada de su deseo.

Si la mujer deseada es intocable, es porque el obsesivo no quiere reconocer que la desea. Ahora bien, no se la pone a distancia como mujer pura de todo deseo, fuera de alcance por imposible. No parece prohibida para for-

talecer el fantasma de una mujer fálica todopoderosa. En el caso presente, el sujeto sobre todo debe prohibirse saber que él mismo la desea, so pena de sentirse comprometido.

Otra dimensión de la lógica obsesiva también parece poner de manifiesto a la mujer como objeto idealizado. Se trata de la tendencia que tienen ciertos obsesivos a encerrar a la mujer de su deseo «en los archivos», a ponerla bajo una campana, como un precioso objeto de colección que debe ser mantenido fuera de todo alcance, es decir, rebajado al rango de objeto de posesión y accidentalmente de consumo. También aquí, la mujer es venerada casi como intocable. Siendo lo esencial que esté eternamente ahí. El sujeto termina incluso por no tocarla más.¹

En esta disposición bastante frecuente de la neurosis obsesiva encontramos una de las vertientes arcaicas del despotismo infantil que da libre curso a la pulsión de dominio, o sea, a la pulsión de controlar al objeto. Cuanto más reduce a la mujer a la dimensión de objeto no deseante e indeseable, tanto más se tranquiliza el obsesivo en su problemática de posesión del objeto. Por otra parte, es en esta asfixia del deseo del otro donde mejor logra mantener la lógica de su propio deseo. En cuanto sustituto materno, la mujer debe permanecer totalmente colmada por la presencia del sujeto, identificado así con su falo. Al ponerla «en conserva», el obsesivo logra fixar el compromiso que regula su deseo. Por otra parte, ésta «puesta en conserva» corresponde más exactamente a la *puesta en orden* e incluso a la «puesta en vereda».

Para que su objeto subsista en este modo casi inanimado, es decir, no deseante, el obsesivo está dispuesto a ofrecer un verdadero culto. Dicho culto es uno de los peores que puede hacerse a una mujer, puesto que tiende a neutralizar, de antemano, toda veleidad de-

¹ Véase *infra*, cap. 18, págs. 142-7.

seante en ella. Para lograrlo, el sujeto va a alimentar el fantasma persistente de hacerlo todo por ella, de dársele todo, para que a ella *no le falte nada*. La cosa no tiene precio, con tal de que el objeto no se mueva, no reivindique nada, y carezca, pues, de demanda. La mujer queda así prisionera de esta lógica espantosa: «Un lugar para cada cosa y cada cosa en su lugar». En efecto, tal es el reflejo exterior del universo de los objetos de investidura deseados por el obsesivo. En el punto preciso en que la dinámica del deseo está casi muerta, el obsesivo goza silenciosamente del infortunio de su deseo.

Pero, a todas luces, la cosa nunca es así. Como ella no está completamente muerta, tarde o temprano el obsesivo se ve condenado al sufrimiento del desorden. De hecho, en cuanto el objeto de culto venerado, intocable (e intocado), empieza a moverse, el desorden comienza. No bien la mujer se significa como deseable bajo la mirada del otro, el universo supuestamente inamovible del obsesivo empieza a vacilar. En estas condiciones, el objeto no tiene ya nada que ver con un objeto idealizado. Pero no por ello aparece como un objeto de perdición, como un objeto de repulsión infame y repugnante, como ocurre con el perverso. Por el contrario, la mujer es entonces un objeto que puede huir, que es posible perder y que escapa al dominio. Y así surgen esos intentos lamentables de reconquista del objeto perdido.

A la inversa del perverso, que huye de su objeto repelente, que lo maltrata, el obsesivo ya no sabe qué sacrificio hacer para que lo perdonen. Se vuelve de buena gana mártir agobiado y culpable, dispuesto a pagarlo todo, a padecerlo todo para que las cosas retornen al orden inicial. En nombre de ese orden mortífero, el obsesivo puede ponerse más histérico que nunca, con el solo fin de que el objeto vuelva a él y ya no se le escape. La cuestión es neutralizar mágicamente la falta: el objeto femenino debe reintegrar su sitio de objeto inerte y sin deseo. Sin embargo, la experiencia muestra que los mejores sacrificios no sirven de nada. La fisura introduci-

da por el surgimiento del deseo del otro lleva inexorablemente al obsesivo al orden de la pérdida, es decir, al de la castración. Por otra parte, esta es la diferencia crucial que esgrime el obsesivo con relación al perverso.

En efecto, el obsesivo no dispone de la «rueda de auxilio» del perverso: de ningún modo puede apoyarse en la renegación de la castración, o sea, en esa representación imaginaria a través de la cual el perverso logra alimentar el motor de su goce. Si la mujer es idealizada en la neurosis obsesiva, es sólo en virtud de una fantasmatación mágica que nunca constituye una muralla a toda prueba. La primera alerta del deseo del otro es siempre decisiva; puesto que obliga al obsesivo a cuestionar los beneficios secundarios de su neurosis: obliga a recordar la castración y la falta en el Otro. Allí donde el perverso alimenta la ilusión del ideal femenino del que él es el artesano, el obsesivo se extenua en restaurar ese ideal que para él no es más que un vestigio nostálgico de la prehistoria edípica: nostalgia de la identificación fálica que debió canjear, de grado o por la fuerza, por la incomodidad del *tener*, impuesta por la ley del padre. En este sentido, los obsesivos no son sino *románticos del «ser»*.

II. En la histeria

De la misma manera, es posible poner de manifiesto ciertos elementos diferenciales en cuanto a la relación con las mujeres, en la *histeria masculina* y en las perversiones.

En la histeria masculina, las cosas son mucho más pintorescas y ricas que en la neurosis obsesiva. La relación con las mujeres, que en ciertos aspectos puede evocar la del perverso con su objeto, es ambigua porque, en esta estructura, existe una inclinación favorable a las manifestaciones perversas.

La relación del hombre histérico con el otro femenino está, de antemano, casi siempre alienada en una representación de la mujer como *mujer idealizada*, o sea, erigida sobre un pedestal inaccesible. Sin embargo, no se trata de una «virgen» intocable y no deseante, o aun de un objeto de veneración aséptico de todo deseo. Por el contrario, esta mujer es colocada sobre un pedestal como un objeto precioso porque es justamente deseable y deseante. En este sentido, interviene principalmente para el histérico como un objeto *para realzar*.

La mujer debe ser despiadadamente seductora, siempre ofrecida a la mirada del otro fascinado y envidioso, para que el sujeto pueda investirla idealmente. Para él, lo importante es que la mujer jamás resigne este lugar, a riesgo de verse inmediatamente despojada de sus bazas seductoras. En cuyo caso se convierte, por el contrario, en un objeto amenazador, objeto odioso y detestable que es preciso destruir por cuanto debe expiar el haber caído del pedestal donde la había instalado la economía libidinal del histérico, en beneficio de su propia comodidad.

Evidentemente, existe todo un juego sutil que es preciso comprender entre la mujer idealizada en la modalidad del realce, y esa mujer bruscamente desacreditada y responsable de todos los males. Aquí encontramos la relación ambivalente que el histérico mantiene con el falo.² Para el histérico masculino, la mujer constituye, en efecto, el objeto por excelencia que le permite situarse respecto de la posesión del objeto fálico. Como luego veremos, esta problemática fálica permanece directamente circunscripta al modo del *no tenerlo*. Al no sentirse investido en el nivel de la atribución fálica, el histérico masculino responde gustoso a los deseos de una mujer en la modalidad de *no tener el pene*, o de no tenerlo por completo, lo que deriva en este conocido cuadro sintomático: la impotencia y/o la eyaculación precoz.

² Véase *infra*, cap. 14, págs. 116-9.

A partir de aquí, precisamente, podemos comprender la índole de ese viraje en la representación de la mujer. Mientras es un objeto seductor y brillante destinado al realce, todo va bien, puesto que ella se encuentra en posición de objeto de admiración fálica ofrecido a la mirada de todos. Así, el histérico puede confortarse en su síntoma, que consiste en pensarse desposeído del falo. A través de esa mujer, siempre tiene este falo a su disposición, cual un objeto que brilla con todos sus resplandores ante la mirada de los otros. Así, la mujer es un objeto de posesión celosamente guardado, aunque propuesto sin límites a la admiración de los otros. Por lo demás, cuanto más se lo envidia en este aspecto, tanto más, paradójicamente, se confirma para el histérico que, a través de él, lo que se codicia es el falo. Así, mientras tal objeto sea una propiedad inalienable, todo funcionará espléndidamente por el lado de la posesión fálica.

A todas luces, esto supone, a cambio, que dicho objeto no sea demasiado deseante, a riesgo de que ese asunto de lo ideal se complique. Si la mujer se pone a desear, y sobre todo si desea a su más fiel admirador histérico, entonces empiezan los fastidios. En efecto, el deseo de la mujer remite entonces, abruptamente, al interesado al problema de la posesión del objeto fálico. Si ella desea, es porque algo le falta que supuestamente el otro posee. Ahora bien, aquí se sitúa todo el problema. Como consecuencia, el objeto femenino se vuelve preocupante, por no decir perseguidor, puesto que condena despiadadamente a la prueba de la atribución fálica. En ese instante, la comodidad de la fascinación cae y se desencadena todo el cortejo sintomático que habitualmente acompaña a los intercambios sexuales.

Hablando con propiedad, las dificultades comienzan realmente cuando el objeto femenino idealizado no sólo se manifiesta padeciendo la falta, sino que incluso se pone a reivindicar imperativamente al modo del deseo: un deseo que lo conduce, como para quienquiera, en su

carrera al *objeto a*. En semejante persecución, el histérico masculino se descalifica de antemano en razón de la posición sintomática que mantiene con el falo. Y es en esta dialéctica donde el objeto femenino abandona la situación idealizada en que se hallaba, en beneficio de una posición tanto más detestable cuanto que se manifiesta como un objeto susceptible de ser perdido.

En tales condiciones, todo el imaginario de la «propiedad» vacila; la encarnación idealizada del objeto fálico se escabulle. Se comprende por qué maltratar a tal objeto es inconscientemente destruir la marca de la falta en el objeto femenino. En esos momentos de derrumbe, el histérico se ve confrontado, pues, con el significante de la falta de ese otro femenino. Parece lógico que el histérico oscile en una actitud ambivalente estereotipada que no hace sino traducir la permanencia de su ambivalencia para con el falo: a saber, una actitud sucesivamente hostil y expiatoria frente al objeto.

Comoquiera que sea, el objeto debe ser dominado. De ahí proviene la hostilidad ostentatoria que el histérico alimenta para con él, para asegurarse su posesión. Pero muy rápidamente, el histérico es desbordado por su propia empresa de destrucción, lo que lo lleva a un viraje expiatorio y casi mágico a través del cual intenta de nuevo congraciarse con el objeto. En este viraje podemos observar la puesta en acto de uno de los rasgos más fundamentales de la estructura histérica: *la alienación del deseo en beneficio del deseo del otro*. En efecto, es importante ponerse entonces al servicio de ese otro para reinstaurarlo sobre el pedestal del cual cayó. En esta situación expiatoria, el perdón ya no tiene precio y el histérico se ofrece como víctima dispuesto a sacrificarlo todo por su objeto idealizado.

Los resortes de la humillación son tanto más deseados cuanto que podrán santificar la herida narcisista imaginaria intolerable por la cual el histérico se presenta como un objeto indigno por excelencia. Nosotros conocemos bien la índole de esa indignidad: el histérico,

que no está a la altura de su compañera adulada, requiere la absolución femenina ante el desastre fantasmático operado por la ausencia del objeto fálico. Esta indignidad certifica la desgracia de no tenerlo a los ojos de aquella que siempre puede reparar ese defecto. Los libretos expiatorios carecen de límites, ya que lo que importa, ante todo, es hacer ver hasta qué extremos el sacrificio no tiene ningún precio ante la mirada de aquella a quien se ama.

De todas formas, realmente se trata de una *confusión trágica entre el deseo y el amor*. En efecto, todo ocurre como si la dimensión del amor hacia el objeto femenino debiera ofrecerse como prenda exclusiva del deseo. Cuanto más ama el histérico masculino, tanto más se resguarda de la dimensión del deseo. De hecho, cuanto más se despliega sin límites el amor, tanto más es ocultado el sitio de la falta en el Otro. Esto explica por qué el histérico se presenta a menudo como un héroe sacrificado en el terreno de su amor por el otro femenino: o sea, un excombatiente quejoso y desconocido en nombre de todos los sacrificios padecidos y ofrecidos en honor de su dama.

Para reconquistar el objeto perdido, el histérico masculino está dispuesto a todo. Aquí encontramos la vertiente ciega mantenida en toda neurosis: cuanto más se pone en escena el sacrificio amoroso, tanto más invalida en el otro las veleidades del deseo. El histérico paga a la dimensión de este malentendido, el tributo de su inscripción en la función fálica, manteniendo así su deseo propio como insatisfecho.

En otros términos, cuanto más cara es la deuda expiatoria, tanto más se justifica la lógica histérica del deseo.

Un último punto merece ser aclarado, a propósito de la articulación entre la destitución del objeto femenino idealizado y su transformación en objeto de destrucción. La mayoría de las veces, observamos en este deslizamiento un proceso completamente estereotipado que

parece intervenir como un *embragador metapsicológico* y que se exterioriza en una actualización de la violencia. Se trata de un elemento de ruptura que puede metaforizar la falta, es decir, la pérdida, o sea, el único motor que da al deseo su dimensión viviente. Detrás del tono espectacular de la violencia (tanto moral como física), identificamos la puesta en acto de un proceso bien conocido: la *crisis de histeria*. Este proceso interviene siempre como *descarga libidinal* de las investiduras eróticas del objeto del deseo. En efecto, podemos considerar este acceso de violencia como una «*crisis de histeria a la Charcot*», presentándose en una forma abortada, cosa que no le impide cumplir la misma función. Aunque en forma menguada, encontramos los principales grandes momentos de la crisis clásica de histeria. El período de los *síndromes precursores* a menudo es anunciado por una verborrea marcadamente interpretativa. El *período clónico* generalmente se metaforiza por una crisis clástica espectacular. En cuanto al *período resolutorio*, generalmente se manifiesta en la estereotipia de los derrumbes emotivos, llantos, quejidos y otras lamentaciones diversas. Por lo demás, esta fase resolutoria anuncia siempre la etapa siguiente: el tiempo expiatorio del perdón.

Resulta fácil comprender que, bajo diferentes aspectos, la economía deseante del histérico puede predicar, a primera vista, en favor de la perversión. No obstante, este cuadro clínico, que evoca ciertos síntomas perversos, no participa para nada de una estructura perversa. La diferencia estructural absoluta entre estas dos organizaciones psíquicas se define, esencialmente, por el modo de inscripción del histérico en la función fálica.

10. Estructura histérica y lógica fálica

Como lo hemos hecho para la estructura perversa, les propongo tratar de circunscribir los rasgos estructurales fundamentales de la histeria, es decir, poner de manifiesto, en la dialéctica del deseo y con relación a la apuesta fálica, lo que se puede considerar como «puntos de anclaje» de las organizaciones histéricas.

Así, pues, conviene señalar los puntos de cristalización en que esta lógica fálica se orienta según un modo específico y preponderante que, en el caso presente, se fija en torno de la problemática del *tener* y su correlato *no tenerlo*.

Por más que en la histeria se trate de un hecho de estructura, no es menos cierto que el pasaje del *ser al tener* constituye un acontecimiento general de la dialéctica edípica. Se trata, pues, de una dimensión que interviene en el horizonte de todos los procesos de organización psíquica. Lo que será representativo de la estructura histérica es el modo de asunción estereotipada de la apuesta constituida por esa problemática del tener.

Como sabemos, el pasaje del ser al tener está determinado principalmente por la intrusión paterna. El padre imaginario se manifiesta específicamente interviniendo como padre *privador* y *frustrador*. Por ello, al niño se le aparece como un padre *interdictor*.¹ Porque el padre es reconocido por la madre como aquel que le «hace la ley» (Lacan), el deseo de la madre se revela al niño,

¹ J. Dor, véase el cap. V, «La fonction paternelle et ses avatars», «Fonction paternelle et structure hystérique», en *Le père et sa fonction en psychanalyse*, op. cit., págs. 79-84.

en efecto, como un deseo inscripto en la dimensión del tener. En la medida en que el padre privador arranca la cuestión del deseo del niño a la dimensión del ser (ser el falo de la madre), ese padre conduce inevitablemente al niño hacia el registro de la castración.

Ese presentimiento de la castración es aquello por lo cual el niño descubre que él no sólo *no es* el falo, sino también que *no lo tiene*, tal como la madre, de quien al mismo tiempo descubre que lo desea allí donde supuestamente se encuentra. El padre accede así a su plena función de *padre simbólico*, tanto más cuanto que la madre reconoce la palabra del padre como la única susceptible de movilizar su deseo. En efecto, en esta nueva movilización del deseo de la madre, tal y como ella aparece al niño, este último no puede dejar de instituir al padre imaginario en un lugar donde es depositario del falo.

Insistió particularmente en este vuelco de la dialéctica del ser al tener en la organización de la estructura histórica. Acerca de este punto y de su incidencia en el complejo de castración, Lacan nos ofrece una explicación sumamente valiosa:

«Para tenerlo [precisa], primero ha de haberse planteado que no se lo puede tener, hasta el punto de que esa posibilidad de ser castrado es esencial en la asunción del hecho de tener el falo. Ese es *el paso que se debe dar*; ahí debe intervenir en algún momento, eficazmente, realmente, efectivamente, el padre».²

La apuesta histórica es, por excelencia, la cuestión de ese «paso que se debe dar» en la asunción de la conquista del falo. A través de ella, el niño se sustrae a la rivalidad fálica en la cual se había instalado, alojando en ella imaginariamente al padre. Hablando con

² J. Lacan, *Les formations de l'inconscient* (1957-1958), inédito, seminario del 22 de enero de 1958 (las bastardillas son mías).

propiedad, la asunción de esta conquista del falo es lo que Freud designaba con la expresión *declinación del complejo de Edipo*. Resulta fácil comprender que tal declinación está directamente vinculada a la cuestión de la atribución fálica paterna, o sea, al momento preciso en que va a principiar la lógica del deseo histórico.

Como lo observa Lacan, es preciso que, en un momento dado, ese padre dé «pruebas» de esa atribución. Ahora bien, precisamente, toda la economía deseante del histórico se agota sintomáticamente en la *puesta a prueba* de este «dar pruebas».

Una vez más, la enseñanza de Lacan esclarece considerablemente el umbral psíquico con el que el histórico tropieza neuróticamente:

«En la medida en que interviene [el padre] como el que tiene el falo y no como el que lo es, puede producirse *ese algo que reinstaura la instancia del falo como objeto deseado por la madre, y ya no solamente como objeto del cual el padre la puede privar*».³

De hecho, el histórico interroga e impugna sin descanso la atribución fálica, en una oscilación alrededor de ese «algo» que va a desarrollarse sobre el fondo de una indeterminación entre dos opciones psíquicas: por un lado, el padre tiene el falo de derecho, y por esta razón la madre lo desea en él; por el otro, el padre no lo tiene sino porque priva de él a la madre. Es sobre todo esta última opción la que alimentará la puesta a prueba constante que el histórico mantiene alrededor de la atribución fálica.

Aceptar que el padre sea el único depositario legal del falo es comprometer el propio deseo junto a él bajo el modo de no tenerlo. En cambio, impugnar ese falo en tanto el padre jamás lo tiene sino porque ha despojado de él a la madre, es abrir la posibilidad de una reivin-

³ *Ibid.* (las bastardillas son mías).

dicación permanente en cuanto al hecho de que la madre también puede tenerlo y de que incluso tiene derecho a él.

En este nivel de la dialéctica edípica, comprendemos fácilmente que cualquier ambigüedad, cualquier ambivalencia mantenidas por la madre y el padre sobre la inscripción exacta de la atribución fálica, pueden aparecer como otros tantos factores favorables a la organización del proceso histérico. Si he podido expresar que los obsesivos son *nostálgicos del ser*, del mismo modo puede decirse que los histéricos son *militantes del tener*.

En esta reivindicación del tener identificamos evidentemente algunos de los rasgos estructurales más notables de la histeria. No obstante, debe hacerse una observación: la diferencia de sexos no deja de tener algunas incidencias. Según el sexo del histérico, la reivindicación adoptará contornos fenomenológicamente distintos. Esto no impide que, fundamentalmente, esta búsqueda, o incluso esta conquista, se inscriba en una misma dinámica: apropiarse del atributo fálico del cual el sujeto se considera injustamente desprovisto. Ya se trate para la mujer histérica de «hacerse el hombre», como lo expresaba Lacan, o, por el contrario, para el histérico masculino, de atormentarse buscando dar pruebas de su «virilidad», la cosa no cambia nada. Tanto por un lado como por el otro, se trata de adhesión a un fantasma movilizadо por la posesión supuesta del falo, de ahí, en ambos casos, la confesión implícita de que el sujeto no podría tenerlo.

11. Los rasgos de la estructura histérica

Tenemos la costumbre de decir —es un lugar común que recorre toda la bibliografía psicoanalítica— que el sujeto histérico presenta una inclinación favorable a los *síntomas de conversión*. De la misma manera, la histeria se caracterizaría también por el predominio de la formación de *síntomas fóbicos*, las más de las veces con jugados con estados de *angustia*.

Todas estas indicaciones presentan, efectivamente, algún interés diagnóstico, pero no dejan de ser imprecisas en la medida en que participan tan sólo en una clasificación de síntomas. Ahora bien, hemos visto que estos signos clínicos son siempre insuficientes para determinar rigurosamente un diagnóstico. Sólo intervienen en calidad de informaciones provisionales que requieren ser robustecidas por la localización de *rasgos estructurales*.

Una cosa es tener presente la semiología estándar del cuadro clínico histérico, y otra asegurarse de que una semiología semejante jamás tiene más que un valor nosográfico.

De buena gana se admite que tres grandes cuadros de la clínica histérica se distribuyen en:

histeria de conversión,
histeria de angustia,
histeria traumática.

Desde el punto de vista de esta clasificación nosográfica, cada tipo de histeria se distingue de otro sobre la base de una semiología esencialmente fundada en la es-

pecificidad de los síntomas, a imagen de cualquier clasificación psiquiátrica.

En la clínica psicoanalítica, esta especificación es secundaria. En efecto, cualquiera que sea uno de esos tres tipos, la economía del deseo histórico se mantiene fundamentalmente idéntica. Tal identidad sólo puede ser descubierta con relación a indicios más profundos, que contribuirán a determinar la estructura: los rasgos estructurales. Ya se trate de un paciente que privilegia la conversión somática; ya, por el contrario, de un sujeto histórico comprometido de manera predominante en los síntomas fóbicos y en los componentes de angustia, tanto en un caso como en el otro, la intervención terapéutica sólo tendrá eficacia si logra desmovilizar la economía neurótica del deseo, es decir, si incide en el nivel estructural más allá de las manifestaciones periféricas (los síntomas).

Por añadidura, no debemos perder de vista que la expresión sintomática histórica está también presente en otras organizaciones estructurales. De ahí la vigilancia que debemos tener siempre con respecto a la decodificación rigurosa de los rasgos de estructura, en detrimento de la detección de síntomas.

En calidad de tales rasgos estructurales, inmediatamente debemos mencionar lo que podríamos llamar *la alienación subjetiva del histórico en su relación con el deseo del Otro*. De hecho, nos encontramos en presencia de uno de los elementos más constitutivos del funcionamiento de la estructura histórica. Para comprender su carácter específico, debemos considerar de nuevo la problemática del tener, que representa el epicentro de la cuestión del deseo histórico.

Si, fundamentalmente, el objeto del deseo edípico, el *falo*, es aquello de lo cual el histórico se siente injustamente privado, no puede delegar la cuestión de su deseo propio sino ante aquel que supuestamente lo tiene. En este sentido, el histórico no interroga en la dinámica

de su deseo sino ante el Otro, el cual siempre detenta supuestamente la respuesta al enigma del origen y del proceso del deseo en cuestión.

Esto permite ya comprender de qué modo el otro sirve de soporte privilegiado a los mecanismos identificatorios. *La identificación llamada histórica*¹ encuentra así su origen en el principio de esta alienación. Este soporte identificatorio es tanto femenino como masculino.

Por ejemplo, una histórica puede identificarse gustosamente con otra mujer si se supone que esta conoce la respuesta al enigma del deseo: ¿cómo desear cuando se está privado de aquello a lo cual se tiene derecho? No bien una mujer deseante se presenta como «no teniéndolo», pero deseándolo a pesar de todo ante aquel que supuestamente lo tiene, esa mujer aparece de entrada, para la histórica, como aquella que le dará la solución a su pregunta. De ahí la identificación subsecuente de la histórica con su «modelo».

Por supuesto, esta identificación nunca es más que un artificio neurótico, una ceguera que no ofrece en nada la solución esperada. Muy por el contrario, no hace más que redoblar la economía neuróticamente insatisfecha del deseo. De hecho, como lo decía Lacan, oculta el «paso que se debe dar», que consiste en aceptar no tener el falo, para darse los medios posteriores de su posesión. En efecto, aceptar *no tenerlo* es potencialmente poder identificarse con aquella que no lo tiene, pero que lo desea junto a aquel que supuestamente lo tiene.

No obstante, la identificación histórica puede igualmente constituirse a partir del modelo de aquella que no lo tiene y que, por consiguiente, se ocupa en reivindicarlo. Aquí observamos una vertiente identificatoria

¹ Véase S. Freud, cap. VII, «L'identification», en «Psychologie collective et analyse du moi», *Essais de Psychanalyse*, París: Petite Bibliothèque Payot, n° 44, 1963, págs. 126-33. [«La identificación», en *Psicología de las masas y análisis del yo*, AE, vol. 18, 1979.]

que no vacilaré en nombrar: *identificación militante*, o incluso *identificación de solidaridad*. Esta disposición conduce a las mismas cegueras antes aludidas, puesto que, una vez más, ella reniega de la condición que sella la relación del sujeto con el deseo del falo.

En todos los casos, estos procesos identificatorios demuestran palmariamente la alienación subjetiva del histérico en su relación con el deseo del otro, sobre todo en la forma de esa sujeción del deseo a lo que se puede suponer, presentir y hasta imaginar de antemano que es el del otro. Esta sujeción por exceso de imaginario constituye un terreno favorable a todas las empresas de sugestión.

En efecto, la influencia y la sugestión operan siempre bajo el ejercicio conjunto de dos condiciones. En primer lugar, es preciso que el otro que sugiere haya sido investido de entrada por el histérico en un lugar privilegiado. Por otra parte, es preciso que el histérico se reconozca los medios para poder responder a lo que cree que ese otro espera de él. El lugar privilegiado de que hablamos es el del *Amo*, siempre instituido como tal por el histérico, en el sentido de que supuestamente el Amo sabe lo que el histérico se esfuerza en desconocer acerca de la cuestión de su deseo.

En este sentido, cualquiera puede quedar, en determinado momento, investido en esta función de dominio. Las cosas se complican con bastante frecuencia; sobre todo cuando el entronizado en posición de Amo no presenta alguna aptitud para el ejercicio del dominio. De ahí esta pertinente observación de Lacan: «El histérico necesita un Amo sobre el cual pueda reinar».

No obstante, basta con que el otro responda a algunos de los atributos que el histérico le presta fantasmáticamente, para que de inmediato se convierta en el «elegido» frente al cual el histérico podrá, entonces, desarrollar la ceguera propia de los atolladeros de su deseo. En tales condiciones, a poco que el «elegido» fortalezca esta posición fantasmática mediante algunas ma-

nifestaciones reales de dominio, el histérico redoblará inmediatamente su economía neurótica.

Podemos profundizar un poco más esta dimensión de la alienación del deseo del histérico en el deseo del otro, examinando algunos casos representativos corrientes. Evoquemos, por ejemplo, la dimensión del *realce* que gobierna las relaciones de intercambio intersubjetivo en algunas parejas. En efecto, ciertos sujetos histéricos presentan la disposición singular que consiste en hacer abstracción de cualquier manifestación personal con el único fin de reforzar las de sus compañeros. Estos histéricos se ponen en escena, preferentemente, como los defensores incondicionales de las ideas, las convicciones, las opciones. . . del otro.

Estadísticamente, este fervor en ponerse al servicio del otro se manifiesta las más de las veces en la histeria femenina. Tales sujetos ponen así todo su arte y sus talentos en regocijarse por el prestigio que el otro supuestamente habrá de recibir. Además, los hombres que se prestan a esta mascarada se identifican ellos mismos con el estatuto de «objetos para hacer brillar» o valorizar, a que los condenan las histéricas.

Por lo demás, este carácter sacrificial obedece también a otro aspecto esencial de la histeria: la dimensión del *dado para ver*. Este proceso se realiza gracias a un desplazamiento. Ponerse al servicio del otro equivale siempre a tratar de mostrarse uno mismo a través del otro y, así, a aprovechar su «brillo». Un modo de dependencia semejante traduce siempre la abdicación de algo del propio deseo en beneficio de otro. Se trata, pues, de una *captura*, y por partida doble: embelesarse uno mismo en la expresión de su deseo, pero también entrapar al otro, confundiéndose con él y haciendo valer incesantemente el deseo que uno cree es el suyo.

Esta disposición histérica conoce encarnaciones totalmente estereotipadas. Así, para gustar y tratar de satisfacer lo que imagina es el placer del otro, el histérico se embarcará gustoso en la cruzada de la abnegación sacrificial. Históricamente encontramos aquí, en una

forma derivada, la función del misionero. No olvidemos el destino de Anna O. (Berta Pappenheim), que la condujo a fundar aquella famosa organización de bienhechoras: las asistentes sociales.

En una vertiente más masculina, evoquemos también a los «excombatientes» que nutren sus beneficios secundarios de neurosis invocando todos los sacrificios que consintieron por el bien de la familia, del trabajo y de algunos valores igualmente indudables.

Por más que la dimensión del tener sustente de manera permanente la economía histérica del deseo, existen ciertas tendencias donde, precisamente por falta del tener, el histérico va a privilegiar su *identificación con el ser*. El proceso de identificación aparente con el falo en nada es contradictorio con la posición precedente. Por el contrario, es incluso una consecuencia lógica de la relación del histérico con el tener. En este sentido, también podemos identificar aquí un rasgo de estructura característico de la histeria.

En todo sujeto histérico persisten, de manera más o menos invasora, los vestigios de una queja arcaica que se desarrolla sobre el fondo de una reivindicación amorosa referida a la madre. En efecto, el histérico se vive frecuentemente como *no habiendo sido suficientemente amado por el Otro*, o como no habiendo recibido todos los testimonios de amor esperados de la madre. Esta frustración amorosa se inscribe siempre en relación con la apuesta fálica. Así, en esta frustración, el histérico se inviste como un objeto desvalorizado e incompleto, es decir, como un objeto irrisorio del deseo de la madre frente a lo que podría ser, por el contrario, un objeto completo e ideal: el *falo*.

La incidencia más manifiesta de esa relación desvalorizada con el objeto del deseo de la madre, se localiza en el nivel de la *identidad del histérico*. Esta identidad es siempre insatisfactoria, desfalleciente, en otras palabras, parcial, respecto de una identidad plenamente

realizada, dicho de otro modo, *ideal*. De ahí provienen los esfuerzos, tan vanos como insaciables, que despliega el histérico en su esfuerzo de realizar dicha identidad. Es fácil comprender a qué tipo de fantasma responde esta actividad industriosa del histérico para suscribir su ideal identitario. Se trata de pasar a ser el objeto ideal del *Otro*, ese que el histérico supone no haber sido jamás. La medida de esta suposición traduce la determinación particular que el sujeto impondrá entonces a la economía de su deseo.

Muy tempranamente, Freud había llamado nuestra atención subrayando hasta qué punto *el histérico deseaba sobre todo que su deseo permaneciera insatisfecho*.² El histérico se encierra, en efecto, en una lógica psíquica irrefutable: para mantener su deseo, el sujeto se esfuerza en no darle jamás un objeto sustitutivo posible, a fin de que la insatisfacción resultante motorice cada vez más al deseo en esta aspiración hacia un ideal de ser.

Por lo mismo que lo que el histérico persigue está ordenado, ante todo, por esta identificación con el objeto ideal del deseo del Otro, podemos inferir que todos sus esfuerzos se ponen al servicio de la *identificación fálica*. Por tanto, no es sorprendente observar la extrema afinidad que el histérico presenta con todas las situaciones en que esta identificación imaginaria es susceptible de *ponerse en escena*. Aquí encontramos lo que habitualmente se conviene en llamar el *narcisismo fálico* de los histéricos. Sabiendo que ese narcisismo fálico se inscribe comúnmente en el umbral de la problemática de la diferencia de sexos, con su punto culminante resolutorio en la aceptación de la castración, esta estrategia histérica interviene, pues, para *tratar de desbaratar la cuestión del tener, o sea, el encuentro inevitable con la falta*.

² Véase S. Freud, «Rêve de la bouchère», en *L'interprétation des rêves*, París: PUF, 1973, págs. 133-7. [La interpretación de los sueños, en *AE*, vol. 4, 1979.]

Este «narcisismo fálico» se expresará favorablemente en una forma espectacular e inmoderada: el *dado para ver*, es decir, la *puesta en escena*. Para el histérico, en ese *pitiatismo* se trata sobre todo de ofrecerse a la mirada del Otro como encarnación del objeto ideal de su deseo. Para ello, el sujeto se identificará con este tanto por su *cuerpo* como por su *palabra*. Ya que lo esencial es aparecer como un «objeto brillante» que fascine al Otro.

Todas las empresas de seducción en que el histérico puede comprometerse se apoyan en esa «brillantez fálica». En efecto, en la histeria, la *seducción* está siempre fundamentalmente al servicio del falo, más que del deseo. En otros términos, se trata más de fortalecer la identificación imaginaria del falo que de desear al otro. Contra viento y marea, hay que *hacer desear al otro*, o sea, hacerle desear ese objeto fascinante que se da para ver como el objeto que podría colmar su falta. Pero todavía es más importante dejar al otro en suspenso en esta movilización. Mientras el otro corra tras un objeto semejante, el histérico podrá mantener el fantasma de su identificación fálica. Y bien sabemos que, en cuanto el otro ya no «corre» solamente sino que se muestra más emprendedor en su deseo, las más de las veces se expone a que lo pongan de patitas en la calle como Dios manda. En efecto, los histéricos tienen un gran manejo del «desplante».

Si, desde el punto de vista de la identificación con el objeto de la falta en el Otro, la problemática es idéntica entre las mujeres y los hombres histéricos, puesto que se trata de la relación con la castración, en cambio, según el sexo del sujeto, las estrategias neuróticas afectarán perfiles diferentes. En efecto, según se trate de una mujer o de un hombre, la relación con la dimensión del tener será movilizada, o bien en la vertiente de *no tenerlo*, o bien en la de *supuestamente tenerlo*. Esta bipartición respecto del registro del tener encontrará sendas de realización muy estereotipadas según el sexo del interesado. Principalmente, será alrededor del pro-

blema de la *relación con el sexo* como se dibujarán más claramente un *perfil histérico típicamente femenino* y *típicamente masculino*.

12. La mujer histérica y su relación con el sexo

Por más que esté sustentada por el deseo, la relación con el sexo del otro siempre es *deseo del falo en el otro*. Así, una mujer puede encontrar, al lado de un hombre, lo que él no tiene en absoluto. Pero, recíprocamente, algo de la dimensión fálica proyectada en la mujer moviliza el deseo de un hombre junto a ella. Tanto en un caso como en el otro se trata sin duda, para cada uno de los protagonistas respectivos, de *tener supuestamente lo que el otro no tiene*. En otras palabras, la dimensión de la *falta* gobierna la relación con el sexo.

En cierto modo, constituirse como quien puede ser ese falo del otro es siempre negarse a aceptar encontrarse con la falta: aquí nos topamos con la posición fantasmática estereotipada del histérico. Inversamente, el reconocimiento de la falta es siempre reconocimiento de la castración del otro. Esto permite comprender la circulación del deseo entre una mujer y un hombre, que está imperativamente supeditada al reconocimiento recíproco de la castración en el otro. En el hombre, esta circulación se anuncia al presentarse él, frente a una mujer, en la dimensión del: «yo no tengo el falo»; para la mujer, en la dimensión del: «yo no soy el falo». A partir de esto, comprendemos inmediatamente que el sujeto histérico se inscriba en una problemática imposible en su relación con el sexo del otro. Imposibilidad sintomática atestiguada por una insatisfacción del deseo sustentada en el hecho de que el histérico jamás reconoce esas dos expresiones de la castración.

Examinemos ahora esos dos aspectos sintomáticos de la relación con el sexo, primero en la histeria fe-

menina y luego, en el capítulo siguiente, en la masculina.

Esta relación con el sexo está ampliamente sobredeterminada por cierto montante de registro de la realidad, donde la lógica histérica del deseo va a encontrar puntos de apoyo favorables. Aunque estos puntos de apoyo de la realidad, en cuanto tales, sean diferentes, no dejan de ser electivamente escogidos por cuanto sirven a un mismo objetivo: *el ideal* al que el histérico rinde un sacrificio sin condiciones.

En nombre de ese ideal, parece evidente que el *afán de perfección* va a movilizar sin descanso a la mujer histérica. Se trata además, exactamente, de una exigencia en la relación con la perfección que, como es lógico, encontrará sus soportes privilegiados en ciertos estereotipos culturales e ideológicos, comenzando por la colusión entre lo *bello* y lo *femenino*.

Una cosa es comprobar en la mujer histérica hasta qué punto la preocupación por lo bello es una constante persecutoria, y otra ver cómo lo bello viene a encimarse con lo femenino al precio de suplantarlo. Curiosamente, las más de las veces observamos que esa preocupación por la belleza determinada por el ideal de perfección se expresa casi siempre de un modo negativo. Existe una colección de apreciaciones favoritas destinadas a circunscribir esta reivindicación: «no soy lo bastante eso»; «soy demasiado aquello»; «soy fea»; «mi cuerpo debería ser así»; «mi rostro debería ser así»; etc. Es decir, otras tantas fórmulas que vienen a justificar la exigencia de belleza que atormenta sin descanso a la histérica.

A primera vista, no se juega aquí, en la histérica, nada muy diferente de lo que observamos en quien fuere: la puesta a prueba del narcisismo común de todos. En la histérica, esta puesta a prueba narcisista adopta simplemente proporciones extremadamente invasoras. La histérica extrema de un modo absoluto la dimensión habitual del narcisismo, y lo hace tanto me-

or cuanto que la fantasmagoría personal de la belleza está ligada habitualmente a aquélla por lo cual cualquiera quiere o puede gustar. Ahora bien, ese *querer gustar al otro* no está, en sí, de ninguna manera sometido a la necesidad de una exigencia totalitaria de belleza, es decir, a una perfección tal que la apreciación del juicio del otro referido a nosotros pueda hacer función de ley. Por más que ese *querer gustar* siga siendo tributario de ciertas manifestaciones de cortesía provenientes del otro, no exige que sea preciso alcanzar un *súmmum* de perfección para asegurárselo.

La histérica no ha captado completamente esta discriminación. En efecto, subsiste siempre la secreta esperanza de alcanzar esa cima de perfección. En este punto, la apuesta histérica es particularmente ciega, es decir, fiel a sí misma: interpelar al otro de tal manera que quede al mismo tiempo completamente fascinado y subyugado. En esta situación, la empresa loca de la histérica equivale a adherir al fantasma persistente de un otro completamente anonadado por la encarnación de tal perfección.

Felizmente, esto jamás ocurre frente a un otro sexuado. La histérica es el juez más tiránico en este ascenso por el lado del ideal de perfección. Nada será jamás suficientemente bello para neutralizar la huella de las imperfecciones, para borrar los vestigios de los defectos. Esta exigencia despótica acarrea inevitablemente manifestaciones sintomáticas, la más impresionante de las cuales es *la indecisión permanente* de la histérica con relación a cualquier cosa.

Ya se trate de las cosas más comunes de la vida cotidiana, como de asuntos menos banales que comprometen el orden de las cosas a mayor plazo, la estrategia sintomática referente, por ejemplo, a la elección de un vestido, de un par de zapatos, de una marca de dentífrico o, en su punto extremo, de un compañero amoroso, permanece idéntica. Aunque la elección a la larga termine, tanto por desgaste como por fatiga, el objeto elegi-

do continúa su carrera de incertidumbre, dudas y arrepentimientos. Las negociaciones interminables que resultan no hacen más que redoblar la vacilación inicial: ningún objeto elegido será capaz de tranquilizar o de cumplir su función de una manera más apropiada que aquel que precisamente no se escogió. A todas luces, el problema de la vacilación va a culminar, precisamente, en el nivel de la elección de un compañero amoroso. En este terreno, en efecto, la histérica no dispone de ningún criterio ideal de garantía. Teniendo en cuenta la índole de la investidura involucrada, la histérica se tortura a más y mejor en sus asuntos amorosos, y no deja de actualizar, en este espacio, algunos de los rasgos más característicos de su estructura.

⑤ *Estar sin estar* constituye, para la histérica, en su relación con el otro, una puerta de salida saludable en el caso de que su elección resultara equivocada. Esta disposición adquiere toda su importancia desde el punto de vista de la economía del deseo histérico, cuya constante es permanecer insatisfecho.

En este sentido, puede decirse que la búsqueda infernal de la perfección viene a punto para traducir su propio negativo: *la convicción permanente de la imperfección*. Comprendemos entonces por qué la histérica transige fácilmente con la dimensión del *hacer como si*, que utiliza para ocultar imperfecciones que la dejan psíquicamente agobiada. Todo es bueno para servir de máscara: ropa, adornos, juegos de roles, identificaciones ostentatorias. Todo es oportuno para tratar de hacer más atrayente a la mirada del otro algo que supuestamente lo es muy poco. Este es el aspecto completamente inauténtico de la histérica. Aquí encontramos el elemento más esencial de su inconsistencia, de su labilidad.

En torno de esta problemática, a la imperfección física se anudan gustosamente la imperfección moral e intelectual. Así como no está segura de cierta perfección física, la histérica tampoco se siente tranquilizada en

su consistencia intelectual. La imperfección jamás se limita al dado para ver del cuerpo. Se extiende igualmente a la inteligencia y al espíritu. De manera que el «hacer como si» intervendrá en este nuevo registro según las mismas técnicas de camuflaje. Tras esta expresión favorita: «yo no sé nada», la histérica traduce su agobio ante el hecho de no ser jamás lo suficientemente inteligente o cultivada ante la mirada del otro. A menudo, esta disposición adquiere el aspecto de un auténtico complejo de persecución por el lado del intelecto. Esta queja permanente se encarna en inhibiciones sintomáticas cuyo *leitmotiv* es bien conocido por nosotros: «por más que leo libros, no retengo nada»; «no comprendo nada de todo lo que me enseñan», etcétera.

La relación con el saber constituye un terreno eminentemente favorable a la actualización dolorosa de las imperfecciones. De hecho, es mucho más difícil restaurar las fallas intelectuales mediante artificios o empresas ilusorias como en el caso de los defectos físicos. Nada mejor que una histérica para denunciar tales artificios cuando intentan ilusionar por el lado del saber. Desde este punto de vista, las histéricas son los jueces y censores más despiadados: ninguna laguna puede ser disimulada, por cuanto la relación con el saber no tolera ningún desfallecimiento. La histérica suscribe sin restricción este fantasma totalitario: «o uno sabe o, si no es ese el caso, no sabe nada». A partir de entonces, pretender saber por lo menos alguna cosita, cuando no se puede probar que se sabe todo, es una indignidad y hasta una impostura. A todas luces, este argumento «fascista» se extiende, más allá del saber propiamente dicho, a aquellos que supuestamente lo dominan tanto como a los lugares donde se lo imparte.

Así, la histérica se ve llevada a persuadirse de antemano de que jamás sabrá dominar nada del menor saber. En tales condiciones, existe la solución complementaria del «hacer como si»: intentar desesperadamente ser el reflejo del saber de otro. Para acceder al pensa-

miento de otro, ella se convierte en su sostén incondicional mediante una empresa de adhesión imaginaria, y adopta la resolución de convertirse en su eco liso y llano. Una vez más, identificamos ese rasgo estructural de la histérica que consiste en estar, pero sin estar realmente del lado de su deseo. Al hacerse portavoz del saber de otro, ella neutraliza sus propias lagunas. Esta «megafonía» está sustentada por la constante preocupación de gustar al otro y de constituirse como objeto que podría colmar su falta. Gustar al otro es primero pensar como él, luego hablar como él y, en el mejor de los casos, si el terreno se presta, pensar y hablar como él, pero en su lugar. Tal inconsistencia transige con el proyecto de disolverse en el deseo del otro y de no existir más que como su mero reflejo.

A través de esta disposición encontramos, por supuesto, la servidumbre privilegiada que la histérica mantiene con respecto al sujeto elegido en lugar de *Amo*, instituido, anticipadamente, como aquel que no puede no saberlo todo. Con esta condición, la histérica se esfuerza por convertirse en el reflejo de su pensamiento. De aquí proviene esa aptitud característica del discurso histérico de convertirse en discurso del discurso de otro. En este sentido, puede convertirse en discurso de todos, ya que es un discurso prestado.

En nombre de esta suscripción incondicional de la perfección, otra manifestación característica de la histérica merece ser examinada: el problema de la *identificación con la mujer* que atormenta a toda histérica en la medida en que se juega en ello la cuestión de su *identidad femenina*. Es común y corriente comprobar que la histérica fija siempre tal o cual modelo femenino para tratar de asumir su propia femineidad. Históricamente, evocamos ya el caso Dora, que estaba subyugada por las cualidades y los encantos de la señora K.¹ Muy

¹ S. Freud, «Fragment d'un analyse d'hystérie (Dora)», en *Cinq psychanalyses*, París: PUF, 1970, págs. 1-91. [«Fragmento de análisis de un caso de histeria» (caso «Dora»), en *AE*, vol. 7, 1978.]

tempranamente, Freud había presentido, en los avatares de ese proceso identificatorio, una de las constantes más fundamentales del funcionamiento histérico. Recordemos en seguida que es en esta dimensión donde surge y se desarrolla toda la homosexualidad histérica, más ligada al proceso de identificación que a la dimensión de la elección de objeto amoroso.

Si la histérica es tan gustosamente subyugada por otra mujer investida como modelo, es porque supuestamente esta última puede responder a la pregunta crucial de la histérica: *¿qué es ser una mujer?* En virtud de esta pregunta central, la homosexualidad histérica no consiste en elegir a una mujer como objeto de amor ideal. Por el contrario, en esta promiscuidad homosexual, la histérica busca, ante todo, ser como ella, pensar como ella, vivir como ella, hacer el amor como ella, tener los mismos hombres que ella, etc. En otros términos, se trata esencialmente de «vampirizar» a esa otra que supuestamente realizó, a la perfección, su identidad femenina.

Este modo de «vampirización» del modelo femenino permite comprender algunos aspectos de las relaciones que las mujeres histéricas mantienen con las parejas. (La apropiación consumada del modelo femenino requiere, como mínimo, compartir sus elecciones y sus gustos hasta el final. Así, pues, aquí no hay más que «un paso que se debe dar» a fin de arrebatarse sus compañeros amorosos. La experiencia muestra cuán fácilmente algunas histéricas pervierten a los compañeros masculinos de sus amigas. Máxime cuando el compañero de la otra mujer estará siempre mejor «provisto» que el suyo propio. La cuestión de la buena elección vuelve a la carga: el otro hombre siempre tiene algo más o mejor que el que está en uso. Lo mismo que ocurre con la ropa o los zapatos que no se escogió, sucede con el otro hombre: resulta infinitamente más satisfactorio que el que se había elegido. De donde surgen el mismo libreto, la misma queja y las mismas desilusiones.

Es cierto que el problema de la elección de un compañero amoroso es aquel donde la histérica va a jugar, lo más extremadamente posible, su adhesión al ideal de perfección. Por este motivo, el *desafío* va a ocupar un lugar esencial. La histérica intenta retener a aquel de quien pueda estar segura, de antemano, de que responderá a todas sus exigencias. En esta estrategia, la histérica desconoce haber optado por no encontrar jamás a ningún hombre a la altura de la situación esperada. De ahí la afición inmoderada de algunas histéricas a escoger un compañero inaccesible: cuanto más inabordable sea, más podrá mantenerse la ilusión de que el feliz elegido no habrá de decepcionarla.

De este modo puede comprenderse esa propensión favorable de las histéricas a decidirse por un compañero «extraño», no solamente en el sentido común del término, sino sobre todo en virtud de su carácter radicalmente «otro» (*héteros*). Cuanto más extraño es, más es mantenido imaginariamente como compañero inaccesible. Si, por añadidura, su condición de «extraño» lo mantiene en la realidad a una distancia importante y más o menos permanente de la histérica, entonces se convierte en el compañero soñado. En cambio, no bien el «extraño» se hace más cotidiano, más inmediato, entonces sus aptitudes ideales se despeñan en caída libre: se vuelve inmediatamente tan decepcionante como el resto. De ahí el fantasma histérico, profusamente alimentado, de ser la mujer de un navegante de altura («es formidable, porque es tan bueno cuando nos encontramos»), o de ser la compañera de un ingeniero que se pasa varios meses por año en el rincón más remoto de la Antártida. Estos casos especiales son bastante poco frecuentes, pero en este tema puede imaginarse toda una serie de variaciones libres. La histérica puede suscribir soluciones más pragmáticas, que consisten en proteger la representación imaginaria del hombre ideal escogiendo un compañero amoroso ya comprometido. Este resultará tanto más el único que conviene por

cuanto es, justamente, el hombre de otra mujer. La histérica puede sentirse entonces tan desolada como corresponde, puesto que, de todos los compañeros masculinos, el único que le interesa es precisamente imposible.

En estas diversas tribulaciones que la histérica desarrolla respecto de sus compañeros amorosos, podemos destacar una constante específica: la *queja sorda* o, por el contrario, francamente *folklórica*, que expresa con respecto a los hombres. Se ve que todo cuanto puede obrar como criterio de selección se transforma en su contrario.

A pesar de todo, existe un terreno electivo para recoger la expresión de la queja histérica: el de la *criteriología sexual*. Conscientemente o no, las más de las veces la mujer histérica mantiene una vigilancia especial en el nivel del rendimiento sexual, tanto en su aspecto positivo como negativo. Lo importante no radica allí. Sobre todo, es menester que la llamada cosa sexual sea objeto de un discurso de reivindicación. Así, la histérica siempre podrá codiciar al hombre de otra mujer, porque es supuestamente más potente, más experto, y hasta más infatigable. Pero, del mismo modo, su queja podrá dar muestras de una criteriología deportiva de menor nivel.

Esta reivindicación funciona tanto mejor cuanto que generalmente encuentra un correlato favorable por el lado masculino. De ahí esa lamentable competencia fálica de las mujeres histéricas que viene a fortalecer la irrisión masculina de la carrera a la virilidad. Por un lado, retenemos las reivindicaciones histéricas estereotipadas: «él no sabe hacerme gozar»; «no me hace el amor con la suficiente frecuencia»; «su sexo es demasiado grande» o, según el caso, «demasiado pequeño». Por otro lado, tomamos nota de la susceptibilidad masculina infantil convocada por estas reivindicaciones en el terreno de un cuestionamiento fálico. Angustiado en el nivel de su fantasmagoría viril, el hombre no puede

sino cargar las tintas en el plano del «rendimiento»: debe probar que la cosa no es como su compañera se la significa. En esta competencia trágica, los malentendidos lamentables alcanzan los niveles más altos, ya que al hombre, interpelado en su virilidad, ante todo le interesa suministrar la prueba de que no es «impotente». La histérica, así, sabrá sacar partido de los denodados esfuerzos de su compañero, para convertirlo, como conviene, en un nuevo objeto de decepción: «siempre quiere hacer el amor conmigo, sin preguntarme siquiera si tengo ganas».

En estos intercambios salvajes, si la histérica no sabe realmente lo que ella reivindica a través de su queja sexual, debemos reconocer que su compañero permanece en la misma ceguera, manteniendo un desconocimiento total de lo que le demanda una mujer. La histérica que se queja de no ser satisfecha sexualmente, las más de las veces, sin ella saberlo, adoptó una posición masculina. Ella adhiere al universo imaginario de la competencia fálica. Su queja sexual da fe directamente de la ilusión de los criterios de consistencia o inconsistencia sexuales que los propios hombres se dieron frente al ideal de la perfección viril. De hecho, los hombres que, sin ellos saberlo, son presa del temor al desfallecimiento o la insuficiencia sexual, a menudo se ven llevados a adoptar una actitud de «artificio» y de «hacer como si» referente a cualquier reproche femenino que pudiera hacérseles con relación a esto. Pero las mujeres conocen muy bien los trucos, las mentiras y las precauciones apuradas que despliegan los hombres para evitar enfrentarse con semejante ataque narcisista.

Si la reivindicación sexual de la histérica adopta tal perfil, es porque ella está segura de encontrar en los hombres los ecos favorables que le convienen. Cuanto más se queja la histérica de estar insatisfecha sexualmente, tanto más moviliza la insatisfacción sexual masculina. A la inversa, cuanto más se ciega el hombre en su seguridad sexual, tanto más ofrece la prueba, a

través de sus rendimientos, de que la histérica tiene razón de esperar siempre más. Bien conocemos el diálogo tragicómico de sordos del que tan malheridos salen sus combatientes. En pocas palabras, la histérica no sostiene este tipo de reivindicación sino porque con ella pone a prueba la certidumbre de su insatisfacción.

La mujer histérica no puede cerrar su elección en el primer hombre que se le aparece, ya que es preciso que esta elección sea potencialmente revisable. Se produce siempre o casi siempre con tanteos, ensayos, errores, apropiados para mantener más profundamente la «vacilación histérica». En general, el compañero seleccionado lo es por suceder a un desengaño o a una ruptura sentimental. La histérica se esfuerza por significarle que se quedó con él por despecho, que es un compañero de «segunda mano». Aquí rozamos la paradoja psíquica que sostiene la dimensión deseante de la histérica en su relación con el otro. Por un lado, el «otro elegido» nunca lo es sino en función de las exigencias de perfección que lo capturan en una relación de investidura privilegiada. Por el otro, de antemano este elegido resulta desinvestido de tal lugar de privilegio, por lo menos en el sentido de que la histérica le significa que toma el lugar de otro que fue muy importante, incluso de otro inaccesible que habría sido mejor que él. Así, pues, tal compañero es elegido siempre por falta de algo mejor.

En esta problemática, la dimensión del cuerpo se vuelve prioritaria en la histérica. Ella «entrega», «da su cuerpo («me entregué a él»). Esta dimensión imaginaria del don induce su *posición sacrificial*, ampliamente sostenida por la ideología sociocultural fálica contemporánea. A través de tal ideología, la mujer histérica aparece imaginariamente como aquella por la cual el hombre puede advenir, como aquella por la cual la incompletud del hombre puede recibir un objeto de satisfacción tan perfecto como sea posible. No es sorprendente que la histérica retenga así al «hombre importante», es decir, aquel a cuyo lado creará ser indis-

pensable para apuntalar precisamente algo de esa importancia: «si yo no estuviera. . .»; «sin mí no serías nada. . .»; etcétera.

En este punto, debemos aclarar la índole particular de la relación imaginaria que existe entre el «hombre importante» y el «padre» de la histérica. Un error común consiste en pensar que esta busca siempre a un hombre que sea el sustituto de una imagen paterna. El hombre buscado —y eventualmente encontrado— jamás es una lisa y llana reproducción del padre. Lo que la histérica requiere a través de un hombre es un *padre completo*, en otras palabras, un padre tal como jamás existió. A través de la elección de un compañero masculino, la histérica quiere colmar, ante todo, las faltas imaginarias del padre. Ella está dispuesta a adjudicarle todo lo que le faltaba al padre: debe ser más fuerte, más bello, más poderoso, etc., de lo que fue su padre. Por otra parte, es en este sentido, y solamente en él, como tal hombre puede ser el Amo que ella busca.

Alrededor de esta problemática se organiza toda la consistencia del *fantasma de prostitución* familiar a las histéricas. Tal fantasma no se sostiene de la posición sacrificial para con todos los hombres, sino para con uno solo. La prostituta puede *venderse* a todos los hombres en la estricta medida en que la mitología fantasmática quiere que se *entregue*, se *dé*, a uno solo: el rufián que se halla en posición de dominio. El es «amo» de los cuerpos. ¡Pero no en cualquier condición! No en nombre del dominio de técnicas o aptitudes especiales para poseer a las mujeres y hacerlas gozar. El motor del fantasma histérico de prostitución pasa sobre todo por el hecho de que el «amo de los cuerpos» es aquel que padece la *falta*. Por eso la prostituta le paga. El necesita de ella y de su dinero para estar completo. Y cuanto más paga ella, tanto más lo inviste como tal. Por esta razón, además, ese fantasma es tan fácilmente movilizad@o en el contexto de la situación analítica.

Hay aquí una posición subjetiva totalmente específica de la histérica ante un hombre en la medida en que exista una falta en él. Esta posición es diferente de la relación con el otro que hemos señalado anteriormente, donde la histérica ofrecía su perfección a un Amo supuestamente tan perfecto como ella. Aquí, la histérica detenta presuntamente aquello que le falta al otro y se lo ofrece. A poco que esta «ofrenda» adquiera cierta dimensión, nos hallaremos muy cerca de una posición psicótica. De hecho, basta con que la convicción de detentar lo que falta al otro se convierta en una seguridad real, para que podamos observar cómo cae la histérica en un momento delirante fugitivo. Si la cosa sólo ocurre excepcionalmente, es porque el Amo jamás ocupa realmente el sitio que ella le asigna. Deja de estar a la altura y rápidamente resulta un Amo decepcionante. Entonces, al no asumir ya las exigencias ideales que la histérica le había otorgado, se convierte nada más que en un objeto de insatisfacción.

13. La histeria masculina

La histeria masculina no tiene la misma historia que la femenina, pero como estructura psíquica esta afección neurótica alcanza tanto al hombre como a la mujer.

A todas luces, la histeria masculina, en nuestros días, resulta considerablemente reforzada por el auxilio de una disimulación médica principalmente diagnóstica. La medicina se resiste mucho a identificar en el hombre esta afección neurótica, que se beneficia así con toda una serie de camuflajes. En concepto de tales artificios, frecuentemente encontramos la búsqueda de una razón exterior al síntoma, la manifestación de una «causa honorable». Todo ocurre como si lo importante fuera ir a buscar en otro, o en el entorno exterior, una causalidad que sólo existe en uno mismo. En este sentido, comprendemos por qué una de las etiologías más frecuentemente alegadas para servir de muralla a esta disimulación es el *traumatismo*. A poco que el traumatismo con resonancia psíquica se encuentre asociado a un traumatismo físico, la histeria masculina se vuelve todavía más oculta. Citemos, por ejemplo, la emergencia de accidentes de trabajo o incluso de hechos de guerra, y dispondremos de categorías clínicas codificadas para disfrazar la causalidad que gobierna la expresión de los síntomas. Las *neurosis postraumáticas* y las *neurosis de guerra* permiten apreciar la duplicidad de esta mascarada.

Para exorcizar mejor la culpabilidad presentida por el síntoma, basta con pervertir el cuadro clínico con algún «reconocimiento oficial» —rentas, pensiones, hasta

algún título honorífico—, y entonces la histeria masculina así reconocida, indemnizada, condecorada, puede ostentarse tanto más cuanto que la consideración social constituye, para ella, el medio más seguro de no ser descubierta jamás entre los motivos triunfantes de su neurosis.

Por cierto, no todas las histerias masculinas se benefician con un disfraz de esta naturaleza. Pero la insistencia que algunos hombres ponen en enarbolar las secuelas psíquicas de su traumatismo debe hacer pensar en la histeria, sobre todo cuando tales traumatismos no muestran directa relación con secuelas físicas características.

Desde el punto de vista de la sintomatología clínica, la histeria masculina no tiene por qué distinguirse de la femenina. A lo sumo, la encontramos categorizada de otro modo, es decir, capturada en las referencias de un discurso médico que suaviza los desbordes imaginarios habitualmente concedidos a la expresión invasora de la histeria femenina. ¡La histeria masculina no disfruta de treinta y cinco siglos de historia tras ella!

Por ejemplo, las grandes crisis histéricas —llamadas «grandes crisis a la Charcot» o «grandes ataques de la Salpêtrière»— resultan casi inexistentes en el contexto de la histeria masculina. Esta hace sitio a manifestaciones menos espectaculares como malestares, lipotimias, estados de fatiga difusos. . .

No obstante, existe una expresión sintomática que evoca metafóricamente, en la histeria masculina, la «gran crisis»: se trata del acceso de ira,¹ a menudo acompañado por crisis clásticas y cuya causa frecuentemente alegada es la contrariedad. Las más de las veces, tales contrariedades son benignas y están ligadas a las molestias comunes de la vida cotidiana. Sin embargo, tales molestias inevitables son sistemáticamente expresadas en detrimento de sí, de una manera suficien-

temente importante como para traducir un malestar sólo neutralizable mediante la descarga psíquica de un acceso de ira. O; lo que es lo mismo, esta crisis de ira es una verdadera *confesión de impotencia* que disfraza una descarga libidinal.

Por más que no encontremos en el hombre ciertas expresiones características de la histeria femenina (anestesia, parálisis, contracturas, trastornos sensoriales, manifestaciones polivalentes de conversión), identificamos algunos aspectos de temor orgánico que en ocasiones hacen pensar en la hipocondría: miedo a las afecciones cardíacas, con todos los signos precursores *ad hoc*, afecciones articulares, dispepsias diversas, trastornos neurovegetativos mal circunscriptos, etc. En cambio, el lote acostumbrado de algias de conversiones múltiples son tan frecuentes en el hombre como en la mujer. La elaboración psíquica y la función disfrazada de los síntomas desempeñan un papel comparable en ambos sexos.

Por ejemplo, ese afán del «dar para ver», o del «dar para oír», evocado anteriormente, está totalmente presente en la histeria masculina. Sin embargo, recordemos que, en la mujer histérica, el «dar para ver» es siempre dar para ver *algo del cuerpo*. En cambio, en el hombre, el «dar para ver» involucra a *todo el cuerpo*.

A través de ese «dar para ver», lo que se cuestiona fundamentalmente es el deseo de parecer, el deseo de gustar, o sea, al fin y al cabo, una demanda de amor y de reconocimiento. Esto explica, en la histeria masculina, la tendencia esencial a la seducción. El hombre, más que mostrar algo, «se» muestra como tal. De ahí las conductas inevitables de *prestancia*. Los medios para ello son idénticos en el hombre y en la mujer: los artificios son prioritarios.

En la histeria masculina, la *seducción* se constituye como el soporte privilegiado de una negociación amorosa. Para asegurarse de ser amado por todos, el histérico ofrece su propio amor sin reservas. Se trata, por su-

¹ Véase *supra*, cap. IX, págs. 74-5.

puesto, de un amor de pacotilla, en la medida en que el hombre histérico es incapaz de comprometerse más allá de la seducción. Como no puede renunciar a nadie, ante todo le importa recibir el amor de todos. Sin embargo, querer ser amado por todos es, fundamentalmente, no querer perder ningún objeto amoroso. Aquí encontramos uno de los componentes preponderantes de la histeria: la insatisfacción.

En nombre de su estrategia amorosa, el histérico masculino se reparte entre varios otros ante quienes se compromete gustosamente al mismo tiempo. Encontramos aquí la vacilación permanente del histérico observada en otros sectores: en el nivel de la elección de una actividad profesional, de una decisión importante que se debe tomar, de la elección de una compañera, etcétera.

Es siempre, pues, el interés que el otro siente hacia un objeto, lo que se convierte en objeto de deseo para el hombre histérico. De ahí la posición potencial de *víctima*, que predispone a todas las empresas de sugestión. De rebote, el histérico desarrolla de manera permanente ese lamento de no poder aprovechar lo que posee: «la carrera de otro hubiera convenido más», «la mujer del otro seguramente hubiera sido más satisfactoria, por ser más deseable», «la ropa que no se compró hubiera sido la más conveniente», etc. Podemos decir que la *divisa* del hombre histérico es poner de manifiesto su *incapacidad de gozar*, o de aprovechar lo que tiene, en *beneficio de la queja por lo que no tiene*. Sin embargo, aun si termina por obtener lo que no tiene, por más que se le dé esta posibilidad, esto desembocará de todas maneras en un fracaso, ya que su estrategia está destinada a sustentar la insatisfacción.

De hecho, existe un rasgo de estructura propio de la histeria masculina: el fracaso o la *conducta de fracaso*. Cuando el histérico logra obtener lo que envidiaba en el otro, se apresura a fracasar. El terreno de las carreras profesionales constituye para ello un espacio particu-

larmente privilegiado, por lo mismo que los fracasos pueden realizarse de una manera espectacular, en el modo victimista ofrecido a la mirada de todos.

Aquí disponemos de una terminología bien específica para ratificar aquello que, al fin y al cabo, no es más que un rasgo de la estructura histérica: la *neurosis de fracaso* o la *neurosis de destino*.

La neurosis de fracaso es una especificación nosográfica introducida por René Laforgue,² quien quería resaltar la configuración psíquica específica por la cual los sujetos, sin ellos saberlo, resultan los artesanos de su propia desdicha, en el sentido en que parecen no poder soportar el conseguir lo que parecen desear más: *son los que fracasan al triunfar*. Todo ocurre como si el éxito desencadenara un mecanismo de autocastigo para que la satisfacción sea rechazada.

Esta compulsión a la repetición del fracaso recuerda directamente lo que Freud designaba como *neurosis de destino*. Esta estrategia sintomática pone de manifiesto el incansable retorno de un encadenamiento de acontecimientos dramáticos. Pero este retorno es tal que el sujeto puede engañarse a sí mismo acerca de la participación personal que aporta para ello: «es un golpe del destino», «la fatalidad golpea una vez más». Como tan bien lo observó Freud, esta existencia del fracaso está moldeada de antemano por el sujeto, pero de tal manera que la repetición de las determinaciones inconscientes adopta siempre la fachada de los acontecimientos exteriores imprevisibles.

Existen ciertos paliativos y ciertos procesos de sobrecompensación ante este síndrome de fracaso. Veamos ya cómo se instala este fracaso ante el éxito. Las más de las veces, observamos la coalición de dos series de elementos incompatibles. Por un lado, una tendencia ostensiblemente movilizadora por el histérico a hacer gala

² Véase R. Laforgue, *Psychopathologie de l'échec*, París: Payot, 1939.

1. de sus ambiciones, sus dotes, sus potencialidades de éxito. Por el otro, una tendencia victimista que consiste en imputar a la realidad exterior el fracaso en la realización de la primera tendencia. En otros términos, todo ocurre como si el indicio o el elemento susceptible de acreditar la promoción del sujeto, hicieran las veces de señal destinada a desencadenar el mecanismo de compulsión a la repetición. No bien el histérico obtiene la garantía de que la promoción de su deseo es virtualmente realizable, inmediatamente se vuelve inepto para asumirla. De ello resulta la instalación de estados ansiosos, depresivos, hasta neurasténicos, idénticos a los que encontramos en la histeria femenina. Sobre la base de esta ineptitud inconscientemente orquestada por el histérico, pueden desarrollarse toda una serie de procesos de sobrecompensación, cuyas dos opciones más habituales son el *alcoholismo* y el *uso de los tóxicos* (no por ello todos los alcohólicos y toxicómanos son histéricos).

2. Debemos comprender cuál es la función exacta de esas prácticas tóxicas en el terreno de la histeria masculina. Señalemos ya que el alcoholismo masculino es a menudo un alcoholismo neurótico elaborado sobre un fondo de histeria. En efecto, alcohol y droga permiten asegurar al histérico una nota compensatoria en su ser masculino, como más adelante lo veremos a propósito de su relación sexuada con el otro.³ Se trata de intentar aparecer «como un hombre» allí donde precisamente el histérico se queja de no poder lograrlo jamás. Así, el mediador «tóxico» permite al histérico engañar al otro, se trató de una mujer o de un hombre. Con respecto a una mujer, le permite cultivar la ilusión de que realmente dispone de lo que cree que ella espera de él (poseer el objeto fálico). Con respecto a un hombre, lo autoriza, de una manera igualmente ilusoria, a presentarse ante él como un rival posible, es decir, igual a

³ Véase *infra*, cap. XIV, págs. 115-9.

él, en cuanto supuestamente tiene aquello que el histérico se queja de carecer. En ambos casos, identificamos cabalmente esa ambivalencia histérica que sustenta toda su problemática sexual: o existir por sí mismo y mostrarse bajo la mirada del otro; o incluso desear por sí mismo y desear a pesar de sí en la evaluación de lo que el otro supuestamente espera desde el punto de vista de su deseo.

14. La relación con el sexo en el histérico masculino

La problemática singular que el histérico masculino mantiene con el sexo se inscribe lógicamente en esta dimensión de la relación con el otro donde el sujeto se esfuerza por querer gustar a todos. No obstante, esa relación con el otro femenino está alienada de antemano, en cierto tipo de representación de la mujer como mujer idealizada e inaccesible.¹ De aquí proviene el desarrollo frecuente de conductas de evitamiento en cuanto a una confrontación directa y personal con la mujer en el terreno sexual.

De ello resulta la institución de manifestaciones perversas, de las cuales una de las más frecuentes es la *máscara* o el *juego* homosexuales. No se trata de una homosexualidad verdadera, que se fundaría en una elección de objeto amoroso exclusivamente masculino. A lo sumo, asistimos a una parodia homosexual capaz de inducir compensaciones secundarias tranquilizadoras. Siendo el otro semejante a sí, protege de este modo de la diferencia de sexos. Esto no significa que lo femenino resulte una preocupación ausente en el hombre histérico. Muy por el contrario, está muy presente, pero es soportable a condición de ser así mediatizada.

Esta mediación suele acompañarse de una compulsión a la masturbación sustentada por fantasmas de connotación perversa, sobre todo puestas en escena eróticas de mujeres homosexuales.

El *exhibicionismo* constituye también una manifestación perversa frecuentemente movilizadora por el his-

¹ Véase *supra*, cap. IX, págs. 70-6.

térico masculino; como puesta en escena del cuerpo (y no como develamiento del sexo, según ocurre en las verdaderas perversiones). A través de este exhibicionismo, el histérico reitera algo de la teatralidad provocadora de la parodia homosexual. Puesto que el *hacer como si* se sostiene siempre de la mirada del otro, es aquello por lo cual el sujeto puede gozar fantasmáticamente del juicio supuestamente desaprobador u hostil para con él. A poco que el otro se deje apresarse en esta captura imaginaria, el goce es óptimo. De hecho, todo escándalo, toda denuncia, arresto o inculpación intervienen aquí como otros tantos testimonios de que la puesta en escena mentirosa funcionó bien.²

Más allá de este camuflaje perverso destinado a mantener el objeto femenino a distancia, el histérico recurre frecuentemente a otra manifestación sintomática: la *impotencia*, la cual, por añadidura, viene a reforzar una compulsión al fracaso. Se trate de una impotencia total o se presente en la forma abortada de la *eyacuación precoz*, el principio que gobierna esta defensa en la relación con el sexo del otro permanece idéntica. Se apoya en un mismo mecanismo imaginario que conduce al histérico a *confundir el deseo y la virilidad*. Esta confusión encuentra su origen en una interpretación particular que el histérico desarrolla frente a la demanda de una mujer.

Tal demanda jamás es recibida por él como una sollicitación deseante dirigida a un deseo de hombre. Por el contrario, siempre es percibida por el histérico como una orden de *dar pruebas de su virilidad*. En otros términos, todo ocurre como si la relación deseante se fundara en el deber de justificar que uno realmente *«tiene»* lo que la mujer demanda, es decir, el *falo*. Como el histé-

² Expuse una observación clínica sobre tales manifestaciones perversas en un caso de histeria masculina, en mi obra *Le père et sa fonction en psychanalyse, op. cit.*, véase el cap. V, «La fonction paternelle et ses avatars», págs. 99-105.

rico masculino no se siente depositario de tal objeto, responde a la mujer: *yo no tengo el pene*; de aquí proviene su impotencia. La confusión entre el deseo y la virilidad traduce así una confusión acerca de la índole del objeto, entre el órgano y el falo. Para el histérico masculino, tener el pene implica lógicamente, en su economía deseante, poseer inevitablemente el falo.

Una de las ilustraciones más típicas de esta problemática histérica es la que nos ofrece el caso característico del *play-boy*. Para la mayoría de ellos, cada primer encuentro con una nueva mujer resulta singularmente en la expresión de su impotencia. Esto no es tan enigmático como lo parece a primera vista, en cuanto se detectan los mecanismos inconscientes utilizados. En el *play-boy* se puede destacar la conjunción de varios rasgos sintomáticos que contribuirán a inducir ese proceso de impotencia. Existe ya una relación inconsciente muy dominante con la madre. Desde ese punto de vista, podemos considerar la impotencia como una respuesta a la demanda inconsciente de la madre: él sigue apegado a ella. Por este motivo se expone a múltiples experiencias donde el fracaso sexual más o menos parcial viene a testimoniar que ninguna otra mujer, salvo ella, puede movilizar su deseo. O, lo que es lo mismo, que el histérico no tiene el falo, por lo menos en la medida en que su madre pudo darle a entender que *tal vez lo tenía*. Del mismo modo, ella pudo darle a entender que lo era. Aquí encontramos una configuración fálica frecuente por la que ciertos hombres, siendo niños, se vieron en situación de ser objetos de compensación de la falta materna. La impotencia se devela entonces como un compromiso entre aquello a través de lo cual una mujer puede gozar (la puesta a prueba fálica supuestamente exigida por la mujer) y permanecer fiel a la madre, presentándose ante una mujer como un objeto de representación y no como uno de «consumo» posible.

En la realidad, este proceso se traduce en la obsesión permanente del *play-boy*: *tener* a tal mujer, luego a tal

otra («esa será mía. . .»). Así, pues, la mujer es investida como un trofeo que, en un plano de exhibición ostentatoria de la virilidad, permite sostener la rivalidad con los otros hombres, es decir, aquellos que el histérico está seguro de que realmente poseen el falo.

Existe otra forma de encarnación de esta posición histérica asociada a la impotencia: el *culturismo*. El culturista se encuentra en representación fálica permanente: el no tener el falo, señala metafóricamente con su cuerpo que lo es. Aquí, la confusión pene/falo es diferente. El pene es imaginariamente representado por todo el cuerpo. De aquí proviene la necesidad de justificar, de confirmar incesantemente la potencia del músculo. El trabajo del músculo evoca metafóricamente la erección, que las más de las veces está enojosamente ausente en tales sujetos. El fantasma fálico se organiza pues, de un modo singular: no pudiendo gozar de un pene común, una mujer siempre podrá gozar de ese pene musculoso a través de su mirada sobre él. El gusto inmoderado de los culturistas por la exhibición se explica entonces por el hecho de que ese «dar para ver» del cuerpo, que se presta a todos los concursos, nunca es más que una competencia de erección del pene.

La *eyaculación precoz* —la cual nunca es otra cosa que un orgasmo precipitado— depende de un proceso psíquico un poco diferente del de la impotencia, aunque se inscriba en la misma problemática. La eyaculación precoz testimonia un peligro imaginario en el nivel del acto sexual con una mujer. Si este acto sexual es posible, implica siempre un riesgo: el de no poder demostrar a la mujer que el hombre posee cabalmente el falo, y que por lo tanto está en condiciones de asumir su acto hasta su consumación. Este desenlace es siempre el mismo: una mujer sólo puede gozar si el hombre le suministra la prueba de su dominio fálico. Se comprende por qué este rendimiento imaginario es fuertemente ansiógeno. Aquí, lo que va a interrumpir y a la vez precipitar el proceso es la angustia. El objetivo esperado,

particularmente amenazador, es el goce femenino. Ahora bien, para la histeria masculina, únicamente aquel que tiene el dominio absoluto del falo puede asumir el goce femenino, es decir, dominarlo. En efecto, el goce de la mujer es percibido siempre como una derrota ante el poder fálico victorioso. Al no poseer el atributo que le permitiría lograr dicha victoria, el histérico sólo puede sentirse él mismo sometido al poder de quien lo tiene. Inconscientemente, se encierra, pues, en una dimensión imaginaria de capitulación ante dicho poder fálico. Por ello, se identifica inconscientemente con su compañera y goza por eyaculación precoz, tal y como imagina que una mujer goza, sucumbiendo al poder fálico. Cuanto más seguro está de que el goce de la mujer no puede resistir al poder fálico, tanto más él mismo se instala en la posición de aquel que no lo tiene, tanto más goza de manera precoz.

Estos hombres suelen presentar construcciones fantasmáticas significativas: los *verdaderos hombres viriles*. Esos hombres tales que les basta con penetrar a las mujeres para que ellas gocen instantáneamente; y hasta el fantasma del superhombre que sabe hacer gozar a todas las mujeres, aquel que ajusta las cuentas a todas las frigideces femeninas, aquel que hace gozar a las mujeres a repetición, aquel a quien las mujeres piden merced o a quienes suplican que se detengan, sucumbiendo en el desvanecimiento del goce. . .

15. La problemática obsesiva

Como lo hice para las perversiones y la histeria, voy a encarar la estructura obsesiva¹ a partir del proceso de actualización del deseo del sujeto frente a la función fálica.

Tradicionalmente, en el campo psicoanalítico, a menudo se presenta la estructura obsesiva como una organización psíquica que tendría la particularidad de ser, en muchos aspectos, opuesta a la de la histeria. Por cómo que sea este tipo de perspectiva, no deja por ello de ser ambiguo. Esta oposición no sólo es relativa, también es bastante inadecuada. Sólo toma como base ciertas apreciaciones fenomenológicas, y en ningún caso *rasgos estructurales*.

La principal de estas apreciaciones consiste en poner de manifiesto un hecho específico que podría acreditar esa oposición. A la inversa del histérico, *el obsesivo se habría sentido demasiado amado por su madre*. Aunque esta situación de hecho aparezca como indiscutible en todas las problemáticas obsesivas, en nada constituye un elemento pertinente que permita oponer tan fácilmente el obsesivo al histérico. Prueba de ello sería que se trata también de un elemento conjetural frecuentemente identificable en las organizaciones per-

¹ No cabe duda alguna de que la estructura obsesiva constituye una organización psíquica que no encontramos sólo entre los hombres. Aunque sea mucho más rara en las mujeres, existe sin embargo, con todo su cortejo de manifestaciones sintomáticas estereotipadas tal como se las observa en la neurosis obsesiva masculina. Por razones de síntesis, aquí no me referiré más que a la neurosis obsesiva del hombre.

versas. Desde el punto de vista del diagnóstico, pues, no podemos apoyarnos en este elemento de observación.

No obstante, se trata de un componente seguramente valioso para encarar la lógica obsesiva. Poner de manifiesto que el obsesivo es un sujeto que se sintió demasiado amado por su madre es señalar algo específico desde el punto de vista de la función fálica. De hecho, a menudo el obsesivo se manifiesta como un sujeto que fue particularmente investido como objeto privilegiado del deseo materno, es decir, privilegiado en su investidura fálica. De donde proviene esta fórmula, ya evocada: *los obsesivos son nostálgicos del ser*. Esta nostalgia encuentra su principal apoyo en el recuerdo de un modo particular de relación que el obsesivo mantuvo con su madre. Sin duda, sería más exacto hablar de la relación que su madre mantuvo con él. Siempre se localiza en la historia de los obsesivos la mención de un niño que fue el preferido de su madre, o que por lo menos pudo, en un momento dado, sentirse privilegiado ante ella.

En las apuestas del deseo movilizadas por la lógica fálica, ese «privilegio» despierta necesariamente en el niño una investidura psíquica precoz y preponderante que consiste en constituirse como objeto ante el cual la madre supuestamente encuentra lo que no logra encontrar con el padre. En otros términos, el niño es capturado en esta creencia psíquica: la madre bien podría encontrar en él aquello que supuestamente debe esperar del padre.

Esto nos sitúa ante uno de los puntos decisivos de la apuesta fálica en la dialéctica edípica: *el pasaje del ser al tener*, donde la madre aparece para el niño como dependiente del padre, en el sentido de que este último le «hace la ley» desde el punto de vista de su deseo. Bien lo sabemos, aquí se trata de una vivencia psíquica presentida e interpretada por el niño. Si el padre le hace supuestamente la ley a la madre, es a condición de que la propia madre desee supuestamente aquello que no tiene y que el padre posee. Por propia definición, se

trata de *la investidura simbólica* del padre, la cual resulta en la atribución fálica. El pasaje del «ser» al «tener» se efectúa siempre en ese desplazamiento del atributo fálico. Ahora bien, tal desplazamiento sólo puede realizarse cuando algo consecuente fue significado al niño en el discurso materno, especialmente que el objeto del deseo de ella era estrictamente dependiente de la persona del padre. Sólo la significación de esta dependencia puede movilizar al niño en la dimensión del tener.

Cuando ciertas ambigüedades son significadas, en el discurso de la madre, a propósito de la «localización» del objeto del deseo, el niño puede instalarse imaginariamente en un *dispositivo de suplencia para la satisfacción del deseo materno*. Este es un punto crucial en la determinación de la estructuración obsesiva.

Hablando con propiedad, no se trata de una suplencia del objeto del deseo de la madre. Si tal fuera el caso, nos hallaríamos en presencia de líneas de determinación favorables a la organización de las perversiones y aun de las psicosis. Más bien se trata, aquí, de *suplir la satisfacción del deseo* de la madre. Esto permite suponer que esa satisfacción le fue señalada al niño como desfalleciente. Toda la ambigüedad antes mencionada gira precisamente en torno de esta dependencia del deseo de la madre con respecto al padre. Lo que la madre significa al niño, aun sin saberlo, puede reducirse a dos significaciones que no se recubren por completo. Por un lado, el niño percibe que la madre es dependiente del padre desde el punto de vista de su deseo; pero, por el otro, no parece ella recibir completamente del padre lo que supuestamente espera de él. Esta laguna en la satisfacción materna induce, ante el niño que la contempla, la apertura favorable a una *suplencia* posible.

Así, pues, el niño se confronta con la ley del padre, pero también queda subyugado por el mensaje de la insatisfacción materna. En este punto hay que hacer una

aclaración: ante los ojos del niño, la madre no aparece como radicalmente insatisfecha. A lo sumo, se trata de una *vacancia parcial* de esta satisfacción, que la madre intentará suplir en su origen buscando un *complemento* posible junto al niño. Es en este sentido, y solamente en este sentido, como el obsesivo es objeto de una investidura particular que le da la convicción de que fue *el niño preferido, privilegiado*. Pero, lo repito, el privilegio nunca es más que suplencia de la satisfacción desfalleciente del deseo materno. Si el niño es lógicamente conducido a la ley del padre por la referencia del discurso materno que inscribe allí su deseo, esta suplencia no deja de constituir una incitación hacia la persistencia de la identificación fálica. Por ello, siempre existe en el obsesivo un tironeo constante entre el retorno regresivo a tal identificación y la obediencia a la Ley y a las implicaciones que ella supone.

Por más que ese retorno al ser sea intensamente codiciado frente a la satisfacción desfalleciente del discurso materno, jamás se consuma plenamente. Sólo esa «nostalgia» sintomática devela ciertos rasgos estructurales característicos de la economía obsesiva del deseo. Del mismo modo, puesto que el reconocimiento del padre simbólico se sostiene de ciertas ambigüedades, será también objeto de peculiares manifestaciones.

Este tironeo permanente se ilustra sobre todo en la actitud de *fuga hacia adelante* que el obsesivo no deja de actualizar frente a su deseo.

16. Los rasgos de la estructura obsesiva

Establecido lo que precede, podemos encarar más precisamente los estereotipos estructurales puestos a operar en la neurosis obsesiva y, por consiguiente, su deslinde con respecto a la problemática de los síntomas. En particular, es posible aislar, desde el punto de vista del deseo, algunos rasgos estructurales que determinan su curso. Mencionemos ya, a tal efecto, el carácter imperioso de la *necesidad* y del *deber* que rodean a *la organización obsesiva del placer*. Asimismo, evoquemos *la debilidad de la demanda* y *la ambivalencia* como otros tantos rasgos asociados a dispositivos de defensa sintomáticos tales como:

- las formaciones obsesivas;
- el aislamiento y la anulación retroactiva;
- la ritualización;
- las formaciones reactivas;
- el trío: culpabilidad, mortificación, contrición,
- y el conjunto del cuadro clínico habitualmente designado, a partir de Freud, por la expresión «*Carácter anal*».¹

Partamos de este punto inductor de la neurosis obsesiva: el signo del deseo insatisfecho de la madre, que inscribe al niño, a su lado, en la relación singular evocada anteriormente. La marca del desfallecimiento en la satisfacción del deseo materno se afirma precozmente en el niño gracias a la relación dual privilegiada que él

¹ Véase *supra*, cap. 2, pág. 17, nota 3.

mantiene con ella. Muy pronto, el niño percibe sus indicios significantes. El fondo de las investiduras eróticas que sustentan habitualmente esta relación llamada «dual» se presta tanto mejor a la circulación de ese mensaje cuanto que dicha relación se despliega prioritariamente en el terreno de la satisfacción de las necesidades y de la exigencia de cuidados, o sea, en el contexto de un acceso al cuerpo del niño que sólo puede inducir el goce y favorecerlo.

Debido a que tal goce es inevitable en la relación de la madre con el niño, puede encontrar cierta cantidad de indicios catalizadores motivados en la economía libidinal de la madre. En este sentido, el desfallecimiento de la satisfacción del deseo materno se vuelve predominante.

En cuanto a este punto, vayamos a las explicitaciones apuntadas por Freud en lo relativo a la etiología sexual de las neurosis obsesiva, de las que sólo tomaré las articulaciones esenciales.

Uno de los primeros elementos de esta perspectiva encuentra su origen en la *teoría de la seducción*, la cual, por lo demás, es presentada inauguralmente por Freud como desempeñando un papel preponderante en la concepción psicoanalítica general de la etiología de las neurosis. Sin embargo, muy pronto Freud relativizó considerablemente esta incidencia de la seducción, como lo testimonia su carta a Fliess del 21 de septiembre de 1897,² en la cual hasta parece recusar sus primeras posturas.

Sin embargo, no se trata de un abandono liso y llano. A lo sumo, Freud renuncia al alcance sistemático de la función de la seducción como elemento inductor de la problemática neurótica. En otros términos, la inciden-

² Véase S. Freud, «Lettre à Fliess n° 69 du 21-9-1897», en *La naissance de la psychanalyse*, París: PUF, 4ª edición, 1979, págs. 190-3. [«Carta 69», en Manuscrito N, *Obras completas, AE*, vol. 1, 1982.]

cia de la seducción debe ser minimizada en el cortejo de los mecanismos inductores de las neurosis. El «destino» de esta teoría freudiana de la seducción en la etiopatogenia de las neurosis fue minuciosamente analizado por Jean Laplanche y Jean Baptiste Pontalis en su célebre *Vocabulaire de la psychanalyse*, al que los remito.³

Si no podemos considerar la seducción como un elemento etiológico constitutivo de la neurosis obsesiva, no deja por ello de constituir una mediación favorable. Históricamente, debemos recordar que la especificación freudiana de la neurosis obsesiva es contemporánea de la correspondiente a la histeria. A partir de 1894-1895, Freud aísla y ordena la patología obsesiva en la categoría de las psiconeurosis de defensa, para recalcar el hecho de que, en este terreno neurótico, los procesos de defensa ocupan un primer plano entre las manifestaciones sintomáticas.

En lo que respecta a la neurosis obsesiva, el tema de la *seducción* es introducido por Freud de una manera perfectamente característica. Las obsesiones aparecerían como *reproches disfrazados* que el sujeto se dirigiría a sí mismo, con relación a una actividad sexual infantil productora de placer. No obstante, la especificidad propiamente obsesiva de sus síntomas se debería al modo de inscripción psíquica de esa actividad libidinal infantil *frente al deseo de la madre*. Según Freud, se trataría de una *agresión sexual que sucedió a una fase de seducción*. En esta ocasión, las mociones pulsionales libidinales retornarían posteriormente en forma disfrazada, sobre todo con el carácter de representaciones y afectos obsesivos.

Tales elementos obsesivos jamás constituirían otra cosa que síntomas primarios de defensa, contra los cuales el Yo reaccionaría de manera precisa movilizándolo

³ J. Laplanche y J.-B. Pontalis, «Séduction (Scène de -, Théorie de la -)», en *Vocabulaire de la psychanalyse*, París: PUF, 1967, págs. 436-9.

procesos de defensa secundarios. En este sentido, podríamos identificar principalmente el *aislamiento* y la *anulación retroactiva*, sobre los cuales volveremos más adelante.

Por ello, si la seducción ya no interviene en calidad de elemento inductor etiológicamente prioritario, sin embargo desempeña un papel indudable en la relación que se desarrolla entre la madre y el niño. Lo que Freud había presentado en esta vertiente de la *seducción materna* aparece, en efecto, como un acaecimiento determinante en la medida en que podemos localizar con precisión su punto de impacto: el *desfallecimiento de la satisfacción del deseo materno* precózmmente significado al niño. Como veremos, el significante de este desfallecimiento va a inducir, a su respecto, una vivencia psíquica singular experimentada en el modo de la seducción.

A todas luces, en este espacio de configuración relacional, siempre es la madre la que despierta y mantiene al niño en el registro de su goce libidinal. Esta fase de *erotización* es tanto menos inevitable cuanto que encuentra su soporte favorito en ocasión de la repetición de los contactos físicos mantenidos en el terreno de los cuidados y de la satisfacción de las necesidades. Desde ese punto de vista, el niño es necesariamente el objeto de una *seducción erótica pasiva* por parte de la madre. A poco que el niño se vea capturado en ese goce por significársele un desfallecimiento en la satisfacción del deseo de la madre, esa seducción pasiva arreciará y el goce resultante será vivido en el modo de la agresión sexual. Así, pues, el niño ya no tendrá la opción de gozar sin sentirse parte activa en un goce privilegiado de la madre.

El *exceso de amor* que testimonian todos los sujetos obsesivos se origina en ese dispositivo donde la seducción erótica materna constituye un llamado a la suplencia de su insatisfacción. De algún modo, el niño es intimado a diferir la imperfección del goce materno, lo cual

induce en él una incitación a la *pasividad sexual*, cosa de la que da abundante fe toda la producción fantasmática cotidiana de los obsesivos masculinos. En la mayoría de ellos, en efecto, encontramos los vestigios nostálgicos de esa seducción agresiva pasiva que se expresa a través de fantasmas preponderantes: «ser seducido por una mujer sin haber hecho nada»; o incluso «ser violado por una mujer»; en una forma ideológicamente más caricaturesca, también es el fantasma de «la enfermera» que atiende y que goza haciendo gozar sexualmente a su «enfermo», con ocasión de los cuidados que le brinda.

Esta actitud de disposición pasiva al goce constituye una de las estereotipias más notables de la estructura obsesiva, a través de la cual el sujeto evoca nostálgicamente su *identificación fálica*. De hecho, el niño, futuro obsesivo, va a encarar el pasaje decisivo del «ser» al «tener» precisamente con este «pasivo fálico». Por lo demás, es por este motivo por lo que su acceso al universo del deseo y de la ley constituye para él un proceso problemático, como lo muestra muy justamente la relación particular que mantiene con el padre y, más allá de él, con toda figura de autoridad que reactive la imago paterna.

El pasaje del «ser» al «tener» es lógicamente vivido por el niño en la dimensión de la insatisfacción, puesto que su identificación fálica es recusada frente a la intrusión paterna. Es fácil comprender, pues, que este «pasaje» constituya un trance especialmente problemático para el futuro obsesivo. Allí donde normalmente debería enfrentar la insatisfacción, precisamente es *cautivo de la satisfacción* en la relación de suplencia que mantiene con la madre. Después, el obsesivo no dejará de recordar hasta qué punto esta experiencia, precoz pero privilegiada, de placer con la madre constituye para él una desventaja en la economía de su deseo.

Este apresamiento materno prematuro no permite que el niño mediatice su deseo por él mismo. En efecto, el niño permanece prisionero del deseo insatisfecho de

la madre. Más exactamente, convendría decir que es el deseo del niño por ella lo que, de rebote, va a despertar su propio deseo insatisfecho, por lo mismo que ahora le está dado poder suplirlo. Por consiguiente, todo el proceso del deseo va a verse interrumpido en el niño.

Habitualmente, la dinámica del deseo se despliega según un ritmo ternario. El deseo se separa de la necesidad para entrar luego en la demanda. En el caso presente, no bien el deseo se separa de la necesidad, inmediatamente es asumido por la madre insatisfecha, que encuentra en esto un objeto posible de suplencia. El perfil totalmente particular del deseo obsesivo se explica por el carácter apresurado de esta asunción. En efecto, el deseo lleva siempre *el sello exigente e imperativo de la necesidad*, por lo mismo que, a partir de su surgimiento, la madre no le deja tiempo de suspenderse en la espera de que se articule una demanda. Sentado esto, podemos señalar dos rasgos de estructura esenciales.

Por un lado, el deseo del obsesivo *implica siempre la marca imperiosa de la necesidad*. Por el otro, el obsesivo *padece de menoscabo en la expresión de su demanda*. La pasividad masoquista que tan bien le conocemos resulta, en gran medida, de su imposibilidad para demandar. Así se esfuerza en hacer adivinar y articular por el otro lo que él desea y no logra demandar él mismo.

En términos generales, este menoscabo participa de la *servidumbre voluntaria* en la cual se encierra de tan buena gana el obsesivo. Paradójicamente, esa imposibilidad de demandar lo conduce a *tener que aceptarlo todo, padecerlo todo*. Por no haber estado en condiciones de formular una demanda, se siente obligado a asumir todas las consecuencias implicadas por esta actitud, principalmente *ocupando el lugar de objeto del goce del otro*. O, lo que es lo mismo, semejante actitud pasiva constituye una invitación favorable a hacerse *sadizar* por el otro.

La *queja* repetitiva con que el obsesivo se beneficia sobre este fondo de sadización, es aquello a través de lo

cual podrá asumir, de rebote, su propio goce sintomáticamente mortífero. El indicio de este goce se actualiza fuertemente a través de las *manifestaciones reactivas* que, en cuanto a lo esencial, se reducen a laboriosas e interminables rumias contra la adversidad. Esto se explica tanto mejor cuanto que tal disposición del obsesivo a ser objeto del goce del otro constituye una resurgencia de su estatuto fálico infantil, en el cual se encuentra encerrado como hijo privilegiado de la madre.

Esto reaparece en la forma sintomática característica de la *culpabilidad*, que evoca indirectamente el privilegio casi incestuoso del niño junto a la madre frente a la castración. En virtud de esta fijación erótica a la madre, el obsesivo se ve continuamente apresado en el agudo temor de la castración. A todas luces, se trata de una relación con la *castración simbólica*, cuyas manifestaciones más espectaculares van a expresarse en torno de la *problemática de la pérdida* y de la relación con la ley del padre.

17. El obsesivo; la pérdida y la ley del padre

El obsesivo *no puede perder*. Esta negociación psíquica, totalmente intolerable para él, resuena de manera sumamente invasora en todos los niveles de la vida cotidiana. Así como el obsesivo presenta una disposición favorable para constituirse como *todo para el otro*, así debe despóticamente *controlarlo todo y dominarlo todo* para que el otro no se le escape de ningún modo, es decir, *para que él no pierda nada*. La pérdida de algo del objeto, en efecto, no puede sino remitirlo a la castración, o sea, para el obsesivo, a un *desfallecimiento de su imagen narcisista*. A la inversa, superar la castración es siempre intentar conquistar y mantener un estatuto fálico junto a la madre y, más en general, junto a toda mujer. No obstante, como la *Ley del padre* permanece omnipresente en el horizonte del deseo obsesivo, la *culpabilidad* es irremediable. Es esta ambivalencia, alimentada entre la nostalgia fálica y la pérdida implicada por la castración, lo que inscribe al obsesivo en una *posición estructuralmente específica con respecto al padre*.

Como la imago paterna es omnipresente, sólo puede llamar a la rivalidad y a la competencia, tan del gusto de los obsesivos. Tales sujetos no dejan de desplegar una actividad incesante para reemplazar al padre (y a toda figura capaz de representarlo). De ahí la necesidad imperativa de «matarlo» para ocupar su lugar ante la madre. Estos anhelos de muerte arcaicos resurgen de manera casi permanente en la problemática obsesiva, y siempre con la misma modalidad: tener el sitio del otro

investido inconscientemente como un representante potencial de la referencia simbólica paterna.

Este afán de «ocupar el lugar» del otro invita al obsesivo a todas las luchas de prestigio, a todos los combates grandiosos y dolorosos. Con estos enfrentamientos, el obsesivo jamás deja de reasegurarse de la existencia salvadora de la castración. Así como el Amo le resulta insoportable dado que supuestamente debe detentar lo que el obsesivo codicia, así debe aparecer cabalmente como tal y seguir siéndolo. Como lo hemos visto anteriormente,¹ en este terreno podemos identificar ciertos comportamientos de *desafío*. No obstante, si el obsesivo *necesita* encontrar un Amo, nunca es en la misma calidad que el histérico,² que *busca* uno. En el histérico, el desafío ante el Amo está siempre gobernado por una estrategia de destitución, mientras que para el obsesivo, por el contrario, es preciso que el Amo siga siendo tal, y hasta el final.

Todo el sentido de la competencia y de la rivalidad está orientado hacia ese objetivo. Tratar de tomar el sitio del Amo es esforzarse siempre por tener la seguridad de que ese lugar codiciado es ilegítimo; en otras palabras, que el Padre no puede ser suplantado. Ese Amo inmovible sigue, metafóricamente, prohibiendo y condenando la erotización incestuosa de la relación con la madre, en la cual está prisionero el obsesivo.

Nada de ello impide que esta puesta a prueba del Padre/Amo sea constante y resulte objeto de un tironeo. Por un lado existe la Ley del padre, a la cual hay que sacrificarlo todo, y hasta sacrificarse. Por el otro, esta misma Ley debe ser regularmente desbaratada y dominada por cuenta propia. De ello resulta una lucha inexorable que se desplaza sobre múltiples objetos de investidura. Aquí encontramos los rasgos específicos de la personalidad obsesiva que Freud definió tan bien con

¹ Véase *supra*, cap. 6, págs. 51-2.

² Véase *supra*, cap. 6, págs. 53-5.

su famosa expresión «carácter anal».³ A título informativo, evoquemos *la perseverancia y la obstinación* como los dos vehículos privilegiados de las investiduras obsesivas.

Es evidente que el motor de estos vehículos está en la inexpugnable energía que compromete el obsesivo para alcanzar el dominio del goce (el lugar del padre). Desde este punto de vista, los obsesivos son potencialmente grandes conquistadores. Los medios más alocados se movilizan para conquistar, cada vez más a fondo, ese dominio fantasmático. Por lo demás, nada es suficiente nunca. No bien se ha alcanzado un objetivo, el obsesivo ya está embarcado en una nueva carrera para alcanzar otro. Por otra parte, es frecuente comprobar con qué desenvoltura se aparta de lo que acaba de obtener —con ayuda de un gran puntapié— apenas lo tiene bajo su dominio.

En cada una de estas «performances», el obsesivo desconoce regularmente que está haciendo la experiencia de la castración; la cual es siempre, justamente para él, retorno al orden del límite que acota la ilusión de toda totalización, de todo dominio de la globalidad. Esto explica por qué el obsesivo manifiesta tan poca inclinación hacia la cosa conquistada. Nada vale más que una nueva cosa por conquistar, un trofeo suplementario para acreditar a ese interminable ascenso hacia el control absoluto del goce. Desde este punto de vista, los obsesivos son virtuosos de la escalada: cuanto más austeras y complicadas son las sendas que se deben abrir, tanto más el recorrido justifica el rodeo.

El obsesivo adhiere fundamentalmente a un fantasma persistente: un *goce sin falta*, al cual es preciso poder acceder, cueste lo que cueste. Adhesión que ofrece la ilustración directa del *fantasma de la boca que se besa a sí misma*.⁴ Como lo señalaba Freud, el obsesivo es un

³ Véase *supra*, cap. 2, pág. 17 y cap. 16, pág. 126.

⁴ S. Freud, *Trois essais sur la théorie de la sexualité*, *op. cit.*, véanse págs. 74-5. «El niño se satisface con su propio cuerpo; su

mercenario impenitente comprometido en una lucha interminable para asegurarse el *control omnipotente del objeto*. Por este motivo, el obsesivo dispone de una panoplia prodigiosa de beneficios secundarios de la neurosis.

Otra manifestación absolutamente notable de la neurosis obsesiva se localiza en el nivel de la *transgresión*. Lo hemos visto,⁵ el obsesivo siempre permanece tironeado en ese terreno, en virtud de su *ambivalencia específica frente a la Ley del Padre*. El control omnipresente del goce del objeto, en efecto, no puede sino confrontarlo con la transgresión. De rebote; la pregnancia de la Ley, sumada a la necesidad de remitirse a ella para escapar a la culpabilidad de los impulsos libidinales inconscientes, arrastra inevitablemente al obsesivo a una situación de conflicto.

De hecho, es excepcional que transgreda algo en la realidad. Las más de las veces, su «firt» con la transgresión se desarrolla en la escena fantasmática, donde puede darle libre curso. Uno de los únicos registros donde la transgresión real puede ganar de mano al fantasma es el terreno sexual y el de las relaciones amorosas, donde se realiza entonces principalmente en el modo del *acting-out*.

Las más de las veces, la figura de la transgresión, en el obsesivo, se realiza bajo el aspecto de su contrario. El obsesivo hace gala continuamente de un enorme rigor moral. Su adhesión incondicional al respeto de las reglas y leyes es esgrimida así de una manera ostentatoria. De buena gana se hace defensor de las virtudes y la legitimidad de las normas establecidas. Su afán escrupuloso de honestidad en todos los planos demuestra

actitud es *autoerótica* (. . .), «Lástima que no pueda darme un beso», podría hacérsele decir». [*Tres ensayos de teoría sexual*, en *AE*, vol. 7, 1978.]

⁵ Véase *supra*, cap. 6, pág. 52.

también ampliamente la conmovedora necesidad que le conocemos en ciertas circunstancias: «Antes morir que ceder una pulgada de terreno». Está claro que esta posición legalista, a través de la cual el obsesivo transige con lo grandioso y con el martirologio, no debe tomarse sino en la medida inversa del deseo inconsciente de transgredirla.

Así como puede considerarse que los santos son los más formidables expertos en la cuestión del goce, así los obsesivos son los más pobres moralistas y los devotos más ciegos en esta misma cuestión. Su obstinación en proteger el orden y las virtudes sólo se compara con su ausencia completa de discernimiento en cuanto a saber lo que protegen. Por otra parte, es en esta ocasión donde vemos desarrollarse las manifestaciones de defensa más características de los obsesivos. Pensemos, por ejemplo, en el *aislamiento*, cuya misión esencial es desconectar un pensamiento, una actitud, un comportamiento de una serie lógica en la que se inscriben. El elemento psíquico así aislado de su contexto es al mismo tiempo neutralizado afectivamente. En efecto, el objetivo de la operación es disociar los afectos de una representación ligada a ciertos materiales reprimidos. Este proceso de aislamiento se localiza sobre todo a través de las pausas y rituales estereotipados. Es un arma de defensa radical y sistemática a la que debemos el perfil tan controlado de los obsesivos, o sea, esa actitud inepta que consiste, en toda circunstancia—incluso y sobre todo en los cataclismos—, en permanecer dueños de sí. La ponderación aparente de los obsesivos no tiene otra consistencia que ese control permanente ejercido sobre un fondo de aislamiento.

Una de las pruebas más espectaculares de la permanencia de este proceso se observa en el marco de la cura analítica: la aplicación casi constante del no respeto de la regla fundamental. En efecto, el obsesivo resiste gallardamente al proceso de la asociación libre, que podría desbaratar ese mecanismo de aislamiento. A tra-

vés de la asociación libre, el sujeto es invitado a ceder a toda tentación de control y dominio sobre su decir, por tanto sobre el surgimiento intempestivo de los afectos que podrían estar asociados a este. El obsesivo no encuentra otra salida que resistirle firmemente en beneficio del relato y de la racionalización.

Esta defensa encuentra su eco más manifiesto en una actitud favorita. En efecto, el obsesivo es un escrutador sorprendente, un prodigioso observador del orden de las cosas y del mundo, incluido él mismo en cuanto se objetiva abstractamente de ese entorno exterior que lo rodea. La fineza y asiduidad que pone al servicio de esta aptitud para la observación sólo puede sostenerse en esa disociación del registro de los afectos. Por lo demás, cuando existe, la capacidad de humor de los obsesivos no se debe más que al espesor del compromiso del que, a pesar de todo, se saben partícipes: compromiso entre el registro de los afectos interiorizados y aislados y no obstante la necesidad de dar algún testimonio de ellos. El humor, que las más de las veces se presenta como irrisión, constituye así una manera cómoda de descargar los afectos sin abandonar el puesto de observación sobre sí mismo. El obsesivo habla entonces de sí en el lugar de ese puesto de observación neutro donde se divierte con ese otro que es él mismo.

También dispone de otra arma eficaz de defensa contra los afectos: *la anulación retroactiva*. A través de este mecanismo, recusa pensamientos o actos e intenta hacer como si no hubieran acaecido. Encontramos aquí el afán constante de minimización, tan del gusto de los obsesivos. Fuera de que la cosa testimonia una ceguera fenomenal, al mismo tiempo decide sobre el tipo de afrentas a las que se exponen. La anulación retroactiva es un *proceso compulsivo* de gran eficacia, puesto que consiste en instalar o actuar un comportamiento directamente opuesto a aquel que el sujeto acaba de afirmar. Aquí, el obsesivo encuentra toda una serie de beneficios secundarios por el lado del control y del dominio.

Como Freud lo mencionó en múltiples oportunidades, la anulación retroactiva pone de manifiesto uno de los elementos conflictivos permanentes en el que se debate el obsesivo: es decir, la oposición arcaica entre el amor y el odio frente al objeto de investidura. Las más de las veces, se trata de la vertiente del odio esforzándose por anular el componente del amor. Es un mecanismo doble de investiduras y desinvestiduras característico de la economía del deseo obsesivo: escapar de su deseo y anularlo tanto como sea posible, cada vez que se encuentra auténticamente comprometido. Esta dialéctica específica de la estructura obsesiva se expresa en manifestaciones tanto más estereotipadas cuanto que ella concierne a los objetos amorosos.

18. El obsesivo y sus objetos amorosos

En el espacio de investidura de los objetos amorosos, el obsesivo da a menudo lo mejor de sí mismo, vale decir, paradójicamente, *todo y nada de nada*. «Todo», en el sentido de que puede sacrificarlo todo; «nada», en la medida en que no acepta perder. No se trata aquí de dos disposiciones incompatibles. Muy por el contrario, en este orden se estabiliza precisamente toda la estrategia deseante del obsesivo.

De hecho, esta estrategia gira esencialmente en torno a la cuestión del *goce del otro* frente al cual conviene controlar todo, es decir, neutralizar todos los signos exteriores. Por ello, para que nada se mueva, nada debe gozar, el deseo debe estar muerto.

En tales condiciones, puesto que el obsesivo no da nada, no pierde nada. En cambio, al menor signo exterior de goce observado en el otro, está dispuesto a sacrificarlo todo y a darlo todo para que las cosas vuelvan a su estado inicial.

Si la problemática de la *pérdida* es tan central en la lógica obsesiva, es porque remite directamente a la *falta*. No perder nada, o sea, evitar enfrentarse a la cuestión de la falta consiste, pues, en *neutralizar el deseo* de cierta manera, ya que este es precisamente constituido y continuamente relanzado por la falta como tal. De manera que el deseo, así amordazado, no se someterá ya a la articulación de la menor demanda.

Es comprensible por qué, en nombre de semejante dispositivo de neutralización, el objeto deseado se invisite de una manera tan singular. Es asignado, hasta consignado a una posición tal que ocupa de manera prefe-

rencial el *lugar del muerto*. El obsesivo no se cansa de instalar su objeto de investidura amorosa en ese lugar maravilloso donde, para ser amable y amado, el objeto debe *hacerse el muerto*. La máquina deseante del obsesivo sólo gira a pleno régimen con esta condición. Única condición que permite a su deseo no tropezar con ninguna inquietud. Si el otro está «muerto», no desea; así, el obsesivo está tranquilo en la medida en que el deseo es siempre deseo del deseo del otro. El imperativo constante que lo anima en su relación amorosa consiste en que el otro *no debe demandar nada*, ya que si el otro demanda, *es porque desea*.

Por ello, el obsesivo va a poner en acto magnitudes enormes de energía para que al otro no le falte nada, y por tanto no se vea llevado a moverse de su sitio. Así, el universo del otro debe permanecer escrupulosamente ordenado. A través de esta ordenación totalitaria, el obsesivo controla y domina la muerte deseante del otro. No faltan los ejemplos, en el discurso del obsesivo masculino, para ratificar esta condena a muerte: «a ella no le falta nada»; «en casa tiene todo»; «no necesita trabajar», etcétera. En la medida en que el obsesivo parece tener que ocuparse de todo, su compañera está colmada y no tiene nada que demandar. Su objeto, pues, se halla presuntamente al abrigo de todo deseo.

De hecho, tales sujetos cultivan un gusto inmoderado por el encarcelamiento amoroso. Se derrochan, sin reparar en gastos, para que el otro resida en una prisión de primera clase. El embalsamamiento y la momificación del otro no tienen precio. Son un lujo ante el cual el obsesivo jamás retrocede, puesto que nada es bastante bueno para que el otro amado sea honrado en su lugar de muerto. No sólo el otro debe aceptar su muerte, sino que incluso sería poco oportuno que no se mostrara contento con todo lo que se hizo por él con ese fin.

En efecto, el obsesivo es muy sensible al reconocimiento de los homenajes que ofrece de tal manera a su

compañero amoroso. Jamás dejaría que, así muerto, no fuera feliz de serlo: sería la más inicua de las ingratitudes. En esta ocasión, como en otras, preocupa al obsesivo un enorme afán de justicia. Ahora bien, ¿no puede haber mayor injusticia que una mujer que no testimone su gratitud ante esta solicitud mortífera que debe colmarla!

De una manera general, la estrategia obsesiva consiste en apropiarse de un *objeto vivo* para transformarlo en *objeto muerto*, y cuidar que lo siga siendo. Las más de las veces, sólo de este modo puede mantener algún comercio amoroso con él. Y, para lograrlo mejor, también puede ennoblecer su objeto amoroso afeándolo, es decir, transformándolo en objeto cada vez más indeseable, lo cual, en cierto modo, garantiza que esté bien muerto. Por otra parte, esta destitución deseante presenta también la ventaja de consolidar la posesión imaginaria del objeto frente a un rival siempre potencial.

En este aspecto, destacamos la *mojigatería* de ciertos obsesivos con respecto a su compañera, mojigatería siempre sólidamente racionalizada por un cortejo de principios educativos y mundanos, en nombre del buen gusto y las buenas maneras. Así, algunas mujeres están condenadas a no mostrar la más pequeña parcela de su cuerpo fuera de las normas del decoro. Y resulta que estas normas del decoro ideales equivalen, para ciertos obsesivos, a hundir a las mujeres hasta el cuello en «armaduras» vestimentarias tales que no asome casi nada al exterior. Y a poco que un «rival» se atreva a dirigir la menor mirada sobre esta coraza, ahí estará la prueba de que la mujer es incorregiblemente venal.

No todos los obsesivos adoptan necesariamente el partido de hacer indeseable a su objeto amoroso. Algunos de ellos, por el contrario, son muy sensibles a la erotización del cuerpo del otro. Pero esta erotización sólo es tolerable si el otro es rebajado al rango de objeto. Un objeto que uno muestra y cuyo brillo no puede sino recaer imaginariamente sobre el propietario. Sin embargo,

aquí, más que en cualquier otra situación, el objeto debe estar totalmente apagado, o sea, radicalmente muerto. Solamente con esta condición puede existir eróticamente. De alguna manera, el objeto erótico comparte la misma función que el auto deportivo, sabiendo que su papel ideal es la inmovilidad, para que se pueda admirar en él a su propietario.

Otros obsesivos afectan tener el mismo tipo de relación por la fórmula femenina «gran sport», pero en el registro del vehículo de competencia intelectual. Se trata de un deslizamiento metonímico que va de la «carrocería» al «motor». En este caso prototípico, nos hallamos en presencia de una erotización del cerebro del «animal de feria», que sólo tiene derecho a existir si renuncia para siempre a toda veleidad por el lado de la sensualidad del cuerpo.

En todos los casos, *el objeto está muerto*. Pero, tarde o temprano, el obsesivo no deja de hacer la experiencia crucial de un objeto muerto que ya no soporta desempeñar este papel. Lo propio de esos muertos es que, cuanto más se los mata, mejor resucitan. Infaltablemente, estas resurrecciones, por menudas que sean, siempre son anunciadoras de grandes cataclismos en el obsesivo, que conoce entonces el gusto amargo de la derrota infantil.

Así como nada es más tranquilizador y amable que un muerto femenino, de igual modo nada es más inquietante y odiable que una mujer viva, es decir, que puede gozar. El obsesivo puede padecerlo todo; sin cálculo ni retaceos, excepto una sola cosa: que el otro goce sin él, sin que él tenga o haya podido tener algo que ver con ese goce. El otro no puede gozar sin su consentimiento, sin su autorización. Lo que es radicalmente intolerable es que una mujer se atreva a impugnar, despreciando todas las convenciones establecidas, un estatus de muerto tan confortable. ¡Es el mundo al revés!

Un muerto no debe gozar. Un muerto que goza es tanto más un *traidor* cuanto que, si goza, es porque *de-*

sea. ¿Con qué derecho? Con el derecho que pretende, necesariamente, que el deseo de quien quiera esté sometido siempre a la ley del deseo del otro, cosa de la que el obsesivo precisamente se esfuerza por no querer saber nada.

En la existencia del obsesivo, el goce del otro se traduce siempre por cierta agitación a través de la cual él intenta retomar el control de las operaciones. El está dispuesto a sacrificarlo todo para que las cosas vuelvan a entrar en el orden de la muerte del deseo. Para que el otro vuelva a convertirse en su objeto —un muerto que ya no goza—, el obsesivo desarrolla una generosidad ilimitada y se presta a todos los homenajes, a todos los esfuerzos, a todas las cargas. Emprende los proyectos más inesperados para reconquistar el objeto que, al escapársele, lo remite a la pérdida.

Con ocasión de tales estrategias de «recuperación», el obsesivo puede mostrarse, por otra parte, más histérico que un auténtico sujeto histérico. En efecto, puede identificarse de manera caricaturesca con el objeto que imagina es el del deseo del otro. Es evidente que esta servilidad produce, habitualmente, el efecto inverso del que él espera. No por ello el objeto está conquistado en lo más mínimo. Este viraje servil tiene más bien por consecuencia alejar más aún al objeto, por lo mismo que sólo le testimonia que el obsesivo no quiere perder nada. Cuanto más se esfuerza por serlo *todo para el otro*, tanto más el obsesivo se significa como *no siendo nada*. Ahora bien, lo que importa, para el otro, es que *se haga un lugar a la falta*, pues sin falta el deseo no puede sostenerse. El obsesivo se descalifica, pues, al no dar cabida al tiempo de la falta, con el lugar que le corresponde en la dinámica del deseo. Todas las prestaciones de dominio, todos los juramentos de fidelidad y otros pactos de buena voluntad no cambiarán nada. Por otra parte, la compañera femenina nunca se equivoca en esto, excepto si encuentra en esta empresa de rehabilitación un terreno favorable para la expresión de los bene-

ficios secundarios de su neurosis personal. Por lo demás, esto es lo que observamos con bastante frecuencia en algunas compañeras femeninas histéricas. Así, una neurosis suele convocar a otra, en el sentido de una complementariedad de los síntomas.

Bibliografía de las obras citadas

CLAVREUL, J.

«Le couple pervers», en *Le désir et la perversion*, París: Seuil, 1981.

DOR, J.

Introduction à la lecture de Lacan. Tomo I: *L'inconscient structuré comme un langage*, París: Denoël, «L'espace analytique», 1985.

Structure et perversions, París: Denoël, «L'espace analytique», 1987.

L'a-scientificité de la psychanalyse. Tomo I: *L'aliénation de la psychanalyse*. Tomo II: *La paradoxalité instauratrice*, París: Editions Universitaires, 1988.

Le père et sa fonction en psychanalyse, París: Point hors ligne, 1989.

«Manifestations perverses dans un cas de phobie», en *Apertura*, vol. 5, 1991, págs. 95-100.

FREUD, S.

Lettre à Fliess n° 69 del 21-9-1897, en *La naissance de la psychanalyse*, París: PUF, 4ª edición, 1979. [«Carta 69», en Manuscrito N, *Obras completas*, Buenos Aires: Amorrortu editores (AE), 1978-85, vol. 1, 1982.]

L'interprétation des rêves (1900), París: PUF, 1973. [*La interpretación de los sueños*, en AE, vols. 4-5, 1979.]

Trois essais sur la théorie de la sexualité (1905), París: Gallimard, 1974. [*Tres ensayos de teoría sexual*, en AE, vol. 7, 1978.]

«Fragment d'une analyse d'hystérie (Dora)» (1905), en *Cinq psychanalyses*, París: PUF, 1970. [«Fragmento de análisis de un caso de histeria», en AE, vol. 7, 1978.]

«Caractère et érotisme anal» (1908), en *Névrose, psychosé et perversion*, París: PUF, 1973. [«Carácter y erotismo anal», en AE, vol. 9, 1979.]

- «A propos de la psychanalyse dite sauvage» (1910), en *La technique psychanalytique*, París: PUF, 1975. [«Sobre el psicoanálisis "silvestre"», en *AE*, vol. 11, 1979.]
- «Conseils aux médecins sur le traitement psychanalytique» (1912), en *La technique psychanalytique*, París: PUF, 1975. [«Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico», en *AE*, vol. 12, 1980.]
- «Le début du traitement» (1913), en *La technique psychanalytique*, París: PUF, 1975. [«Sobre la iniciación del tratamiento (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, I)», en *AE*, vol. 14, 1979.]
- «La disposition à la névrose obsessionnelle» (1913), en *Névrose, psychose et perversion*, París: PUF, 1973. [«La predisposición a la neurosis obsesiva», en *AE*, vol. 12, 1980.]
- «Pulsions et destins des pulsions» (1915), en *Métapsychologie*, París: Gallimard, 1968. [«Pulsiones y destinos de pulsión», en *AE*, vol. 14, 1979.]
- «Sur la transposition des pulsions particulièrement dans l'érotisme anal» (1917), en *La vie sexuelle*, París: PUF, 1969. [«Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal», en *AE*, vol. 17, 1979.]
- «Psychologie collective et analyse du moi» (1921), en *Essais de psychanalyse*, París: Payot, 1963. [«Psicología de las masas y análisis del yo», en *AE*, vol. 18, 1979.]
- «L'organisation génitale infantile» (1923), en *La vie sexuelle*, París: PUF, 1969. [«La organización genital infantil», en *AE*, vol. 19, 1979.]
- «Névrose et psychose» (1924), en *Névrose, psychose et perversion*, París: PUF, 1973. [«Neurosis y psicosis», en *AE*, vol. 19, 1979.]
- «La perte de la réalité dans la névrose et dans la psychose» (1924), en *Névrose, psychose et perversion*, París: PUF, 1973. [«La pérdida de realidad en la neurosis y la psicosis», en *AE*, vol. 19, 1979.]
- «Le fétichisme» (1927), en *La vie sexuelle*, París: PUF, 1969. [«Fetichismo», en *AE*, vol. 21, 1979.]
- «Le clivage du moi dans les processus de défense» (1938), en *Résultats, idées, problèmes*, tomo II, París: PUF, 1985. [«La escisión del yo en el proceso defensivo», en *AE*, vol. 23, 1980.]
- L'abrégé de psychanalyse* (1939), París: PUF, 1967. [«Esquema del psicoanálisis», en *AE*, vol. 23, 1980.]

FREUD, S. Y BREUER, J.

- «Psychotérapie de l'hystérie» (1885), en *Etudes sur l'hystérie*, París: PUF, 1967. [«Estudios sobre la histeria», en *AE*, vol. 2, 1978.]

KRAFFT-EBING, R. (VON)

- Psychopathia Sexualis*, París: Payot, 16ª edición: 1931.

LACAN, J.

- «Fonction et champ de la parole et du langage en psychanalyse» (1953), en *Ecrits*, París: Seuil, 1966. [«Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis», en *Escritos 1*, Buenos Aires: Siglo veintiuno, 1985 (13ª edición).]
- «Situation de la psychanalyse et formation du psychanalyste en 1956» (1956), en *Ecrits*, París: Seuil, 1966. [«Situación del psicoanálisis y formación del psicoanalista», en *Escritos 1, op. cit.*]
- «L'instance de la lettre dans l'inconscient ou la raison depuis Freud» (1957), en *Ecrits*, París: Seuil, 1966. [«La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud», en *Escritos 1, op. cit.*]
- Les formations de l'inconscient* (1956-1957), seminario inédito.

LAFORGUE, R.

- Psychopathologie de l'échec*, París: Payot, 1939.

LAPLANCHE, J. Y PONTALIS, J.-B.

- Vocabulaire de la psychanalyse*, París: PUF, 1967.

MANNONI, M.

- Le premier rendez-vous avec le psychanalyste*, París: De-noël/Gonthier, 1965.

Bibliografía de referencia

1) Sobre las perversiones

ALBY, J.-M.

«Contribution à l'étude du transsexualisme», tesis de medicina, París, 1956.

AULAGNIER, P.

«La perversion comme structure», *L'Inconscient*, n° 2, «La perversion», abril-junio de 1967, PUF, págs. 11-41.

BONNET, G.

Voir-Etre vu. Tomo I, Etudes cliniques sur l'exhibitionnisme. Tomo II, Aspects métapsychologiques, París, «Voix nouvelles en psychanalyse», 1981.
Les perversions sexuelles, París: PUF, «Que sais-je?», n° 2144, 1983.

CLAVREUL, J.

Artículo «Perversions», en *Encyclopaedia universalis*, tomo 14, París, 1985.
«Perversions: une structure?», en *Le désir et la loi*, París: Denoël, 1987, págs. 141-57.
«Approche des perversions», *ibid.*, págs. 159-67.

CZERMAK, M.

«Précisions sur la clinique du transsexualisme», en *Les passions de l'objet*, París: Joseph Clims, 1986, págs. 109-29.

DOR, J.

«L'asservitude esthétique des travestis», *Adolescence*, tomo 8, n° 2, otoño de 1990, págs. 217-32.

FREUD, S.

Introduction à la psychanalyse, Paris: Payot, 1974, cap. 20, págs. 283-99. [Conferencias de introducción al psicoanálisis, en *Obras completas*, Buenos Aires: Amorrortu editores (AE), 24 vols., 1978-85, vols. 15-16, 1978.]

«Les théories sexuelles infantiles» (1908), en *La vie sexuelle*, Paris: PUF, 1969, págs. 14-27. [«Sobre las teorías sexuales infantiles», en *AE*, vol. 9, 1979.]

«Un enfant est battu» (Contribution à la connaissance de la genèse des perversions sexuelles), 1919, en *Névrose, psychose et perversion*, Paris: PUF, 1973, págs. 219-43. [«Pegan a un niño» (Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales), en *AE*, vol. 17, 1979.]

«Quelques conséquences psychiques de la différence anatomique entre les sexes», en *La vie sexuelle*, Paris: PUF, 1969, págs. 123-32. [«Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos», en *AE*, vol. 19, 1979.]

GESSAIN, R.

«*Vagina Dentata* dans la clinique et la mythologie», en *La Psychanalyse*, n° 3, PUF, 1957, págs. 247-95.

KRESS-ROSEN, N.

a) «Introduction à la question du transsexualisme», b) «Les lois et le transsexuel», en *Le discours psychanalytique*, 1982, 2° año, 3, págs. 13-7.

LACAN, J.

«D'une question préliminaire à tout traitement possible de la psychose» (1957), en *Ecrits*, Paris: Seuil, 1966, págs. 531-83. [«De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis», en *Ecritos 2*, Buenos Aires: Siglo veintiuno, 1987 (14ª edición).]

La relation d'objet et les structures freudiennes (1956-1957), seminario inédito.

L'éthique de la psychanalyse, Libro VII (1959-1960), Paris: Seuil, 1986. [La ética del psicoanálisis, Buenos Aires: Paidós, 1988.]

«Kant avec Sade» (1962), en *Ecrits*, Paris: Seuil, 1966, págs. 765-90. [«Kant con Sade», en *Ecritos 2*, op. cit.]

L'envers de la psychanalyse (1969-1970), seminario inédito.

Un discours qui ne serait pas du semblant (1970-1971), seminario inédito.

Le savoir du psychanalyste (1971-1972), seminario inédito.

Ou pire (1971-1972), seminario inédito.

Encore, Libro XX (1972-1973), Paris: Seuil, 1975. [Aún, Barcelona: Paidós, 1981.]

«L'Étourdit», en *Scilicet*, n° 4, Paris: Seuil, 1973, págs. 5-52.

MACDOUGALL, J.

«Essai sur la perversion», en *Les grandes découvertes de la psychanalyse*, tomo: *Les Perversions*, Paris: Laffont/Tchou, 1980, págs. 269-85 y 187-303.

MILLOT, C.

«Cleps pour le transsexualisme», en *Horsexex*, Paris: Point hors ligne, 1983, págs. 29-43.

PERRIER, F. Y GRANOFF, W.

«Le problème de la perversion chez la femme et les idéaux féminins», en *Le désir et le féminin*, Paris: Aubier Montaigne, 1979, págs. 21-106.

ROSOLATO, G.

«Travestisme et Transsexualisme», en *Encyclopédie médico-chirurgicale*, 1968, Psychiatrie, 37392, C10, 10-11.

SAFOUAN, M.

«Contribution à la psychanalyse du transsexualisme», en *Etudes sur l'œdipe*, Paris: Seuil, 1974, págs. 74-97.

«L'homosexualité masculine et ses relations avec le mythe œdipien», en *La sexualité féminine*, Paris: Seuil, 1976, págs. 63-72.

«L'homosexualité féminine», *ibid.*, págs. 117-27.

STOLLER, R. J.

Recherches sur l'identité sexuelle, Paris: Gallimard, 1978.

TOSTAIN, R.

«Essai apologétique de la structure perverse», en *Le temps d'aimer*, París: Denoël, «L'espace analytique», 1988, págs. 53-64.

2) Sobre la histeria

CHEMAMA, R.

«A propos du discours de l'hystérique», *Lettres de l'École Freudienne de Paris*, n° 21, 1977, págs. 311-21.

DOLTO, F.

«Hystérie et psychosomatique», en *L'image inconsciente du corps*, París: Seuil, 1984, págs. 352-66.

FREUD, S.

«L'étiologie de l'hystérie» (1896), en *Névrose, psychose et perversion*, París: PUF, 4ª edición, 1981, págs. 83-112. [«La etiología de la histeria», en *AE*, vol. 3, 1981.]

«Quelques considérations pour une étude comparative des paralysies motrices organiques et hystériques» (1893), en *Résultats, idées, problèmes*, tomo I, 1890-1920, París: PUF, 1984, págs. 45-59. [«Algunas consideraciones con miras a un estudio comparativo de las parálisis orgánicas e hísticas», en *AE*, vol. 1, 1982.]

«Mes vues sur le rôle de la sexualité dans l'étiologie des névroses» (1905), en *Résultats, idées, problèmes*, tomo I, 1890-1920, París: PUF, 1984, págs. 115-22. [«Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis», en *AE*, vol. 7, 1978.]

«Fragment d'une analyse d'hystérie (Dora)» (1905), en *Cinq psychanalyses*, París: PUF, 1954, págs. 1-91. [«Fragmento de análisis de un caso de histeria», en *AE*, vol. 7, 1978.]

«Les fantasmes hystériques et leur relation à la bisexualité», PUF, 4ª edición: 1981, págs. 149-55. [«Las fantasías hísticas y su relación con la bisexualidad», en *AE*, vol. 9, 1979.]

«Considérations générales sur l'attaque hystérique» (1909), en *Névrose, psychose et perversion*, París: PUF, 4ª

edición, 1981, págs. 161-5. [«Apreciaciones generales sobre el ataque hístico», en *AE*, vol. 9, 1979.]

FREUD, S. Y BREUER, J.

Etudes sur l'hystérie, París: PUF, 1956. [Estudios sobre la histeria, en *AE*, vol. 2, 1978.]

ISRAEL, L.

L'hystérique, le sexe et le médecin, París: Masson, 1976.
Boiter n'est pas pécher, París: Denoël, «L'espace analytique», 1989.

LACAN, J.

Les psychoses, Libro III (1955-1956), París: Seuil, 1981.
Seminario del 14 de marzo de 1956, págs. 181-93;
seminario del 21 de marzo de 1956, págs. 195-205. [Las psicosis, Barcelona: Paidós, 1984.]

La relation d'objet et les structures freudiennes (1956-1957), inédito. Seminario del 9, 16 y 23 de enero de 1957.
Les formations de l'inconscient (1957-1958), inédito. Seminario del 7, 14 y 21 de mayo, 11 y 18 de junio de 1958.

L'identification (1961-1962), inédito. Seminario del 20 de diciembre de 1961, 14 y 23 de marzo, 4 de abril y 20 de junio de 1962.

Les quatre concepts fondamentaux de la psychanalyse, Libro XI (1964), París: Seuil, 1973. Seminario del 15 de enero de 1964, págs. 7-17; 20 de enero de 1964, págs. 31-41; 29 de enero de 1954, págs. 31-41. [Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, Buenos Aires: Paidós, 1987.]

L'envers de la psychanalyse (1969-1970), inédito. Seminario del 3 y 17 de diciembre de 1969, 14 de enero, 11 y 18 de febrero, 17 de marzo y 11 de junio de 1970.

«Séminaire sur l'hystérie», conferencia ofrecida en Bruselas el 26 de febrero de 1977, *Quarto*, n° 2, 1981, págs. 115-23.

LOEWENSTEIN, R. Y PARCHEMINEY, G.

«La conception psychanalytique de l'hystérie», *L'Encephale*, 1933, págs. 312-30.

MELMAN, C.

Nouvelles études sur l'hystérie, Paris: Joseph Clims/Denoël, 1984.

MILLOT, C.

Nobodaddy, l'hystérie dans le siècle, Paris: Point hors ligne, 1988.

NASIO, J. D.

L'hystérie ou l'enfant magnifique de la psychanalyse, Paris: Rivages Psychanalyse, 1990.

PERRIER, F.

«Structure hystérique et dialogue analytique», en *La Chaussée d'Antin*, Tomo II, Paris, «10/18», 1978, págs. 74-8.

REVUE FRANÇAISE DE PSYCHANALYSE

«De la névrose d'angoisse à l'hystérie», I, 1985 (número totalmente dedicado al tema de la histeria).

ROSOLATO, G.

«L'hystérie. Structures psychanalytiques», en *L'Evolution Psychiatrique*, tomo XXVII, 1962, págs. 225-58.

«Introduction à l'étude de l'hystérie», en *Encyclopédie médico-chirurgicale*, 10, 1962, págs. 1-6.

TRILLAT, E.

Histoire de l'hystérie, Paris: Seghers, 1986.

WINTER, J.-P.

«Sur l'hystérie masculine», en *Le discours psychanalytique*, n° 1, octubre de 1981, págs. 6-9.

«L'hystérie masculine», I y II, en *Carnet de Psychanalyse de Louvain*, n° 4 y n° 5, Presses Universitaires de Louvain, 1983.

3) Sobre la neurosis obsesiva

FREUD, S.

«Obsessions et phobies» (1895), en *Névrose, psychose et perversion*, Paris: PUF, 1981, págs. 39-45. [«Obsesiones y fobias», en *AE*, vol. 3, 1981.]

«Caractère et érotisme anal» (1908), en *Névrose, psychose et perversion*, Paris: PUF, 1981, págs. 143-8. [«Carácter y erotismo anal», en *AE*, vol. 9, 1979.]

«Remarques sur un cas de névrose obsessionnelle» (el Hombre de las Ratas)» (1909), en *Cinq psychanalyses*, Paris: PUF, 1954, págs. 199-261. [«Puntualizaciones sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente», en *AE*, vol. 12, 1980.]

«La disposition à la névrose obsessionnelle» (1913), en *Névrose, psychose et perversion*, Paris: PUF, 1981, págs. 189-97. [«La predisposición a la neurosis obsesiva», en *AE*, vol. 12, 1980.]

«Parallèles mythologiques à une représentation obsessionnelle plastique» (1916), en *Essais de psychanalyse appliquée*, Paris: N.R.F. Gallimard, 1933, págs. 83-5. [«Paralelo mitológico de una representación obsesiva plástica», en *AE*, vol. 14, 1979.]

«Sur les transpositions de pulsions; plus particulièrement dans l'érotisme anal» (1917), en *La vie sexuelle*, Paris: PUF, 1969, págs. 106-12. [«Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal», en *AE*, vol. 17, 1979.]

GREEN, A.

«Névrose obsessionnelle et hystérie. Leur relation chez Freud et depuis», *Revue Française de Psychanalyse*, n° 5/6, 1964, págs. 678 y sigs.

LACAN, J.

«Fonction et champ de la parole et du langage en psychanalyse» (1953), en *Ecrits*, Paris: Seuil, págs. 237-322 (véanse sobre todo págs. 290-1, 302-4, 314). [«Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis», en *Escritos I*, Buenos Aires: Siglo veintiuno, 1985 (13ª edición).]

- Les écrits techniques de Freud*, Libro I (1953-1954), París: Seuil. Seminario del 7 de julio de 1954, págs. 301-16. [*Los escritos técnicos de Freud*, Barcelona: Paidós, 1981.]
- Le moi dans la théorie de Freud et dans la technique de la psychanalyse*, Libro II, París: Seuil, 1978. Seminario del 8 de junio de 1955, págs. 301-16. [*El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*, Barcelona: Paidós, 1983.]
- Les psychoses*, Libro III (1955-1956), París: Seuil, 1981. Seminario del 20 de junio de 1956, págs. 321-31. [*Las psicosis*, Barcelona: Paidós, 1984.]
- «La psychanalyse et son enseignement» (1957), en *Ecrits*, París: Seuil, 1966, págs. 437-58 (véanse sobre todo págs. 451-4). [«El psicoanálisis y su enseñanza», en *Escritos 1*, *op. cit.*]
- «La direction de la cure et les principes de son pouvoir» (1958), en *Ecrits*, París: Seuil, 1966, págs. 585-645 (véanse sobre todo págs. 596-8, 609, 633). [«La dirección de la cura y los principios de su poder», en *Escritos 2*, Buenos Aires: Siglo veintiuno, 1987 (14ª edición).]

LECLAIRE, S.

- «La fonction imaginaire du doute dans la névrose obsessionnelle», en *Entretiens psychiatriques*, ed. de L'Arche, 1955, págs. 193-220.
- «Jérôme ou La mort dans la vie de l'obsédé», en *Démasquer le réel*, París: Seuil, «Points», n° 148, 1983, págs. 121-46.
- «Philon ou L'obsessionnel et son désir», en *Démasquer le réel*, París: Seuil, «Points», n° 148, 1983, págs. 147-67.

MELMAN, C.

- «Trois leçons sur la névrose obsessionnelle», conferencias ofrecidas en Bruselas el 29 de noviembre de 1986, el 31 de enero y el 21 de marzo de 1987, en *Bulletin belge de la Asociación freudiana*.

POMMIER, G.

- «Le fantasme dans la névrose obsessionnelle et dans l'hystérie», en *Le dénouement d'une analyse*, París: Point hors ligne, 1987, págs. 121-44.

ROUBLEF, I.

- «Le désir de l'obsessionnel dans la perspective de Jacques Lacan», *Esquisses Psychanalytiques*, n° 9, primavera de 1988, págs. 5-26.

Biblioteca de psicoanálisis

- Mauricio Abadi*, El psicoanálisis y la otra realidad
Nicolas Abraham y Maria Torok, La corteza y el núcleo
Áida Aisenson Kogan, El yo y el sí-mismo
Alcira Mariam Alizade, Clínica con la muerte
Alcira Mariam Alizade, La sensualidad femenina
Nadine Amar, Gérard Bayle e Isaac Salem, Formación en psicodrama analítico
E. James Anthony y Therese Benedek, comps., Parentalidad
Didier Anzieu y colaboradores, Las envolturas psíquicas
Paul-Laurent Assoun, Lacan
Piera Aulagnier, El aprendiz de historiador y el maestro-brujo
Claude Balier, Psicoanálisis de los comportamientos sexuales violentos. Una patología del inacabamiento
Willy Baranger y colaboradores, Aportaciones al concepto de objeto en psicoanálisis
Silvia Bleichmar, Clínica psicoanalítica y neogénesis
Silvia Bleichmar, En los orígenes del sujeto psíquico. Del mito a la historia
Silvia Bleichmar, La fundación de lo inconciente. Destinos de pulsión, destinos del sujeto
Peter Blos, La transición adolescente
Peter Blos, Los comienzos de la adolescencia
Christopher Bollas, Fuerzas de destino. Psicoanálisis e idioma humano
Christopher Bollas, La sombra del objeto. Psicoanálisis de lo sabido no pensado
Gérard Bonnet, La transferencia en la clínica psicoanalítica
Mikkel Borch-Jacobsen, Lacan. El Amo absoluto
César y Sára Botella, La figurabilidad psíquica
Denise Braunschweig y Michel Fain, La noche, el día. Ensayo psicoanalítico sobre el funcionamiento mental
Bernard Brusset, El desarrollo libidinal
Patrick Casement, Aprender del paciente
Piera Castoriadis-Aulagnier, La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado
Janine Chasseguet-Smirgel, El ideal del yo. Ensayo psicoanalítico sobre la «enfermedad de idealidad»
Roland Chemama (bajo la dirección de), Diccionario del psicoanálisis
Roland Chemama y Bernard Vandermersch (bajo la dirección de), Diccionario del psicoanálisis
Madeleine Davis y David Wallbridge, Límite y espacio. Introducción a la obra de D. W. Winnicott
Robert Desoille, El caso María Clotilde. Psicoterapia del ensueño dirigido
Robert Desoille, Lecciones sobre ensueño dirigido en psicoterapia
Catherine Desprats-Péquignot, La psicopatología de la vida sexual
Joël Dor, Estructuras clínicas y psicoanálisis
R. Dorey y colaboradores, El inconciente y la ciencia

- Alberto Eiguer*, El parentesco fantasmático. Transferencia y contratransferencia en terapia familiar psicoanalítica
Alberto Eiguer, André Carel, Francine André-Fustier, Françoise Aubertel, Albert Ciccone y René Kaës, Lo generacional. Abordaje en terapia familiar psicoanalítica
Anthony Elliott, Sujetos a nuestro propio y múltiple ser. Teoría social, psicoanálisis y posmodernidad
R. Horacio Etchegeyoyen, Los fundamentos de la técnica psicoanalítica
Nicole Fabre, El triángulo roto. Psicoterapia de niños por ensueño dirigido
Jean-Baptiste Fages, Para comprender a Lacan
Haydée Faimberg, El telescopaje de generaciones. A la escucha de los lazos narcisistas entre generaciones
Paul Federn, La psicología del yo y las psicosis
Pierre Fédida, Crisis y contra-transferencia
Silvia I. Fendrik, Psicoanálisis para niños. Ficción de sus orígenes
Sándor Ferenczi, Sin simpatía no hay curación. El diario clínico de 1932
Alain Fine y Jacqueline Schaeffer (bajo la dirección de), Interrogaciones psicósomáticas
Sigmund Freud, Cartas a Wilhelm Fließ (1887-1904). Nueva edición completa
John E. Gedo y Arnold Goldberg, Modelos de la mente
André Green, De locuras privadas
André Green, El lenguaje en el psicoanálisis
André Green, El tiempo fragmentado
André Green, El trabajo de lo negativo
André Green, Ideas directrices para un psicoanálisis contemporáneo. Desconocimiento y reconocimiento del inconciente
André Green, La causalidad psíquica. Entre naturaleza y cultura
André Green, La diacronía en psicoanálisis
André Green, La nueva clínica psicoanalítica y la teoría de Freud. Aspectos fundamentales de la locura privada
André Green, Las cadenas de Eros. Actualidad de lo sexual
André Green, Narcisismo de vida, narcisismo de muerte
André Green, Jean Laplanche y otros, La pulsión de muerte
Harry Guntrip, El self en la teoría y la terapia psicoanalíticas
Philippe Gutton, El bebé del psicoanalista. Perspectivas clínicas
Roberto Harari, ¿Cómo se llama James Joyce? A partir de «El Sinthoma», de Lacan
Roberto Harari, El Seminario «La angustia», de Lacan: una introducción
Roberto Harari, Las disipaciones de lo inconciente
René-R. Held, Problemas actuales de la cura psicoanalítica
R. D. Hinshelwood, Diccionario del pensamiento kleiniano
Jacques Hochmann, Hacia una psiquiatría comunitaria
Edith Jacobson, Depresión. Estudios comparativos de condiciones normales, neuróticas y psicóticas
Philippe Julien, Psicosis, perversión, neurosis. La lectura de Jacques Lacan
René Kaës, El grupo y el sujeto del grupo. Elementos para una teoría psicoanalítica del grupo
René Kaës, La palabra y el vínculo. Procesos asociativos en los grupos
René Kaës, Las teorías psicoanalíticas del grupo
René Kaës, Haydée Faimberg, Micheline Enriquez y Jean-José Baranes, Trasmisión de la vida psíquica entre generaciones
René Kaës, André Missenard, Olivier Nicolle, Morris Benchimol, Anne-Marie Blanchard, Michelle Clauquin y Joseph Villier, El psicodrama psicoanalítico de grupo

Heinz Kohut, Análisis del self. El tratamiento psicoanalítico de los trastornos narcisistas de la personalidad
Bernardo Kononovich, Psicodrama comunitario con psicóticos
Léon Kreisler, Michel Fain y Michel Soulé, El niño y su cuerpo. Estudios sobre la clínica psicosomática de la infancia
Ronald D. Laing, Herbert Phillipson y A. Russell Lee, Percepción interpersonal
Jean Laplanche, El extravío biologizante de la sexualidad en Freud
Jean Laplanche, Entre seducción e inspiración: el hombre
Jean Laplanche, La prioridad del otro en psicoanálisis
Jean Laplanche, Nuevos fundamentos para el psicoanálisis. La seducción originaria
Jean Laplanche, Problemáticas, vol. 1: La angustia; vol. 2: Castración. Simbolizaciones; vol. 3: La sublimación; vol. 4: El inconciente y el ello; vol. 5: La cubeta. Trascendencia de la transferencia
Jean Laplanche, Vida y muerte en psicoanálisis
Serge Lebovici, El lactante, su madre y el psicoanalista. Las interacciones precoces
Serge Leclair, Escritos para el psicoanálisis, vol. 1: Moradas de otra parte; vol. 2: Diabluras
Serge Leclair, Matan a un niño. Ensayo sobre el narcisismo primario y la pulsión de muerte
Michel H. Ledoux, Introducción a la obra de Françoise Dolto
Claude Le Guen, El Edipo originario
Claude Le Guen, La represión
Jean Lemaire, Terapias de pareja
Eugénie Lemoine-Luccioni, La partición de las mujeres
Sylvie Le Poulichet, La obra del tiempo en psicoanálisis
Sylvie Le Poulichet, Toxicomanías y psicoanálisis. Las narcosis del deseo
David Liberman y colaboradores, Semiótica y psicoanálisis de niños
Alfred Lorenzer, Bases para una teoría de la socialización
Alfred Lorenzer, Crítica del concepto psicoanalítico de símbolo
Alfred Lorenzer, El lenguaje destruido y la reconstrucción psicoanalítica
Alfred Lorenzer, Sobre el objeto del psicoanálisis: lenguaje e interacción
Henry W. Maier, Tres teorías sobre el desarrollo del niño: Erikson, Piaget y Sears
David Maldivsky, Casos atípicos. Cuerpos marcados por delirios y números
David Maldivsky, El complejo de Edipo positivo: constitución y transformaciones
David Maldivsky, Estructuras narcisistas. Constitución y transformaciones
David Maldivsky, Pesadillas en vigilia. Sobre neurosis tóxicas y traumáticas
David Maldivsky, Teoría y clínica de los procesos tóxicos. Adicciones, afecciones psicosomáticas, epilepsias
Pierre Mâle, Alice Doumic-Girard y otros, Psicoterapia de la primera infancia
Ricardo Malfé, Fantasmata. El vector imaginario de procesos e instituciones sociales
Octave Mannoni, La otra escena. Claves de lo imaginario
Pierre Marty, La psicosomática del adulto
Norberto Carlos Marucco, Cura analítica y transferencia. De la represión a la desmentida
Gérard Mendel, Sociopsicoanálisis, 2 vols.

George A. Miller, Lenguaje y comunicación
Roger Misès, El niño deficiente mental
André Missenard y colaboradores, Lo negativo. Figuras y modalidades
Arnold H. Modell, El psicoanálisis en un contexto nuevo
Michel de M'Uzan, La boca del inconciente. Ensayos sobre la interpretación
Juan David Nasio, Los ojos de Laura. El concepto de objeto *a* en la teoría de J. Lacan
Juan David Nasio, Topologería. Introducción a la topología de Jacques Lacan
Juan David Nasio, comp., El silencio en psicoanálisis
Herman Nunberg, Principios del psicoanálisis. Su aplicación a las neurosis
Pacho O'Donnell, Teoría y técnica de la psicoterapia grupal
Gisela Pankow, El hombre y su psicosis
Marión Péruchon y Annette Thomé-Renault, Vejez y pulsión de muerte
Jean Piaget, Paul Ricoeur, René Zazzo y otros, Debates sobre psicología, filosofía y marxismo
Gérard Pommier, El amor al revés. Ensayo sobre la transferencia en psicoanálisis
Gérard Pommier, El orden sexual
Gérard Pommier, Louis de la Nada. La melancolía de Althusser
Jean-Michel Quinodoz, La soledad domesticada
Susana E. Quiroga, comp., Adolescencia: de la metapsicología a la clínica
Ginette Raimbault, Pediatría y psicoanálisis
Benno Rosenberg, El yo y su angustia. Entre pulsión de vida y pulsión de muerte
René Roussillon, Paradojas y situaciones fronterizas del psicoanálisis
Isca Salzberger-Wittenberg, La relación asistencial. Aportes del psicoanálisis kleiniano
Sami-Ali, El cuerpo, el espacio y el tiempo
Sami-Ali, El espacio imaginario
Sami-Ali, El sueño y el afecto. Una teoría de lo somático
Sami-Ali, Lo visual y lo táctil. Ensayo sobre la psicosis y la alergia
Irwin G. Sarason, comp., Ciencia y teoría en psicoanálisis
Thomas J. Scheff, El rol de enfermo mental
María E. Sirlin, Una experiencia terapéutica. Historia de un grupo de niños de 5 años
Jorge H. Stitzman, Conversaciones con R. Horacio Etchegoyen
Marta Tenorio de Calatroni, comp., Pierre Marty y la psicosomática
Serge Tisseron, María Torok, Nicholas Rand, Claude Nachin, Pascal Hachet y Jean Claude Rouchy, El psiquismo ante la prueba de las generaciones. Clínica del fantasma
Frances Tustin, Barreras autistas en pacientes neuróticos
Frances Tustin, El cascarón protector en niños y adultos
Denis Vasse, El ombligo y la voz. Psicoanálisis de dos niños
Earl G. Witenberg, comp., Exploraciones interpersonales en psicoanálisis
Roberto Yañez Cortés, Contribución a una epistemología del psicoanálisis

Obras en preparación

André Green, Jugar con Winnicott
Sylvie Le Poulichet, comp., Las adicciones

Obras completas de Sigmund Freud

Traducción directa del alemán, cotejada con la edición inglesa de James Strachey (*Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*), cuyo ordenamiento, prólogos y notas se reproducen en esta versión.

Presentación: *Sobre la versión castellana*

1. Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en vida de Freud (1886-1899)
2. *Estudios sobre la histeria* (1893-1895)
3. Primeras publicaciones psicoanalíticas (1893-1899)
4. *La interpretación de los sueños* (I) (1900)
5. *La interpretación de los sueños* (II) y *Sobre el sueño* (1900-1901)
6. *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901)
7. "Fragmento de análisis de un caso de histeria" (caso "Dora"), *Tres ensayos de teoría sexual*, y otras obras (1901-1905)
8. *El chiste y su relación con lo inconsciente* (1905)
9. *El delirio y los sueños en la "Gradiva" de W. Jensen*, y otras obras (1906-1908)
10. "Análisis de la fobia de un niño de cinco años" (caso del pequeño Hans) y "A propósito de un caso de neurosis obsesiva" (caso del "Hombre de las Ratas") (1909)
11. *Cinco conferencias sobre psicoanálisis, Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*, y otras obras (1910)
12. "Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente" (caso Schreber), *Trabajos sobre técnica psicoanalítica*, y otras obras (1911-1913)
13. *Tótem y tabú*, y otras obras (1913-1914)
14. "Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico", *Trabajos sobre metapsicología*, y otras obras (1914-1916)
15. *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (partes I y II) (1915-1916)
16. *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (parte III) (1916-1917)
17. "De la historia de una neurosis infantil" (caso del "Hombre de los Lobos"), y otras obras (1917-1919)
18. *Más allá del principio de placer, Psicología de las masas y análisis del yo*, y otras obras (1920-1922)
19. *El yo y el ello*, y otras obras (1923-1925)
20. *Presentación autobiográfica, Inhibición, síntoma y angustia, ¿Pueden los legos ejercer el análisis?*, y otras obras (1925-1926)
21. *El porvenir de una ilusión, El malestar en la cultura*, y otras obras (1927-1931)
22. *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, y otras obras (1932-1936)
23. *Moisés y la religión monoteísta, Esquema del psicoanálisis*, y otras obras (1937-1939)
24. Índices y bibliografías



Risgos que, aunque comunes a veces a ordenaciones distintas, ofrecen siempre aquella particularidad que habilitará un diagnóstico diferencial.

El aparato que esta obra constituye para el lector interesado en el pensamiento psicoanalítico actual se completa con títulos como *Bibliographie des travaux de Jacques Lacan. Structure et perversions. La scientificité de la psychanalyse* y *Le Père et sa fonction en psychanalyse*.